LEILA GUERRIERO (ED.)

UN MUNDO LLENO de FUTURO

Diez crónicas de América Latina

BID

Planeta

AA. VV. & Karl Zeigfried & John Wyndham

Mundo futuro

Por razones desconocidas, en el volumen se acredita como autor a Robert A. Heinlein, siendo el correcto Karl Zeigfried (uno de los seudónimos de R.L. Fanthorpe).

Por otro lado, los dos relatos de Wyndham que completan el volumen no figuran ni en portada ni en índice.

AA. VV. & Karl Zeigfried & John Wyndham, 1964

Traducción: Fernando M. Sesén

Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

MUNDO FUTURO

Karl Ziegfried

I – «ASTRAL CASTLE»

Alto, duro, oscuro como el interior de un cenobio, Rory O'Callaghan miró a su tripulación con un sentimiento de justificable satisfacción. Sus ojos se posaron en el delgado y bastante socarrón rostro de Nigel Sweeney, culminado por un ralo y fino cabello rubio, parte de esta satisfacción se desvaneció. Sweeney, quizás, era el eslabón más débil de la cadena. Pero luego Sweeney era un buen operario de computadora electrónica y lo necesitaban. La mirada del capitán se trasladó a los atezados rasgos de Burt Donovan, cuyo carácter al cuidarse de los tanques hidropónicos, parecía en cierto modo agobiado por lo moreno, casi asiático, de su rostro. Pero el capitán Rory O'Callaghan conocía mejor que nadie que Burt Donovan era el hombre más tesonero y artista a bordo. Quizá, reflexionó O'Callaghan, ese fuera otro eslabón flojo. Quizá, no… Puede que yo me sienta algo deprimido. Burt siempre se ha portado bien. Una extraña sensación deprimente le embargaba, un presentimiento de desventura que comenzaba a abatirle un poco mientras dirigía su mirada algo más hacia la izquierda, adonde Phil Cookson efectuaba algunos complicados cálculos en un pedacito de papel del tamaño de un sello de correos. Cookson era bajo de estatura, prácticamente calvo y su alta y abombada frente recordaba a O'Callaghan la típica expresión con que los caricaturistas dibujaban a un profesor, lo que, después de todo, no quedaba muy desencaminado puesto que eso era Phil Cookson en la actualidad. Su cargo oficial a bordo del «Astral Castle» recibía el título de consejero científico y coordinador. ¡Cuáles eran exactamente sus obligaciones ni el propio Rory O'Callaghan lo sabía! Pero había pocas cosas en que Phil Cookson no pudiese echar una mano. Y también pocas cosas que no se beneficiaran de la ayuda del coordinador. Les Garnett estaba holgazaneando, cigarrillo entre los dedos, junto a una ventanilla. Garnett era alto pero no lo parecía a causa de su corpulencia. Resultaba un gigante escandinavo, tan grande como duro y tan alto como el Espacio mismo… sólo un escaso puñado de hombres había vencido en pelea a Rory O'Callaghan… uno de ellos fue Les Garnett, pero después en ninguno de los dos hombres quedó rastro de mala voluntad. Por cuanto O'Callaghan podía recordar en aquella ocasión ambos estaban bien bebidos, aunque pocas dudas había acerca de cuál hubiera sido el resultado de la pelea en caso de estar los dos sobrios. Rory era una sólida piedra miliar, pero Les le superaba una mitad más en corpulencia y ni un solo gramo de grasa parecía entremezclarse en aquel musculoso torso suyo. Pertenecía al I. P. F., era un alborotador profesional y no obstante entre intervalos de pendencia a pendencia Garnett resultaba tan pacífico y gentil como un gatito siamés. Eclipsado por él, el doctor Boyd Fleming, con su

llameante pelo rojo, barba y bigotes, estaba preparando algún suero. Lo hacía con la expresión psíquica y mística propia de un hombre que dedicara más tiempo a la teosofía y a la parapsicología que el resto de los humanos, en los trepidantes días del siglo XXV de la exploración galáctica. Precisamente más allá del animoso doctor se agazapaba la figura sombría, ascética y fanática de Cecil Kroon, el fotógrafo de la nave. Era capaz de hacer milagros con los objetivos. Su vida giraba en torno a dos focos concéntricos… su fotografía y su religión. Rara vez se veía a Cecil Kroon sin una cámara en una mano y una Biblia en la otra. Conocía a la primera de dentro a fuera y a la segunda de pies a cabeza. Eso, consideró O'Callaghan, era el modo que él tenía de expresarse de ordinario. Sus enemigos —y tenía muchos, puesto que era un hombre excitable y hablador, como lo son la mayor parte de los fanáticos— describirían a Cecil Kroon como un maníaco de la religión. Sus amigos habrían dicho simplemente que era profundamente devoto. Siendo de por sí un cómodo agnóstico, O'Callaghan se inclinaba por la opinión de los primeros. Era aquella forma de dogmatismo estereotipado, sin fundamento racional alguno, que Cecil vertía a manos llenas sobre este mundo lo que convertía a Rory O'Callaghan en un escéptico cínico y en ocasiones hasta impenitente. La fiera pelambrera de Tiger Brooks, el rudo y bastante sombrío ingeniero, asomaba ligeramente por encima del suelo del puesto general de la tripulación, mientras colocaba en su sitio la palanca de mando y sacaba a la nave de su alabeo.

En la sala contigua, O'Callaghan sabía que Terry Land estaría atareado con sus experimentos bioquímicos. Terry Land —serio, aplicado—, frenético, era sin embargo otra fuente de preocupaciones en cuanto concernía a Rory O'Callaghan. Oyó el sonido de algo que golpeteaba por el pasadizo. Ese algo era la pierna artificial que había ganado para «Stumpy[1]» Gallows su sobrenombre. Stump era un veterano, un hombre que había viajado en más navíos espaciales que Barnacle Bill atravesando océanos en sus navíos de vela, y tenía un tipo de oso, pecoso, coronado por una mata de crespo y fino pelo gris. Alguien había dicho que perdió la pierna en las marismas sirianas. Otros, que a causa del incidente entre las oscuras y siniestras junglas de Venus. Pero aún otra leyenda afirmaba que Stumpy se vio envuelto en una pelea mortal con doce «thots» marcianos. No obstante, nadie sabía la verdad…, es decir, nadie excepto Stump y él se negaba terminantemente a revelarla.

Pese a todo el misterio oculto en su pasado ciertamente byroniano, Gallows era un cocinero de primera categoría.

¡Toda la tripulación del «Astral Castle» se alegraba de que el décimo

miembro —aunque oficialmente el menos técnico del grupo— fuese, no obstante, un maestro en su propia ocupación!

Rory concentró su atención en las cartas de navegación. Estaban bien afuera con respecto al borde de la galaxia, tan alejados del lado de la Tierra como se podía conseguir sin cruzar los amplios y enigmáticos límites del espacio galáctico en sí. El viejo «Astral Castle» estaba equipado con una estupenda y eficiente superimpulsión. Sin embargo, pese a esto, Rory O'Callaghan no se sentía muy predispuesto a zambullirse más allá de la misma galaxia en sí. Había allí, reflexionó, una serie bastante grande de planetas con la inquietante etiqueta de «inexplorado», dentro de aquella zona particular del profundo, profundísimo espacio, sin que fuera necesario lanzarse como nuevos pioneros a la búsqueda de más mundos; máxime puesto que ya existían grupos de arriesgados exploradores, provistos de navíos con hipermotores modificados y perfeccionados que iniciaron desde unos años antes las idas y venidas por aquellas regiones celestes, regresando con historias sorprendentes semejantes en todo a las que contaron los navegantes que surcaban los mares terrestres durante los siglos XIV, XV y XVI. Dando un suspiro, Rory oprimió el botón del mecanismo de control del aparato visor de mapas en 3 dimensiones. Las sempiternas luces indicadoras verdes y rojas brillaron desde las profundidades del mapa. Con rapidez trasladó al mecanismo la posición de la nave, sus amplias manos recorriendo las teclas y mandos del dispositivo con la hábil pericia de un virtuoso pianista interpretando la «Sonata Claro de Luna».

Observó que habían salido del alabeo orbital según lo calculado, lo que constituía un triunfo, tanto para el viejo hipermotor, como para Tiger Brooks.

Estaban al borde del área de Sakalam 4, que poseía un sistema binario de soles rojos y cinco planetas inexplorados y muy interesantes. Sakalam se hallaba en una zona de la galaxia que siempre le intrigó, pero que jamás logró averiguar la causa de que le interesara tanto, ni tampoco comprendió nunca por qué, considerando su relativa proximidad, había permanecido inexplorado tanto tiempo. Inscribió en el registro de a bordo los incidentes de navegación del día anterior, selló la copia en microcinta en el mecanismo archivador del diario y disparó el informe conseguido al hipermotor, donde sabía que, a cubierto de cualquier clase de accidentes cósmicos, llegaría a la Tierra en el transcurso de pocos días. Luego se acercó a la ventanilla y se colocó junto a Les Garnett, el musculoso gigante de las I.P.F. [2], que miraba hacia el sistema planetario, creciendo con rapidez inusitada ante sus ojos.

—¿Qué piensas, Les?

—¡No me pagan por pensar! —contestó Garnett con una sonrisa—. ¡Me pagan por disparar!

—¡De acuerdo! Piensa pues un poco en plan de aficionado —insistió Rory.

—¿Se refiere a ese sistema? —preguntó el corpulento miembro de las I.P.F.

—Bueno, eso es lo que ocupaba la mayor parte de mi cerebro —dijo O'Callaghan.

—Parece interesante… muy interesante, pero tengo un profundo presentimiento dentro de mí de que no me gusta. Hay algo en ese sistema que me hace imaginar ser una polilla acercándose a una llama brillante y abrasadora. La curiosidad nos impele. Alguna clase de precaución inherente está tratando de contenerme. Miro al sistema y pienso: «Oh, sí, otro más», y uno aterriza, y lo encuentra deshabitado, pacifico, todo es normal, casi terrestre, y uno sabía antes de empezar a explorar que resultaría de esa manera. Pero en algunos de los lugares de mayor peligro que estuve, nunca experimenté tal sensación. Me he notado nervioso e intranquilo… y me he dicho que era un estúpido… muy a menudo he experimentado esa sensación cuando no había motivo de preocuparse. Pero esos casos fueron casos singulares. Lo que noto ahora… es más fuerte que lo que noté jamás. Yo… —Se vio interrumpido por un súbito grito de Phil Cookson.

El cráneo pulimentado y de gnomo del profesor asomó como una enorme y brillante bola de billar. Los dos corpulentos hombres miraron al diminuto profesor.

—Bueno, ¿qué pasa? —preguntó O'Callaghan. Cookson empezó a balbucear una serie de complicadas fórmulas matemáticas—. ¡Calma, calma! —se quejó O'Callaghan—. ¡Yo sólo domino la astrogación! ¡No soy ningún experto en matemáticas puras! ¡Por favor, dímelo en inglés vulgar y corriente!

—Y yo que creí que mi lenguaje era lo bastante claro para que lo comprendiera cualquiera —respondió el profesor algo irritado—. ¡Si hay algo que objetar es lo de tener que traducirlo todo en monosílabos!

—¡Está bien! ¡Tómatelo con calma! —Repitió O'Callaghan, que había estado a punto de decir: «No se alborote tanto el cabello con la

indignación», ya que en el caso de Cookson eso hubiera sido una anomalía… Preguntó—: ¿Cuál es el problema, profesor?

O'Callaghan se había puesto serio de repente. La expresión de la mirada del consejero científico era suficiente para poner serio a cualquiera. Incluso a un hombre tan duro y acomodaticio como Rory O'Callaghan.

—Según mis cálculos —dijo el profesor con marcada intención en la voz—, o el calculador nos ha fallado… ¡o nuestro rumbo de vuelo ha sido interferido!

—¿Nuestro rumbo de vuelo ha sido interferido? —repitió O'Callaghan.

—¡Estamos entrando más que demasiado de prisa! ¡Traté de explicárselo!

El profesor arrancó una hoja de papel de un bloc y escribió en ella una serie de símbolos más comprensibles. Mientras seguía las complicadas ecuaciones Rory O'Callaghan no pudo evitar sentir admiración por la brillante mente matemática del conejil profesor.

—¡Cuernos! —exclamó O'Callaghan—. ¿Estás absolutamente seguro?

—¿Y usted no? —repuso el profesor con aire de reto—. ¡Ya no me es posible simplificarlo más!

—Estoy satisfecho —dijo O'Callaghan—. ¡Tiger, sube aquí un momento! —rugió por encima del hombro.

El ingeniero abrió el mecanismo de control automático y subió ágilmente por la escalerilla.

—¿Que pasa, capitán?

—¿Has seguido el rumbo dado por el calculador en la entrada del sistema?

—¡Siempre lo hago! Todavía no le he defraudado, ¿verdad? —respondió con truculencia… enojado porque alguien le preguntase acerca de su manera de manejar la parte mecánica de la impulsión del navío.

—No, nunca… ¡por eso ahora estoy más preocupado! ¿Estás seguro de haber seguido exactamente al calculador?

—Venga y compruébelo —invitó Tiger. El profesor Cookson bajó

rápido a la sala de máquinas y repasó el rumbo dado por el calculador.

—El ajuste es perfecto —dijo el profesor—. ¿Está usted de acuerdo, capitán?

Rory lo repasó también.

—De acuerdo —asintió. Había sido ingeniero muchos años antes de ascender al rango de capitán.

—¿Qué significa eso pues?

—Significa que vamos a estrellarnos en un planeta no catalogado del sistema de Sakalam 4 —dijo el profesor ceñudo.

Los tres hombres permanecieron plantados en la sala de máquinas, mirándose uno a otro muy serios, mientras el mundo extraño subía a su encuentro, como la zarpa de algún hambriento diablo espacial.

II – MUNDO DESCONOCIDO

La tripulación recibió la noticia en un silencio incrédulo y pétreo, durante unos pocos minutos. Luego, Nigel Sweeney, el hombre del calculador electrónico, comenzó a maldecir, con una voz antinatural, en tono alto, densa, bordeando la histeria.

—¡Cállate! —le espetó Rory O'Callaghan salvajemente.

Pensó que tenía razón en cuanto a Sweeney. Antes se habían enfrentado con emergencias, pero ninguna tan seria como ésta. Sweeney se había tambaleado una o dos veces antes, pero esta vez Sweeney acababa de derrumbarse.

El encargado del calculador no hizo caso.

—¡Esto no es el calculador! ¡El calculador no puede equivocarse! —siguió murmurando.

O'Callaghan le dirigió un puñetazo a media fuerza, que envió al delgado y ascético Sweeney a la otra parte de la habitación, como si le hubiera atropellado un camión. Quedó sentado en un confuso montón, apoyado contra un mamparo.

—Ahora te callarás —dijo tranquilo Rory O'Callaghan. Sweeney se levantó, secándose la sangre que le manaba de la comisura de la boca.

—Lo siento, capitán —se excusó—. Fue la impresión…

—Todo está bien —dijo Rory—. Lamento haber tenido que pegarte, Nigel, pero no es bueno perder la cabeza. Te necesitamos… a ti mas que a nadie. Casi como el profesor, puedes hacer cosas con ese calculador que ninguno de nosotros es capaz de realizar.

Sweeney asintió. Había una expresión en sus ojos pálidos que mostraba que el golpe no había quedado sin registrar las profundidades de su maquinante subconsciente. Burt Donovan vino desde los tanques hidropónicos, como si hubiese visto a un fantasma. Tenía los ojos desorbitados, las pupilas dilatadas.

—No te portes como Sweeney —le advirtió O'Callaghan—, o te daré el mismo tratamiento… sólo que un poco más duro. ¡Quiero hombres a mi alrededor! ¡No asustadizas ancianas! ¡Santo cielo, reanimaos!

Donovan asintió tranquilo y se pasó la lengua por los labios que súbitamente se le habían secado. Les Garnett estaba de pie junto a él

por si acaso había jaleo. Se le habían contraído los ojos. Su potente corpulencia parecía estatuaria y al mismo tiempo amenazadora. El doctor Fleming musitaba cosas para sí. Quizá fuese alguna jerigonza mística que recitara como talismán de la buena suerte. Cecil Kroon había colocado a un lado su cámara con expresión resignada. Abrió la Biblia y comenzó a leer algo en voz baja, para sí. Sin saber por qué, aquella acción simple enojó a O'Callaghan tanto como la histeria de los dos primeros…

—Quiero acción… no plegarias —comentó Rory.

—Se consiguen más cosas por la oración de las que en este mundo se pudieran soñar —citó Cecil Kroon, sin levantar la vista.

—Si, pero más cosas aún se logran por coraje y decisión, de las que también este mundo sea capaz de soñar —repuso Tiger Brooks con cinismo. Terry Land irrumpió desde el laboratorio bioquímico.

—Tengo entendido que ocurre algo en el navío, ¿verdad, capitán? —Se le veía tan serio y frenético como siempre—. ¿Puedo ayudar?

—Sí… prepara un tubo de ensayos y envíalo a la Tierra —respondió Rory. Su sonrisa rompió la tensión—. No, Terry, muchacho. Me parece que no puedes hacer nada, excepto darte las gracias yo por la oferta. ¡Alerta para las estaciones de caída!

—¿Qué fue eso de estaciones de caída? —La voz de «Stumpy». Gallows despertó ecos en el pasadizo—. ¿Acaso no quieren cenar?

—Me parece que no… por ahora —respondió Rory—. Tengo la ligera idea de que tendremos que cenar en el Valhalla, a menos que alguien venga con alguna noción importante.

—Hay sólo una manera de acortar la velocidad —dijo Tiger Brooks.

—¿Te refieres… a invertir la potencia? —preguntó Rory.

—¡Precisamente! —exclamó el ingeniero—. Según el calculador, estamos veinticinco minutos adelantados para dar la vuelta… pero de acuerdo con eso —señaló hacia la ventanilla—. ¡Llevamos veinte minutos de retraso!

—Está bien —contestó Rory—. ¡Media vuelta! ¡Todo el mundo a los puestos de acción!

Los hombres treparon a sus sillones de aceleración mientras Tiger

regresaba a la sala de máquinas y, de pie en su acolchada y protegida posición operacional, colocó el navío haciéndole dar una vuelta sobre su eje de 180 grados. Rory O'Callaghan se puso en contacto por teléfono con la sala de máquinas y oprimió el timbre de «disparo». Los ocho grandes tubos reactores del «Astral Castle» abrieron fuego como una salva de un cañón gigantesco. En apariencia no disminuyó la caída… Los hombres respiraban fuerte. Rory O'Callaghan pudo notar cómo su gran corazón latía igual que un martillo neumático.

—No lo entiendo —dijo con voz tranquila Phil Cookson—, es como si nos viésemos envueltos en alguna extraña burbuja de algo no físico.

—Hay muchas cosas más en el cielo y la tierra de las que podría imaginar nuestra filosofía —murmuró Boyd Fleming—. Hay poderes físicos extraños, principios enormes teofísicos y metafísicos que hemos ignorado desde hace demasiado y algún día pagaremos caro nuestro descuido. Ocurrirá que la temeridad de la raza humana recaeré sobre nosotros.

Cecil Kroon estaba tamborileando en su Biblia, luego se puso a hojearla.

—Los pecados de los padres recaerán sobre los hijos —citó.

—Entonces nuestros padres han debido ser gente muy pecadora —murmuró Rory O'Callaghan, mientras el navío continuaba su caída.

Tiger Brooks envió un mensaje por el teléfono de intercomunicación. Rory O'Callaghan gritó hacia el profesor Cookson.

—¡Tiger dice que doblará la presión!

—Si hace eso, estallarán los tubos, claro —respondió el profesor.

—Mejor es romper los tubos, que estrellarnos a esta velocidad —dijo el capitán.

—¡Usted decide, capitán! Yo acabo de indicarle lo que ocurriría…

—¿Y qué harías tú, personalmente, en mi lugar? —preguntó Rory por encima del zumbido atronador de las máquinas.

—Haría exactamente lo que usted se propone hacer —respondió el profesor.

—De acuerdo —contestó Rory, y envió el mensaje fatal a la sala de

máquinas.

Tiger Brooks flameó una respuesta y de pronto el navío pareció estremecerse y quedarse quieto, mientras una potencia doble circulaba a través de los ocho tubos gigantes. El navío osciló y vibró como si se viera captado por el centro de un tremendo torbellino, como un corcho agitado en olas gigantescas, cabeceó, se retorció, y se sacudió. Igual que un potro salvaje, saltando hacia delante y retrocediendo para libertarse, y luego siguió el silbido fatal y explosivo de los tubos al destruirse…

—El número uno estropeado —llamó Tiger—. El dos y el tres estropeados —su voz era como el presagio de la muerte subiendo de la sala de máquinas—. El cuatro hecho cisco… —Otro silbido explosivo —. ¡Se fundió el quinto! El sexto, el séptimo y el octavo aún aguantan.

—Reduce la potencia —gritó Rory. Con tres tubos podían evitar el choque fatal. Con uno, dos, o ninguno, se estrellarían inevitablemente. Quizás así algunos pudieran sobrevivir. Se oyó el comienzo de un siseo…

—¡El sexto comienza a fundirse!

—¡Corta del todo! ¡Ahorrarlo para el aterrizaje!

Hubo un mortal silencio mientras las grandes máquinas disminuían su poder hasta dejarlo reducido a una insignificancia. Sweeney se había recobrado un poco.

—Ahora parece que el calculador funciona normalmente, capitán — dijo—. Creo que estamos bajando.

—Abrir la ventanilla —ordenó Rory.

Burt Donovan, cuyos tanques hidropónicos ya no requerían atención, avanzó para obedecer las órdenes. El amplio ventanal fue abierto del todo, así como el del objetivo, en su arco de 180 grados, giraba rápidamente, arrojando sobre la pantalla la imagen del extraño terreno de allá abajo. Ya, estaban tan cerca que la curvatura del planeta era lo único observable.

—¡Revisad la velocidad! —gritó el capitán.

El profesor Cookson miraba los controles desde su sillón.

—¡Doscientos mil!

—Tendremos que utilizar los tubos —dijo Rory ceñudo. ¿Funcionarían…?, se mordió los labios. El seis estaba en las últimas. Se había logrado antes… aterrizar con tres tubos de los ocho. Oprimió el botón que conectaba con la sala de máquinas—. ¡Seis, siete y ocho, a toda presión constante!

—¿Y qué ocurrirá si se funden? —Tiger no se molestó en utilizar el telégrafo, simplemente gritó asomado a las escaleras de la sala de máquinas…

—¡Si se funden… fundidos estarán!

—Si, si, señor —el navío volvió a estremecerse mientras los dos fieles tubos y el judas número seis entraban en acción.

—150.000 —dijo Cookson—. 100.000… 45.000… 30.000… 20.000… 10.000 —hubo un silbido y el Seis se fundió— 15.000… 20.000… ¡Capitán, el navío vuelve a ascender! —La voz de Cookson aumentaba de excitación.

«La superficie no puede estar muy lejos debajo de nosotros ahora», pensó el capitán… Alzó la vista a la ventanilla de nuevo y se dio cuenta de que inconscientemente contenía la respiración. Dos tubos… dos tubos… se dijo. ¡Las vidas de diez hombres, el navío, todo… dependía tan sólo de dos malditos tubos!

—¡Está subiendo hasta 25.000! —exclamó Cookson—. ¡Quedaremos reducidos a cenizas!

—Todo el mundo a su sillón —ordenó O'Callaghan—. Tiger, métete en tu acolchado, a toda prisa…

—Sí, sí, si, señor —gritó Brooks.

El chillido penetrante de los últimos dos tubos se alzó hasta una altura sonora loca.

—No pueden durar. No pueden —le produjo un ensordecedor estampido.

—¡El ocho se ha fundido!

Casi en el mismo momento Cookson gritó:

—Hemos bajado hasta 8.000.

—Aún quedan 7.900 demasiado veloces —respondió el capitán

ceñudo.

—5.000. Vamos, siete de la suerte —dijo Boyd Fleming—. ¡Ahora ríase de mí y de los números místicos, capitán!

—Jamás me volveré a reír de nada ni de nadie, me parece… —replicó O'Callaghan.

—Es increíble —dijo Tiger Brooks—. ¡El siete resiste! ¡Y va a más que a triple potencia!

—Voy a hacer que me hagan un número siete en diamantes y también me lo haré tatuar en el pecho —dijo O'Callaghan—. Si ese tubo resiste por lo menos otros veinticinco segundos.

El agudo chirrido duró eso, y aunque parecía agonizar a cada instante llevó una pizca de esperanza a todos los tripulantes.

—Bajamos de los mil y seguimos cayendo —repitió Cookson—. 500, 400, 200… ¡bajamos a velocidad de aterrizaje, capitán! —Y mientras hablaba sus palabras se perdieron en el rugido ensordecedor. El navío parecía chocar con la fuerza de mil balas de cañón. Giró, giró y giró…

La cabeza de O'Callaghan entró en contacto con el respaldo del sillón y con o sin acolchado el mundo parecía estallar en una masa de luces de colores y Rory se metió de cabeza en el pozo sin fondo del olvido…

La parecía estar hundiéndose a través de una agua profunda y oscura. El agua se cerraba sobre su cabeza y no había fondo. Una piadosa inconsciencia se le tragó, le envolvió como una manta.

Nigel Sweeney estuvo rebotando entre la columna de su calculador y su sillón. Como una pelota de ping pong chocando contra la paleta de un campeón que tenía músculos de herrero. Él, también, cayó en el pozo negro de la inconsciencia.

Burt Donovan chocó con la sección acolchada del ventanal y el golpe tuvo la fuerza de un millar de coces de mula, dándole en el pecho, en el estómago y dejando sin aire sus pulmones, con un horrible silbido, mientras se desmayaba y se desinflaba como un neumático pinchado. La cabeza de proyectil de Phil Cookson se escapó del sillón y al chocar con algo siguió a los otros tres dentro de su insensibilidad. Les Garnett, a fuerza de sus soberbios músculos, se quedó colgado como una araña de acero aferrada a su tela de hilo fino de nylon, colgado y conservando sus facultades a través de la atorbellinada pesadilla del vórtice de la caída.

Boyd Fleming se relajó. Médico y yogi, tenía un control soberbio de su propio cuerpo, que los demás no poseían. Aquella misma relajación le impidió caer en el pozo negro de la inconsciencia que ya se había tragado a cuatro de los tripulantes. Cecil Kroon sucumbió a la aguda presión evaporizante y se desplomó inerte, aunque nada le había golpeado. Tiger Brooks se apagó como una luz, de pie. El acolchado le salvó de graves heridas, pero no pudo impedir que las consecuencias de los golpes y rebotes hicieran impacto en su persona. Stump Gallows había estado ya presente en muchas catástrofes para no saber cómo comportarse. Aprovechó hasta el máximo el impacto y permaneció consciente. Terry Land, siguiendo el ejemplo de Boyd Fleming en su relajación, conservó también las facultades mientras el calidoscopio de tripulación y navío hacía una ruina del «Astral Castle». Una ruina en una jungla extraña, fétida, purpúrea. La nave había aterrizado funcionándole sólo un tubo. Primero tres, luego dos, luego uno. Cinco silenciosos, seis silenciosos, siete silenciosos… La flecha plateada osciló y desapareció en la púrpura… una nave valiente y diez estupendos hombres que se perdieron en un planeta extraño, en algún lugar de Sakalam 4, con sus dos soles rojos gemelos y sus cinco mundos enigmáticos. A través de una brecha en el fuselaje destruido, la jungla purpúrea atisbaba curiosamente, mirando a los diez hombres confusos y maltrechos que habían caído del firmamento.

III – LA JUNGLA PÚRPURA

Atontada, estupefacta, sangrando por heridas y cortes, la azorada tripulación del siniestrado «Astral Castle» salió del navío tambaleándose… no a través de las atascadas escotillas, no a través de las salidas de emergencia en caso de catástrofe… sino por la gran brecha abierta en el fuselaje.

El agujero era como una cavidad como las que produce un gorgojo comiendo el costado de su envoltura de crisálida para salir, ya no convertido en gusano, sino en algo alado viviendo una nueva fase de existencia. Y el símil ciertamente era apropiado, pensó O'Callaghan, puesto que aquello representaba una nueva existencia para todos. El mundo de manómetros y palancas, el mundo del hombre espacial, el mundo de silencio, de suave eficiencia, había desaparecido como si jamás hubiera llegado a existir.

Todo en torno a ellos era fétido, una púrpura podrida y una jungla llena de miasmas. Parpadeó en vista de aquel color tan desusado. Es chocante cómo se acostumbra el hombre a que la jungla sea verde y cuando vea algo que sea un infierno purpúreo, su mente sigue viendo cosas en el antiguo color, en el viejo sistema. Esta purpúrea jungla estaba por todas partes. Altos árboles de gruesa corteza con aspecto de cuero se abrían paso hasta el cielo en donde sus ramas y enredaderas, sus tallos y hojas, se entrecruzaban una y otra vez como si fuesen grandes formas de vida animal reptilesca, entretejiéndose con la vida y la muerte y forcejeando por la existencia. Era una jungla horrenda. Había una fantasmal calidad en la luz purpúrea que se filtraba a través de los árboles. Había una terrible extrañeza en todos los desconocidos sonidos que cruzaban a través de aquella pesadilla azul rojiza. Por todas partes, por encima, venían los sonidos como un gotear, gotear, gotear de agua. Gotitas purpúreas desprendiéndose de las hojas podridas, cayendo a las marismas purpúreas y absurdas. Por todas partes goteo y olor a corrupción… el olor de cosas desconocidas… el agitarse de un millón de formas de vida extrañas y atareadas en carcomer las cosas putrefactas que las rodeaban.

—Esto es como las marismas… —dijo Nigel Sweeney.

—Oh, creo lo mismo que tú —anunció Donovan—. No podría pensar en lo que quieres decir durante un minuto. Estás hablando acerca de las zonas pantanosas y cubiertas de vegetación, rebordeadas de cipreses y sauces de Savannah y Florida.

—Eso mismo —asintió Sweeney—. Fui allí de niño una vez. Tenía un

tío que vivía en aquella zona, nos invitó a pasar unos días… ¡Nunca jamás! No he visto nada más horrible en mi vida.

—Me lo imagino —confirmó el encargado de los tanques hidropónicos —. Yo sólo he leído cosas acerca de eso, jamás tuve experiencia personal. Miró al pantano de púrpura sucia que había más allá y cerró los ojos como para apartar definitivamente aquella visión de su cerebro.

—Hay pinedas y matorrales de mangles —dijo Sweeney en voz baja—. Se extienden desde los lados meridionales hacia levante en el lago Okeechobee.

—¿No es muy grande eso? —preguntó Donovan.

Sweeney hizo un gesto indefinido con los brazos.

—Unos ochenta kilómetros de ancho, cubriendo una zona de quizá cinco mil millas cuadradas. Algunos de los cipreses más altos y hermosos de Florida crecen en levante y en la mayor parte de las playas del norte de ese lago. Cuando el agua sube dos o tres pies en su nivel, cientos de millas cuadradas se convierten en un pantano, en un lago ponzoñoso. No hay nada seguro en los limites…

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó el encargado de los tanques hidropónicos.

Sweeney prosiguió:

—Que las cosas son siempre indefinidas, que no hay concreción, que todo cambia… Un segundo tienes allí un pantano con cipreses, luego te encuentras una pradera y después en una pineda y luego en una marisma costera. Todo está entrelazado y retorcido. Después se llega al este del lago Okeechobee y las marismas emergen gradualmente y sin regularidad hasta fundirse con las llanuras de Allapattah. Eso está siempre sumergido al final de la estación de las lluvias.

—Está bien, muchachos —fue la voz de Rory O'Callaghan—. ¡No quedaros plantados admirando el panorama! —Era un intento de humor, una intentona valiente y tosca, pero que cumplió su propósito. Phil Cookson se plantó a su lado.

—¿Qué piensa de eso, capitán? —preguntó.

—Yo diría que hay más gusanos por pulgada cuadrada que en una palada de basuras fermentadas —comentó Rory O'Callaghan—. Yo

diría que contiene más peligro y muerte que cualquier lugar que haya visto jamás, exceptuando quizás a esos pantanos salados de Sirio… «están lejos y distantes en el tiempo y en el lugar», si me permitís la cita.

Les Garnett prosiguió con dicha cita:

«Pero todo eso queda detrás de mí,

lejos y distante en el tiempo y en el espacio».

—Fue una canción, me parece —aclaró—. Solían cantarla hace quinientos años…

—Si os podéis distraer bastante tiempo de vuestras citas y recuerdos —dijo Boyd Fleming, afanosamente ocupado con su equipo médico—, veré lo que puedo hacer por curaros…

Garnett descendió el antebrazo en el que dos quemaduras parecían a punto de sangrar.

—Es sólo un arañazo, doctor —protestó. Fleming parecía verdaderamente enfadado.

—¿Sabes de qué tamaño se necesita que sea la incisión para que se introduzca una dosis fatal de bacterias extrañas? —preguntó—. ¡Maldición Garnett, ya has estado antes en el espacio! Odio dos cosas en la vida… la primera es el hipocondríaco que viene corriendo a mí cada pocos segundos o porque se le ha acelerado el pulso un uno por cien, o porque respira con mayor frecuencia debido a la altitud; y la otra es el tipo de lunático que deja que toda clase de microbios extraños penetren en su torrente sanguíneo. Dicen «es sólo un arañazo». ¡Se preguntan por qué se le vuelve verde la carne y se le caen los dientes! Somos terrestres… admito que también somos hombres del espacio… pero primariamente somos terrestres; cualquier clase de inmunidad que tengamos resulta inmunidad para las enfermedades y plagas de la Tierra. Esos microbios e aquí se han desarrollado a lo largo de modelos propiamente específicos. Han evolucionado en formas completamente extrañas y no poseemos inmunidad contra ellos. Estamos tan desamparados en su presencia como el centro africano o centro americano queda desamparado ante las enfermedades del hombre blanco, que dicho hombre blanco lleva consigo, al mismo tiempo que su religión, su licor y sus costumbres menos deseables.

Cecil Kroon miró al doctor sombrío.

—¿No eres partidario del trabajo de los misioneros, doctor Fleming? ¡Me imaginaba que no lo serías! Con toda seguridad eso es cosa apropiada a las más altas calificaciones profesionales…

—Cállate —ordenó Boyd Fleming—. ¡Tu interpretación de la religión y la mía propia no coinciden, señor Kroon! Yo soy un teósofo… un místico. Mi religión es una experiencia psíquica y mística… la tuya es, según mi interpretación, primitiva y revolucionaria.

—Caballeros —interrumpió O'Callaghan—. No es este sitio ni hora para una discusión religiosa. Quiero tener a mis hombres dispuestos y descargar cuanto sea posible y deseo salir de esta jungla. Deben haber otros sitios en este planeta además de este pantano púrpura maldito. Habrá tierra más alta con viento limpio que sople libre…

—¡Esa es la cuestión! —exclamó Stumpy Gallows.

—¿Qué quieres decir, Stump? —dijo Rory.

—¡El aire, capitán… lo estamos respirando!

—¡Claro! Esta vez no hubo proceso rutinario. No se efectuaron pruebas del aire con el mecanismo apropiado. Si este aire hubiera sido ponzoñoso hubiéramos muerto un segundo después de desgarrarse el agujero en el fuselaje.

—¡Exactamente! —asintió el veterano hombre del espacio—. ¡En cuanto apareció el agujero en el casco, habríamos muerto…! ¡No sólo es respirable en cuanto a su contenido, patrón, sino por su densidad y presión!

—Ahora nos estamos convirtiendo en técnicos —insistió Rory con una sonrisa.

—Soy un veterano viajero del espacio, patrón —dijo Stumpy—. Porque soy cocinero y he vivido tanto tiempo. ¡Yo no podría enfrentarme a la comida de otro ser aquí en el espacio! —Se pasó una mano a través de su pelo alborotado gris.

Terry Land, el bioquímico, había lanzado hacia el otro grupo con su ordinaria energía frenética. Habló con decisión en su voz.

—El señor Gallows está completamente bien, capitán… Hay una posibilidad dentro de un millón en que podamos aterrizar en un planeta con similar presión atmosférica y contenido gaseoso…

—¿Cómo puedes decir que tiene un contenido atmosférico similar? —preguntó Rory—. Cuanto sabemos es que hay suficiente oxígeno para respirar y que está diluido con algo que podemos deducir que se trata de nitrógeno. Es más, quizás es posible que estuviésemos respirando alguna mezcla extraña y fantasmal compuesta…

—¡Si esto fuese demasiado extraño o fantasmal, estaríamos muertos! —se apresuró a decir Terry.

—De acuerdo… de acuerdo, ¿pero el componente del oxígeno podría ser alguno de los gases inertes, no es preciso que sea nitrógeno, verdad? Podríamos respirar una mezcla de oxigeno y helio…

—¡Cualquiera que fuese el agente diluyente, tendría que ser mucho más fuerte que el helio!

—Sí, admito eso —dijo el capitán pensativo.

—De nada sirve hacer una prueba hasta que salgamos de esta jungla, hay demasiado gas emanante de la putrefacción y vapores también de la misma, hay un fuerte olor a sulfuro de hidrógeno, entre otras cosas.

—¿No es ese el término técnico para «huevos podridos»? —preguntó Les Garnett. El capitán asintió. Dijo:

—Si se necesita un término técnico, ¡amigo mío, ese es el más adecuado!

Boyd Fleming había terminado de curarles. Rory supervisó la descarga de las bodegas. Tenían todavía una emisora de radio en funcionamiento y se sintió más que complacido al descubrir que el blindaje no había sufrido demasiado por el golpe.

—Tenemos armas y una unidad de comunicaciones —dijo con franqueza—. ¡Dos cosas realmente importantes!

—¡Esa radio es casi tan buena como una paloma mensajera con una ala artificial de madera! —dijo Cookson.

Rory O'Callaghan chasqueó los dedos.

—Estúpido —se dijo a sí mismo—, he seguido pensando que estábamos en algún lugar dentro del sistema.

—Oh, lo estamos —dijo Phil Cookson—, en el sistema Galáctico. Precisamente en algún lugar de la región a un par de miles de

períodos de vida… ¡Hay que planear una larga existencia por delante si quiere conseguir que un radiomensaje llegue hasta la Tierra!

Stumpy Gallows repasaba los alimentos. Interrumpió con un gesto áspero indicando la pila demasiado escuálida de conservas.

—Caballeros, tengo noticias para vosotros.

—¡Adelante! ¡Dinos lo peor! ¡No puedo ver nada demasiado malo después de lo que ha ocurrido! Nos estrellamos en una jungla púrpura que no está en los mapas… —Stumpy miró la comida.

—Hay varias maneras de morir, patrón, y de hambre no resulta a mí juicio la manera más rápida y fácil. Dicen… —Se dio una palmada en el estómago— ¡que acaba con el hombre como ninguna otra cosa más de este mundo! ¡Excepto quizá que aún es peor morir de sed! ¿Ha visto usted alguna vez a un hombre morir de sed, capitán?

Rory sacudió la cabeza.

—¡He visto la muerte muchas veces, pero no de esa forma!

—¡Bueno, yo si! —afirmó Stumpy Gallows, con un orgullo bastante sombrío—. Le he visto, con los labios hinchados, la lengua atascada en el paladar, los ojos saliéndole de las órbitas y su garganta tan seca como un sarmiento en otoño. Le he visto como una momia egipcia con pies, tambaleándose todavía mientras marchaba. En los viejos días, allá en Marte, cuando uno no podía conseguir a tiempo localizar los rayos navegacionales. Aterrizamos en el desierto y marchamos tambaleándonos hasta pasar las cúpulas prehistóricas. Y seguimos adelante… y uno se extrañó de lo que impulsó a los marcianos, cuando estaban vivos, a refugiarse bajo las cúpulas. Desde ellas uno hallaba el borde del canal… quizá seco, quizás a trescientos cincuenta metros por debajo, con laderas de piedra tan resbaladizas como el vidrio, entonces uno veía serpenteante una cinta plateada y se daba cuenta de que era agua. He visto a los hombres lanzarse en esos canales antes de enfrentarse a morir de sed en las arenas marcianas. ¡He visto muchos entrar y nunca a nadie salir!

—Eres un tipo la mar de animoso —dijo Rory O'Callaghan—. Escasea la comida… está bien, debe haber algo que podamos comer en este condenado planeta. Hay bastante vegetación… si mantiene una vida extraña, también lo hará con la humana…

—Yo no estaría tan seguro acerca de eso —dijo el profesor Cookson—. Una planta puede vivir sobre el suelo con sales, con agua, y óxido de

carbono… nosotros no.

O'Callaghan replicó:

—Nosotros no, pero sí podemos vivir de productos tratados. Todo depende de la clorofila. Depende de la planta y de las hojas verdes. Toma la canción de «sol, viento y lluvia», hay una gran cantidad de verdades escondidas en esas viejas canciones populares. Hay una gran cantidad de verdad a menudo tras el folklore. Quizá no nos sea posible comer nada en su estado nativo de este planeta, pero si podemos tratarlo… desmenuzarlo. Ahí es donde entras tú, Burt —Donovan asintió indicando que estaba de acuerdo.

—Seremos capaces de producir algo, aun cuando sea una primitiva sopa de clorofila. Quizá le falten vitaminas. Quizá sea un poco difícil para el paladar, pero nos mantendrá vivos. Hasta que alguien venga aquí…

—¿Y cuánto tiempo crees que tardará eso? —preguntó Rory O'Callaghan sin mucho entusiasmo—. Envié un parte ayer a través del hipermotor diciendo que todo iba bien. Eso aterrizará en la primera semana del mes que viene. Allí indicaba que íbamos a aterrizar en el primero de los planetas Sakalam 4, lo antes posible. ¡Luego mirar lo que ha pasado! No pudimos enviar otro parte antes de estrellarnos. Se nos rompió el transmisor del hipermotor. Todo lo que tenemos es una vieja emisora de radio que le costará muchísimo tiempo comunicar, tanto que ni siquiera nuestros descendientes estarían vivos todavía aquí…

Rory miraba con desconsuelo a las provisiones… o mejor dicho, a la falta de provisiones…

—¡Infierno! —murmuró en voz baja—. Unas cuantas armas, unas cuantas latas de comida, una radio, diez hombres y una jungla de púrpura extraña… ¡Qué escenario, qué maldito escenario!

Con O'Callaghan al frente, diez desanimados terrestres comenzaron a abrirse paso a través del pantano, encaminándose hacia lo desconocido, hacia el infinito, hacia sólo Dios sabe qué.

IV – VIDA EXTRAÑA

O'Callaghan volvía a estar pensando. Su mente evocaba todo cuanto había ocurrido, todo lo que había ido mal. El navío descendió, con tres tubos funcionando y cinco mudos, seis silenciosos, siete apagados… ¡y uno funcionando! Había sido un milagro de astrogación, un milagro de ingeniería. Si pudiera encontrar al hombre que construyó el tubo número siete, el que salvó sus vidas, se dio cuenta que se le abrazaría al cuello y le besaría. La flecha de plata había desaparecido dentro de una podrida, salvaje y fétida jungla… jungla… jungla… espesa, supercrecida, terrible. Un estupendo navío y diez hombres perdidos contra toda esperanza, profundamente perdidos… perdidos en un planeta que no parecía tener norte, sur, este u oeste; un planeta que no parecía tener otra cosa que jungla púrpura. Nada excepto vegetación podrida, nada excepto muerte y una locura al acecho. Olor. Hediondez. Como un millar de cubos de basura. El planeta era malo. Era un planeta de muerte y corrupción. Nada que pudiera ser propio de hombres. Una esfera, que en cierto modo parecía por su propia decadencia hacer que las peores desventuras del hombre parecieran brillantes en comparación. Había allí un mal siniestro, diabólico, al acecho. Era un mal planeta. Un planeta que no tenía nombre, que parecía no tener sitio en el universo. Un planeta sin rastro…

Eso resultaba infamiliar. Eso, decidió O'Callaghan, estaba ablandándole cuanto era posible. Era tan infamiliar como las islas pantanosas de Sirio, y ellas eran ya de por sí bastante malas. Resultaba tan aterrorizador como las marismas de Florida que gustaron a Nigel Sweeney. Tenían que luchar para existir, o morirían. La elección era tan sencilla y tan clara como esa simple frase. ¿Pero para qué tenían que sobrevivir? La suerte estaba claramente decantada en contra de ellos. Sobrevivir y morir. Pensamiento obsesivo. La supervivencia se había convertido en una realidad. Todo a su alrededor era un ponzoñoso pantano, el suelo de la jungla que borboteaba efervescente mientras absurdas criaturas en las ocultas profundidades estaban tratando de abrirse paso hasta la superficie que les había sepultado hacia mucho, muchísimo tiempo.

Se preguntaban qué saldría de aquella fétida agua, manchada por mil cintas de plantas muertas. Salpicada por podridos troncos de árboles abatidos y por hediondos líquenes parásitos. Pulgada por pulgada notaron cómo la jungla les iba devorando…

La consciencia de O'Callaghan trataba de machacar en su cerebro la noción de que él era el capitán Rory O'Callaghan y que podía dar una paliza a cualquier hombre o a cualquier cosa viva. Anchos hombros,

músculos prominentes, un arma, un hombre fuerte, ojos agudos, ¿qué tengo que temer?, se preguntó a sí mismo. Sin embargo, a pesar de esa sugestión, sabía que tenía miedo. Conocía que bien adentro de él la acuciante duda del miedo estaba apoderándose de su cerebro, tratando de destruir su valor centímetro a centímetro, tratando de aniquilar su fuerza de voluntad. «Soy Rory O'Callaghan y no tengo miedo». Se sentía como el legendario doctor Jekyll y el siniestro mister Hyde[3], recordaba el episodio final del melodrama psicológico, cuando Jekyll, incapaz ya de controlar al monstruo que era su otro yo, gritaba al ver el horrible rostro que le miraba desde el espejo: «¡Soy el doctor Jekyll! ¡Soy el doctor Henry Jekyll!»… «¡No, no lo eres… tú eres Hyde, eres mister Edward Hyde!».

—No tengo miedo —dijo en voz lo suficiente alta para que Cookson le oyera.

—¿A quién trata de convencer? —preguntó Phil.

—Principalmente a mí mismo.

Boyd Fleming caminaba cerca de él.

—No lo haga —dijo simplemente—. El día en que el hombre llega a convencerse a sí mismo de que no tiene miedo suele ser el día en que muere. El miedo es un instinto muy sano. Una sobredosis de él hace desagradable la vida, pero si se le suprime a rajatabla, la vida se termina. Hay muy pocos mecanismos mentales que no tengan alguna importancia para la supervivencia. El miedo es muy viejo, muy primitivo y en un planeta como éste se le necesita con verdadera ansia. Resulta un salvavidas. Cuanto más peligroso sea el medio ambiente, más se necesita del miedo. Repito, es un salvavidas. Imagínese que su misma existencia es una casa. Una casa muy bien fortificada y ocupada por defensores que dependen del funcionamiento del timbre de alarma. Sin dicho timbre de alarma serían tomados por sorpresa y la casa caería en poder de las bandas de merodeadores que tratan de ocuparla. El hombre que se convence a sí mismo de que no tiene miedo es como el que cierra los ojos y dice que no ve a ningún enemigo… como el avestruz que entierra la cabeza en la arena. Igual que el hombre que corta el circuito del timbre de alarma que avisaría a los defensores, como *sir* Ralph el Errante, en el viejo poema épico.

—Me parece que no conozco ese poema —dijo O'Callaghan.

—Ya es hora pues que lo conozca —comentó el doctor, y mientras

caminaban chapoteando por la jungla, empezó a recitar:

«*Sir* Ralph el Errante zarpó en su velero y surcó el mar por más de un día.

Luego de enriquecerse con las rapiñas, puso rumbo a la costa de Escocia».

—Debería explicar —añadió abandonando por un instante la recitación—, que el Abad de Abbobrothoch había colocado una campana de alarma en el lnchcape Rock y *sir* Ralph pensó que sería bastante divertido inutilizarla…

—¿Que pasó? —preguntó Rory.

—Cuando volvieron a la roca —contestó Fleming— ya no había tal campana de alarma.

Luego prosiguió recitando:

»Creo que debo estar cerca de la playa, porque puedo oír el rugir de las rompientes.

»Pero desde donde estamos no puedo decirlo. Desearía poder oír la campana de Inchcape.

»El navío se estrelló con una conmoción vibrante. ¡Oh, horror!, gritaron. ¡Esto es el Inchcape Rock!

»Pero incluso en su miedo de la muerte, el Errante pudo oír un terrible sonido.

»Un sonido siniestro con la campana de Inchcape el rufián allá abajo tocaba a difuntos.

—Oyó la campana mientras se le tragaban las olas —explicó Fleming —. La misma campana de alarma que él había descolgado. La misma campana de alarma que pudo haberle salvado. Nunca se libre del miedo, capitán O'Callaghan.

—Por otra parte —arguyó Rory—, recuérdote el adagio sobre los cobardes que vivieron mil muertes antes de que descargaran el golpe decisivo sobre ellos.

—Oh, no es nada conveniente vivir sin miedo —dijo el doctor—. Es mucho menos saludable. Sería la mar de conveniente vivir sin dolor, quizás. Imagínese a un hombre que tenga una infección en el dedo,

pero que como no siente dolor, no se preocupa de hacerse examinar el brazo y, de pronto, se da cuenta de que todo el miembro se le ha engangrenado. Si hubiera sentido algo de dolor en el dedo, habría acudido al doctor y con una ligera aplicación de antibiótico no habría pasado nada grave. A todos nos disgustan las advertencias cuando son dolorosas, pero el ser humano es una criatura infernalmente tozuda y por eso la advertencia ha de ser fuerte para lograr el éxito.

—Crees que deliberadamente trato de ignorar una de esas advertencias intentando reprimir el miedo que siento —dijo O'Callaghan.

—Indudablemente —respondió el doctor.

Nauseabunda agua púrpura formaba remolinos bajo sus pies y goteaba de las ramas superiores. Por todas partes el olor de un millar de marjales de mangos. Chapotearon… milla tras milla. Sin saber si avanzaban o estaban describiendo enormes círculos irregulares.

—¿Cuándo comemos? —preguntó «Músculos». Garnett esperanzado.

—Lo menos frecuentemente que sea posible —dijo el doctor con frialdad.

Hubo un largo y tenso silencio, roto sólo por el salpicar en el pegajoso barro púrpura, un silencio roto por el goteo del agua de encima de ellos, un silencio roto sólo por los extraños sonidos gorgoteantes de lo que pudieran ser criaturas moviéndose a través de un lodo semilíquido.

—Todavía no hemos encontrado vida animal —dijo de pronto Stumpy Gallows—. ¡Ninguna en absoluto! —Encontraba difícil la marcha, cojeando sobre su pierna artificial por la jungla, pero el osuno veterano no se quejaba. A su manera era tan duro como cualquier otro miembro de la tripulación.

—Tienes razón —asintió Terry Land, que caminaba a su lado— y como bioquímico encuentro el hecho sumamente extraño. Deben haber docenas de formas de vida en la carroña. Por todas partes hallamos pruebas de su presencia.

—Yo no las veo —el corpulento y animoso Tiger Brooks caminaba a grandes e impasibles zancadas.

Cecil Kroon leía su Biblia mientras andaba. Murmurando para sí extraños e inaplicables pasajes del Viejo Testamento, como si en el

recitado hubiera alguna clase de talismán. Boyd Fleming se preguntaba cuántas formas extrañas respirarían allí y cuál seria su aspecto.

Les Garnett se limitaba a andar sin pensar en nada. Phil Cookson trataba de elaborar alguna ayuda navegacional, sin encontrar más luz que el crepúsculo purpúreo. Las palabras del poema tennisoniano cruzaban por la mente del profesor.

«Vi los cielos llenarse de comercio,

Argos de velas mágicas.

pilotos del crepúsculo purpúreo,

descendiendo con costosos fardos».

—«Pilotos del crepúsculo purpúreo»… qué frase tan magnífica. Cuán profética, cuán futurista. Nosotros somos pilotos… pilotos del espacio… atrapados en un crepúsculo purpúreo. ¿Acaso Tennyson presintió una cosa así? No me hubiera imaginado que lo hiciese, ni siquiera con tan maravillosa imaginación…

Adelante, siempre adelante, a través de un brumoso resplandor rojizo-azulado. Adelante, siempre adelante, a través de marismas y árboles y jungla. Burt Donovan se preguntaba cómo podría convencer a sus delicados bancales clorofílicos —los salvados del siniestro— para que sobrevivieran en aquella especie de estercolero. Se daba cuenta que lo más probable sería que aquella vida salvaje extraña devorara su clorofila. Nigel Sweeney estaba por completo fuera de su elemento y su rostro delgado y cobarde era la más pura expresión de todo cuanto no es de fiar. Con un calculador Nigel Sweeney cumplía su misión. Como hombre en términos de puro valor humano, en donde no podía efectuarse ningún trabajo con calculadores electrónicos, Nigel Sweeney era un estorbo más que un ser útil.

Rory O'Callaghan los miró a todos por encima de su hombro y pensó con ahínco. Se preguntaba cuántos de aquellos hombres sobrevivirían, si él mismo lograría hacerlo. Como escuchaba todos los borboteos de las aguas pantanosas, sintió como si le vigilaran mil ojos… ojos invisibles de cosas invisibles, trabajando entre el impenetrable follaje púrpura. Trabajando en la impenetrable niebla. Escondiéndose bajo la superficie del agua púrpura, ojos que cada vez se acercaban mas. Si los ojos son las ventanas del alma, entonces es que estos ojos eran propiedad de criaturas malignas y a su través miraban millares de encarnados diablos del espacio. Avanzaron… Siguieron avanzando.

Caminaron durante un año, un mes, un día, una hora, un minuto. No había forma de saberlo. Llevaban relojes de pulsera pero en aquel planeta sin rostro el tiempo parecía haberse detenido. Siguieron chapoteando en la jungla púrpura fétida. Milla tras milla hasta que la palabra «milla» dejó de tener sentido. Hasta que la distancia no significó nada. Hasta que nada tuvo significado. Continuaron chapoteando porque algo que era el instinto de la supervivencia les obligaba a marchar. Entonces, del todo nunca lo supieron cómo, hubo una inconfundible alteración en la atmósfera. La sensación de aquellos ojos vigilantes se hizo más fuerte a cada segundo. Cada paso parecía conducirles al peligro. El sentido inarticulado de la presencia de algo aumentó. No era sólo la mera sensación de una presencia. Un miedo sin nombre. Un amenazador presentimiento en el aire. Cualquier cosa que saliese de allí sería maligna, baja, amenazadora. Lo podían notar en sus huesos y en sus articulaciones. Era algo tan viejo que la mente a duras penas consideraba necesario comprenderlo. Como el antílope se pone rígido cuando presiente al león, como el pájaro o animalillo queda hipnotizado por la víbora o la comadreja, así reaccionaban sus cuerpos. Cada célula viva independiente parecía vociferar su propio peligro. El pelo de ellos y las uñas parecían conscientes, había algo allí fuera que no deseaban. Algo, además, que sabían que existía. Algo que pensaba en ellos, algo que los estudiaba, algo acercándoseles inexorablemente con cada sonido pasajero. Sin embargo, no podía ver nada. No podían oír nada por el gotear y el salpicar y el chapotear y el burbujear de la jungla purpúrea. Los grandes puños de Rory O'Callaghan se crispaban y se abrían. Quería luchar contra «eso». Siglos de vieja sangre guerrera céltica bullían en las venas de un irlandés de la centuria XXV. Quería golpear a «eso», necesitaba alguna clase de reacción para escapar de la guerra de nervios que aquel planeta extraño desarrollaba contra ellos. Sabía que había algo en aquella jungla tan grande y tan malo que la mente humana probablemente era incapaz de captarlo. Muy hondo en sí mismo notaba que «eso» estaba allí. Era una clase de extraña, intuitiva percepción extrasensorial. Se preguntaba si esta armadura de guerra psicológica era algo propio de la Bestia. Era algo que no era, después de todo, tan terrible pero que emitía radiaciones de terror… Siguieron avanzando. Podía haberse formulado a sí mismo millares de preguntas irrespondibles. Podía haber especulado eternamente acerca de la identidad y verdadera naturaleza de la bestia y entonces, de súbito, hubo un chapotear que fue más fuerte y sonoro que el resto. Un chapotear que no estaba hecho por el agua púrpura de un arbolado púrpura en un pantano púrpura. Un definido movimiento de chapoteo que sólo podía proceder de alguna forma de vida extraña moviéndose por entre los árboles a través de los arbustos azules y rojos del

cenagal.

Hubo otro chapoteo y un sonido desgarrador, y arriba y delante de ellos, a la izquierda dentro de la bruma púrpura, vieron cómo un árbol quedaba arrancado de cuajo y caía en el pantano púrpura, donde desapareció como una ramita seca que cae en el centro de una hoguera de abrasadoras llamas… Otro crujido, otro sonido atorbellinado y luego un rugido. Un rugido como si un millar de huracanes fueran confinados en un pequeño recipiente. Un rugido como si todos los océanos del mundo azotaran a la vez el peñón de Gibraltar. Era el rugido de una cosa de tales proporciones que por comparación hacía triviales todas las demás formas de vida. Era esto la versión Sakalam 4 de King Kong o Godzilla[4], Esto era vida extraña, roja en verdad y con zarpas. Mortíferas, peligrosa, marchando hacia ellos como una montaña viviente.

V – CONFLICTO

La montaña de carne fue hacia ellos como una sinfonía tridimensional del Infierno, con sus escamas y zarpas y dientes, sus aletas y grandes, grandísimas placas de blindaje. Sus ojos eran enormes, saltones, como el ojo multifacetado de una mosca frutera, ampliado un millón de veces. Relucían y destellaban como el latón que ha sido hundido en un baño púrpura. La enorme cola, con un borde cortante como una perforadora de cemento, azotaba la jungla púrpura, lanzando por los aires árboles en todas direcciones. Rory O'Callaghan era duro, tenía que ser duro para llegar a ser capitán espacial. Creía en la lucha, pero sabía que acababa de tropezarse con algo contra lo que no podía combatir.

Sweeney era cobarde. Sweeney corrió, gritando como un loco, adentrándose en el misterio púrpura de la jungla enigmática. Burt Donovan se llevó las manos a la cara como para borrar la visión espectral, y gritó, gritó hasta que perdió la voz. Phil Cookson tragó saliva y sus ojos se contrajeron hasta convertirse en dos puntitas de alfiler. Su mente brillante, tan equilibrada, tan serena como el cerebro más brillante de la mejor máquina de calcular, trabajaba febrilmente. Era un hombre casi desprovisto de emoción. Era pensamiento, en su sentido mejor y más profundo, Y pensar era tratar de encontrar una explicación racional para lo irracional. Un hombre que creía en explorar cada posibilidad mental estaba tratando de encontrar una razón para lo imposible.

Les Garnett, el hombre de los músculos, parecía indicado para enfrentarse a situaciones como aquella. Su callada y tranquila confianza —la confianza de un hombre entrenado en los combates— le hizo descolgar el rifle y colocar la frecuencia supersónica del vibrador hasta el máximo, y apuntar a la pesadilla que se lanzaba sobre ellos. Lo hizo con la misma clase de defensa instintiva que obliga a un cisne a volar huyendo de lo que ha conturbado su nido. De haber sido un tipo más reflexivo, más introspectivo, menos una máquina eficiente de pelear, se habría dado cuenta de que el rifle de su mano tendría tanto efecto sobre el monstruo, como un cisne enfrentándose a una locomotora de un ferrocarril.

Cecil Kroon era como un poseso. El maníaco de la religión pasaba frenético las páginas de su Biblia y gritaba acerca de la Gran Bestia y del día del Armagedon.

Tiger Brooks permaneció plantado con aire resuelto, sin saber qué hacer. Conocía la ingeniería. Cosas que hacían a King Kong parecerse

a un minúsculo chimpancé, quedaban fuera de su territorio de conocimientos. Terry Land el atento y frenético bioquímico, trataba de sopesar el metabolismo de la cosa. Lo hacía muy serio, con aplicación. Lo miraba como algo que no amenazase su propia e inmediata extinción, sino como un problema de biología. Cada libro de texto que había leído en sus años de enseñanza en aquel campo soberbiamente técnico le decía que aquella cosa no tenía derecho a existir. Pero existía, estaba allí. ¿Podría encontrarse alguna explicación? ¿Podría haber alguna explicación para algo en este planeta de locura de Sakalam 4?

Stumpy Gallows era demasiado viejo y cínico para sorprenderse de algo. El sombrío veterano del espacio miró aquella cosa horrenda, la montaña viviente, como si fuese un gigantesco lienzo de Picasso encarnado en vida y dejó que sus dientes rechinaran instintivamente.

—¡Si pudiésemos matar a esa bestia; tendríamos resuelto el problema de la comida!

Rory O'Callaghan miró al monstruo y continuó mirando. Luego, al igual que Les Garnett, descolgó el rifle, colocó el regulador de potencia al máximo y con una mirada de reojo el miembro de la I. P. F., que asintió para mostrar su acuerdo, ambos hombres abrieron fuego. Los disparos no parecieron tener más efecto que si hubieran sido chorros de agua. Los proyectiles mortíferos de potencia y calor y destrucción, no afectaban al monstruo, únicamente como si hubieran sido las primeras salpicaduras de petróleo que recibe en su piel un prospector durante una perforación.

Sweeney había desaparecido de entre el follaje púrpura. Donovan, artista, esteta, muy apegado, yacía en el suelo, formando un montón informe y tembloroso, impregnándose del agua que cubría el piso de la horrible jungla. Cookson pensaba con desesperación, pero todavía no encontraba la ansiada solución. Les Garnett estaba concentrado en su puntería, pero no había verdadera necesidad. Ni siquiera un cohete hubiera desviado aquella criatura. Era la clase de cosas a las que un hombre jamás encontraría punto débil con su rifle, aunque le disparase por delante, por detrás, por arriba o por abajo. ¡Y sin embargo le era imposible fallar! La masa era ingente. La razón decía que cosas de aquel tamaño no existían. Era como una manzana de rascacielos que caminaba hacia ellos…

Enormes y vertiginosas zarpas se posaban en la jungla más allá de la niebla púrpura, más allá de su línea de visión. La jungla en donde Sweeney había desaparecido. Hubo un grito más alto y más terrible

que cualquier sonido que hubiera sido admitido por Burt Donovan. Volvieron a ver a Sweeney… sólo un segundo… alto y en cierto modo pequeño y frágil en comparación con la masa enorme y colosal del extraño monstruo de Sakalam 4. Sweeney —un maniquí entre dos zarpas de gigante— como un soldadito de plomo cogido por el descuidado fundidor y dejado caer en el humeante crisol. Sweeney desapareció en algún lugar dentro del monstruo, quizás aplastado, o comido, o simplemente engullido, pero ninguno de los restantes miembros de la tripulación pudo decirlo. Estaban demasiado lejos. Lo último que vieron de Sweeney fue su diminuta silueta destacando contra el enorme corpachón de la «cosa».

Cookson miraba la escena con ojos intelectuales y calculadores, mientras que O'Callaghan y Garnett continuaban descargando proyectiles de energía en el cuerpo de la criatura. O'Callaghan era partidario de la lucha no solo conscientemente, sino con todas las fuerzas de su subconsciente, de aquel trasfondo atávico característico de los valientes celtas de quienes descendía. O'Callaghan sabía que había dos cosas en la vida y ambas de ellas nacidas del imborrable instinto de la lucha. Un hombre o vencía o moría. Y cuando se enfrentaba con insuperables posibilidades, debía seguir demostrando que era hombre. Tenía que seguir adelante olvidándose de dichas probabilidades contrarias. Dejando aparte el tamaño de su antagonista. Tenía que hacer aquello o convertirse en otro Sweeney y eso era inútil puesto que la muerte era igualmente inevitable. Cuando la vida parecía corta, era cuando su sabor resultaba el más dulce de todos. Y para Rory O'Callaghan, la vida jamás le pareció más corta. Pero bien profundo dentro de él, algo más que el instinto, le dijo que obtendría el máximo de estos últimos segundos de vida, enfrentándose a ellos como un hombre. Moriría con el conocimiento de que no había sido infiel a sí mismo. No tenía ninguna esperanza mística de Valhalla para que le sirviese de cebo hacia una muerte heroica. Sabía sólo que tenía que ser fiel a si mismo. Y la fidelidad para Rory O'Callaghan era morir luchando. Era preciso que fuese al ataque. Algo dentro de él le obligaba a hacerlo. No era psicólogo y le resultaba imposible explicar las acciones de otra manera. Se había puesto a sí mismo un ideal, una norma, una forma de vivir, había un sistema por el que seguir existiendo, un código que tenía que respetar. Ese código no le consentía la retirada. Recordó un verso de una antigua canción, una canción que fue entonada durante cinco o seis siglos, una canción que pertenecía a los hombres de lucha.

«¡Sonó fuerte la trompeta que llama al ataque y jamás a la retirada!».

La personalidad de Rory O'Callaghan, su propia esencia básica,

aquella extraña manifestación de actividad mental que los hombres llaman consciencia, había colocado delante de él su estandarte. Para Rory aquel era el momento de la verdad, su propio armagedon personal, tan importante en términos de su propia personalidad y tan vital, como cualquier cosa de las que Cecil Kroon estuviera leyendo su antigua Biblia. Aquello no era fábula no era mito. Esta era la última realidad en cuanto concernía a Rory O'Callaghan. Sus pensamientos eran propios… no constituían la responsabilidad de otra persona. Se enfrentaba con el fin a su manera, estuviese en lo cierto o equivocado no tenía medios de saberlo, pero *tenía que ser a su manera*. El modo en que había vivido y el modo en que sabía moriría. No sintió desgana sobre lo que estaba haciendo, es decir, hubiera dudado en hacer otra cosa.

Era esto o nada.

Él debía derrotar al inderrotable o morir en el intento. Se daba cuenta de que Les Garnett le seguía los pasos. Se preguntaba cuál serían las reacciones del corpulento y musculoso miembro de las I. P. F. ¿Pensaban los soldados? Deseaba, mientras con paso mesurado y lento caminaba inexorablemente más cerca de la cosa montañosa, haber tenido más tiempo para pensar.

Quizás hubiera alcanzado una solución diferente al problema de la vida.

Quizás hubiese encontrado un modo de mirar a través del velo.

Quizás hubiese tenido tiempo para construir un hogar y todo cuanto eso significaba.

Pero era demasiado tarde. Era un hombre ahogado que sabe que el fin cae sobre él y toda su vida pareció destellar delante de sus ojos, los ojos de la mente.

Su entera inteligencia se iluminó con una clase de panorama tridimensional y su intelecto corrió a través de él como un tren expreso, como una espacionave respondiendo al impulso de un supermotor, y la montaña seguía todavía ante él.

En el espacio de unos leves y huidizos segundos, revivió toda una vida. Y en aquel momento, el rifle en su mano respiraba, reverberaba y rebotaba. Todo aquel tiempo el arma en su mano estallaba, tosía y rugía. Ladraba un desafío supersónico al monstruo. Energía y energía y todavía más energía, proporcionada por la cámara de reacción atómica. Vertía tanta muerte destructiva dentro de la gran bestia de

pesadilla, que hubiera podido igualar a una moderna estación atómica generadora de electricidad. El rifle en su mano comenzó a retemblar y a deformarse por el calor, pero seguía disparando…

La cosa estaba allí como si no le pasara nada. Pero el rifle no era su sola arma.

También tenía granadas. Granadas atómicas, que desarrollaban una fuerza soberbiamente controlada.

Era un arma de última hora. Sabía que con dos o tres esa criatura moriría. Pero sabía que dos o tres causarían también el fin del hombre que las arrojase. Porque de ningún modo eran «limpias». La mortal radiación que emanaría de las dos o tres granadas, cantaría su propio réquiem al mismo tiempo que el de su víctima.

Se acercó inexorablemente más. La cosa parecía cernirse sobre él como una gran y horrible montaña púrpura extranjera. Singularmente, el himno de Sus días en la escuela dominical le vino a la mente:

«La montaña coronada de púrpura, el río que corre por su falda».

Alzó la vista a la cosa que tenía ante él.

Una montaña coronada de púrpura. Una pesadilla de escamas, dientes, zarpas y cola. Una cosa más horrible que las más bajas profundidades de la imaginación humana pudiera conjurar.

Él pensaba. Pensamientos imposibles. Si hubiera habido una respuesta, Cookson la habría encontrado, decidió. ¡Su trabajo era detener aquella cosa! También era tarea de Les Garnett.

Se daba cuenta que el gran miembro de las I. P. F. iba inmediatamente detrás suyo. Por encima del estallido de su propia arma, percibió los acres vapores del rifle detonante de su compañero. Le dirigió una mirada de reojo por encima del hombro.

—Granadas —dijo, con aire decisivo.

Igual podía haber estado ordenando a la Brigada Ligera que entrase en el Valle de la Muerte[5]. Garnett se limitó a asentir. Era el gesto de un hombre fuerte a otro de su mismo temple. El resultado sabía, que acababa de recibir su última orden y que iban a avanzar juntos… dentro de lo desconocido. Dentro del gran Más Allá… cruzando la puerta que no tenía llave.

Rory O'Callaghan escogió el más cercano de los miembros escamosos sobre los que se sostenía la imposible criatura y, con la ágil furia de un comando, empezó a trepar por el cuerpo de la bestia. Era como escalar un glaciar… como luchar contra una inanimada capa de nieve. Se colgaba con las manos y sus botas trataban de buscar un punto de apoyo, sus músculos se destacaban al abrazar porciones del animal, trepando… el rifle cayó y permaneció en silencio, un símbolo roto, en el suelo, luego desapareció con un impresionante gorgoteo en el pantano… y sólo el negro y retorcido cañón quedó apuntando hacia arriba y asomando por la extraña espesura púrpura. Su desaparición pareció simbólica. Rory O'Callaghan continuó trepando. De vez en cuando el monstruo parecía con cicatrices o costurones de otras batallas… cosas que permitían a O'Callaghan encontrar frecuentes asideros en la epidermis exterior del monstruo. Se sintió como una garrapata en el lomo de un elefante.

Una garrapata que tratase de destruir a dicho elefante. Luego pensó un poquito más, en la insignificante criatura que constituye el ratón. El ratón que aterroriza al elefante. Quizás este extraño elefante sacalamio, este extraño monstruo espacial púrpura, también tenía un punto débil que…

En cierto modo a Rory O'Callaghan no le importó que la misión emprendida fuese completamente suicida. El sólo quería triunfar. Si con el sacrificio de su persona conseguía algo, no lo lamentaría. Por lo que concernía a O'Callaghan, había salido de la infinita oscuridad de la eternidad y allí regresaría.

Si había algún gran Poder al que debiese sentir gratitud, decidió elevar una silenciosa plegaria agnóstica, «si hubiese un Dios en algún lugar ahí fuera, le encontraré, o Él me encontrará…». Si no lo hay, habré cumplido con mi deber como un hombre y aunque mi antorcha se apague, alguien sabrá que en algún tiempo lució con luz propia, sin fallar por sí misma, hasta que algo más grande que ella la apagó.

Una zarpa enorme descendía hacia él, como las mandíbulas de un excavadora mecánica. Se cerró sobre la túnica de su uniforme de capitán espacial. En cierto modo le supo mal aquel contacto extraño con la tela del uniforme que para él representaba valor, integridad y honor. Le supo más mal, que el hecho de la extraña criatura le tuviese en sus zarpas. El uniforme era un símbolo de la Tierra y de la civilización y de la decencia. Aquella cosa extraña era bárbara, salvaje y horrible. No encajaba en ningún concepto biológico. Era como algo salido de una pesadilla, mejor de una criatura en evolución. Se vio alzado por los aires. Notó como si estuviera subiendo hasta la cima del

Empire State Building, en un ascensor a chorro. Más alto y todavía más alto… Ahora podía ver el rostro de la criatura. Era como una cara gigantesca de piedra, esculpida en una montaña. Una horripilante caricatura de rostro. Aquellos ojos saltones, la nariz truncada… resultaba la verdadera imagen del diablo. El rostro era epítome de todo lo detestable. Aspiró profundamente, mientras la enorme boca se abría. Una boca como la caverna del infierno, una boca desde la que parecía emanar un calor fétido… miró también en su torno y vio vapor púrpura y jungla púrpura… y la gran cabeza. La zarpa le mantuvo suspendido, tan desamparado como una mosca cogida por el ala, como una avispa cuando atontada por un golpe casual, es cogida con precaución para que no pueda picar. «Le demostraré que yo sí que puedo picar», pensó. «No soy una avispa sino un escorpión y te enseñaré que mi aguijón puede ser fatal».

La boca estaba abierta por completo y abajo en aquel abismo cavernoso, con la infalible velocidad de un a serpiente lanzada al ataque, Rory O'Callaghan dejó caer toda su carga de granadas atómicas.

La criatura pareció plegarse sobre si misma y derrumbarse. Saltó, rebotó y se doblé como una pelota gigantesca que de pronto se deshincha al recibir el pinchazo de una larga y afilada aguja.

Se derrumbó como una burbuja de jabón al chocar contra una superficie y desaparecer. También la bestia se disolvió en la nada. Pero esa disolución llegó demasiado tarde. En algún lugar detrás de Rory O'Callaghan el último grito de Les Garnett surcó el aire. Las grandes zarpas aún se abrían y cerraban y el capitán se dio cuenta de que una presión inexorable le destruía. Era como si estuviese tumbado debajo de una apisonadora… luego se le presentó una piadosa negrura mientras cruzaba el umbral de la eternidad en un segundo aniquilador. El conflicto había pasado. La bestia extraña ya no existía. Se había llevado consigo al capitán O'Callaghan y al miembro de la I.P.F., Les Garnett.

VI – LA RUINA

El grupo continuó avanzando a través de la jungla en un silencio torpe, abrumador, patético. La muerte de Sweeney no había producido un particular impacto emocional en las mentes de los siete hombre restantes, pero la pérdida del capitán y de la imponente figura del hombretón de la I.P.F., que en cierto modo conferían una sensación de seguridad, había sido un golpe serio, muy serio, que inculcó un sentimiento de irreparable pérdida en sus afectos personales. Burt Donovan, el artista experto en cultivos hidropónicos, se pasaba sus largos dedos ascéticos por entre su largo y lacio cabello.

—No puedo creerlo. Es que no puedo creerlo, profesor —dijo a Phil Cookson—. Estaban tan llenos de vida, eran tan fuertes y ahora han desaparecido. No puedo creerlo. Esa cosa… simplemente pareció disolverse en la nada cuando estallaron las granadas. ¿Qué fue?

—Estoy pensando —respondió Phil Cookson con brusquedad—. Estoy pensando con ahínco, pero necesito más detalles, me hacen faltan más datos…

—Hablar, hablar y pensar —murmuró Donovan en voz baja—. Necesitamos acción. Tres hombres muertos…

—Dos hombres y Sweeney muertos —enmendó enigmáticamente Cookson.

—¡Está bien! ¡Está bien! A mí no me gustaba más Sweeney que a ninguno de vosotros —dijo Donovan—. Pero por lo menos era un miembro de la expedición. ¡No era una planta, o una cosa, o un animal! Era un cobarde y traicionero, pero también un buen perito en calculadores electrónicos. Tenía un cerebro estupendo, aunque le faltara carácter para respaldarlo. ¡Si despreciabais a Sweeney por ser cobarde, será mejor que me despreciéis a mí también porque igualmente me siento cobarde!

—Yo no despreciaba a Sweeney por ser cobarde —dijo Cookson—. Había otros rasgos en su personalidad que me disgustaban con mayor intensidad que su cobardía. Supongo que en esencia todos somos cobardes.

—Nosotros no —arguyó Donovan—. ¡Nosotros no! —gritó como un desafío a la jungla púrpura que les rodeaba—. ¡Tú no lo eres!

—Hablaba en sentido retórico y metafórico —dijo Cookson—. ¿Verdad que sabes a lo que me refiero, doctor? —preguntó

volviéndose hacia Boyd Fleming que les había alcanzado.

—Todo hombre es cobarde hasta cierto punto… ¿comprendes, Burt?

—¿Era cobarde Rory O'Callaghan? —preguntó el técnico en hidropónica—. ¿Era cobarde Les Garnett? ¿Cómo puede ser cobarde un hombre que va tras una bestia del tamaño de una montaña y deliberadamente se deja capturar y alzar para poderle lanzar granadas en sus órganos vitales?

—Si Rory y Les estuvieran aquí —contestó Boyd Fleming—, ellos mismos podrían responder a tu pregunta. El verdadero coraje no consiste en ignorar lo que significa la palabra miedo, sino en conocer el miedo y en superarlo. De alguna manera, muy en lo profundo del alma de esos hombres debe haber habido, si no miedo, una sensación de temor, en caso contrario no habrían tenido verdadera valentía. Un ciego que camina alegremente por el borde de un precipicio no es valiente, ocurre simplemente que no sabe que el peligro está allí… Pero un hombre en plena posesión de sus sentidos que camina sin parpadear por el borde de un abismo para probar su devoción hacia una causa un hombre que hace eso porque lo prefiere al deshonor: un hombre como Mucius Scévola quien, para impresionar a un enemigo pagano, se quemaría toda la mano sin un simple pestañeo… ese hombre tiene valor. El insecto ciego que se mete volando en el fuego y se destruye a sí mismo no es una réplica en miniatura de Mucius Scévola, puesto que encuentra la muerte de manera accidental.

—Creo que empiezo ahora a comprender lo que quieres decir —anunció Donovan. Su respiración aún sonaba entremezclada con jadeos y sollozos.

—Necesitas un sedante —dijo el doctor. Te prepararé algo.

Abrió el maletín de primeros auxilios que llevaba colgado del cuello y sacó una jeringuilla, rompió el gollete de una ampolla y dio a Donovan una inyección. Parte de lo peor de la tensión y ansiedad comenzó a desaparecer de los oscuros ojos del técnico en hidropónica.

—Gracias —dijo al cabo de unos segundos. Su respiración casi volvió a la normalidad.

Boyd Fleming esterilizó la aguja y la guardó en la caja de cerradura hermética que constituía el maletín.

—Todo va bien —dijo tranquilo—. Para eso estoy aquí. Mientras tenga existencias en medicamentos, seré de utilidad. Una vez se me acaben,

no me quedará más remedio que utilizar la terapia sugestiva y quizás algo de hipnotismo. Tiene gracia —dijo mirando al extraño planeta que les rodeaba—, el hombre civilizado practica la medicina civilizada en los lugares civilizados. El doctor aislado con media docena de paciente en un planeta como éste, crudo, salvaje, primitivo… ¡eventualmente retrocede y utiliza las prácticas primitivas! Probablemente terminaré agitando huesos de pollo ante vosotros y entonando cánticos chamanistas… lo que con toda seguridad seria igualmente efectivo, siempre que siguierais creyendo en mis habilidades —Boyd Fleming clavó sus oscuros ojos en la púrpura jungla más allá—. Me pregunto qué nos acechará ahí. ¿Qué extraños misterios psíquicos, etéreos contiene este planeta fantasmal?

—Es un planeta malévolo —interrumpió la voz de Cecil Kroon—. El planeta del Diablo en persona. ¡Un planeta sin duda maldito por Dios a causa de los pecados de sus habitantes! ¿No veis qué terrible maldición cayó sobre ellos? Visteis esa cosa que destruyó a O'Callaghan, Garnet y Sweeney, pues se trata de la maldición divina. Nos destruirá a todos. La maldición ha de aniquilar a cuanto esté aquí —sus dedos recorrieron febriles las páginas del Libro de la Revelación.

—¡Cállate! —ordenó Tiger Brooks.

—O'Callaghan me dijo que me callara —contestó Kroon con fanatismo en su tono—, y mirad lo que le ha ocurrido. ¡No diréis al profeta del Señor que se calle!

—Si tú eres el profeta del Señor, yo soy el arcángel —dijo Tiger Brooks—. ¡Ahora, cállate!

Cecil Kroon permaneció plantado en una perpleja confusión, como si esperara que alguna espada portada por un arcángel destruyera al blasfemo ingeniero. Pero ninguna visión tal respondió a su expectación.

Se produjo un tenso y airado silencio, roto por el tacto de Stumpy Gallows.

—Creo que deberíamos comer —dijo el veterano hombre del espacio, acentuando su cojera al apresurarse a unirse al grupo—. Los hombres piensan mejor con la panza llena… eso lo sabéis todos… especialmente éste —y se dio una sonora palmada en su amplia barriga.

—Tienes razón, claro —dijo Fleming—. ¿Te crees capaz de preparar algo que comer?

—Oh, tenemos comida en abundancia —dijo Stumpy—. En abundancia, la cuestión es dónde sentarnos sin vernos envueltos en esta porquería…

—Hay un tronco allá —dijo Burt Donovan.

Algo que hacer… algo que ocupar al menos una parte de su mente, era lo que necesitaba el experto en hidropónica, algo que apartase de su cerebro el recuerdo de las muertes de O'Callaghan, Garnet y Sweeney. Aspiró una profunda bocanada de aire y dijo:

—Miraré a ver si puedo arrastrar ese tronco hasta aquí.

—No es preciso —dijo Cookson—-. Vayamos a sentarnos en él. Si la montaña no viene a Mahoma, ya lo sabes, ¡Mahoma puede ir siempre a la montaña!

—Deseo hacer algo —exclamó Donovan. Se dirigió hasta el tronco y comenzó a tirar de él. Pero no consiguió moverlo.

—Debe estar atascado por debajo —dijo Cookson—, déjalo, nos vendremos todos hasta ahí.

Hubo un sonido chirriante, como si una antigua maquinaria comenzase a funcionar.

Donovan exclamó:

—¿Qué diablos…?

De pronto el tronco saltó, aparentemente por su propia energía. Saltó a distancia considerable y allí, precisamente más allá de él, apareció una abierta fisura en el mismo piso de la jungla.

—¿Qué es eso?

—La entrada al infierno —dijo Cecil Kroon. Lo que había acontecido al grupo desde su aterrizaje en este desolado planeta de Sakalam 4 habían vuelto casi loco de remate al fotógrafo. Lo que imaginariamente fue una mera tendencia al fanatismo, ahora se había convertido en una manía completa e incontrolable.

—¡Es el infierno, el infierno, se lo digo… estamos condenados, condenados! *¡Condenados!* —su voz alcanzó una nota frenética y llena de histeria. Tiger Brooks avanzó hacia él y con un movimiento enérgico y perfectamente cronometrado que apenas fue perceptible,

lanzó un puñetazo a la saliente barbilla de Cecil.

—Vete a dormir —exclamó el ingeniero—. ¡Hemos tenido bastantes sermones por hoy!

Kroon se derrumbó entre sus brazos. Tiger le recogió, le acomodó lo más confortable posible sobre el tronco, en el suelo de púrpura de la jungla.

—Bueno… ¿qué hay aquí abajo? —preguntó Terry Land, sin dirigirse a nadie en particular. El frenético químico miró desde Tiger hasta la forma yacente de Cecil Kroon—. Le diste bien —observó sin propósito alguno. Brooks asintió.

—¡Me temo que haya tres hombres muertos, uno loco y Donovan a punto de volarse los sesos!

—No es verdad —negó el técnico en hidropónica con la mayor tranquilidad del mundo—. Me encuentro mucho mejor desde que nos estrellamos.

—Es obra del sedante —dijo Boyd Fleming—, recuerda que tu deber para el resto de nosotros para esta expedición es importante, así que no te excites demasiado.

—Expedición —repitió Stumpy Gallows—. ¿No querrá decir un grupo abandonado de supervivientes?

—Todo depende del sentido que le des tú a la palabra «abandonado» —dijo Tiger con una sonrisa que ayudó a aliviar la tensión y aclarar la atmósfera que les oprimía. No era una atmósfera física, sino psicológica.

Donovan, Cookson, Fleming, Brooks, Gallows y Land permanecieron mirando la brecha abierta. Tenía forma triangular…

Ahora que el tronco había terminado su rotación de cuarenta y cinco grados, el agua púrpura del pantano había cesado de penetrar.

—¿Alguien tiene luz? —preguntó Cookson.

—Yo —Brooks sacó una linterna autónoma. Terry Land se la entregó a Cookson y el profesor la encendió enfocando el profundo abismo.

—Pensemos lo que pensemos acerca de esta abertura, definitivamente se trata de algo artificial. Mirad las paredes…

—¡Santo cielo, están cubiertas de ladrillos! —exclamó Boyd Fleming.

—Si no tuviese esta pata de madera —dijo el viejo Stumpy con una sonrisa torcida—. Sería el primero en bajar.

—¿Te interesa la arqueología? —preguntó Terry Land.

—No, es por curiosidad… soy un mortal muy curioso.

—Yo bajaré —se ofreció Terry Land. Tiger le miró.

—¿Seguro que quieres hacerlo?

Terry insistió.

—¿Me puedes prestar tu linterna?

—Creo que deberían bajar dos hombres —apuntó Fleming—. ¡Yo os acompañaré!

—Me parece que es mejor que no vayas —dijo Tiger—. Necesitamos a un doctor con más urgencia que a un ingeniero.

—De nada serviré en cuanto se nos agoten los medicamentos —arguyó Fleming.

—¡Puede que te equivoques! He oído hablar de milagros de improvisación llevados a cabo por médicos espaciales en planetas salvajes y primitivos… ¡Ya lo verás! Dentro de seis meses tú serás un herbolario experto. Además, tienes a Terry aquí para trabajar con las propiedades bioquímicas de la flora y fauna nativas. ¡Formaréis un estupendo equipo! Eso significa en realidad que si alguien tiene que bajar ha de ser… —Miró a Donovan—. ¿Bajas conmigo, si te sientes con ánimos, Burt?

El técnico en hidropónica giró sobre sus talones.

—¿Por qué yo?

—Porque parece ser que somos los menos valiosos de este grupo —miró al inconsciente Kroon—. Claro que podrían prescindir de ése, pero no está en condiciones de venir conmigo. Profesor Cookson, creo que eres el siguiente en la línea del mando. Necesitamos tu cerebro… así que sólo quedamos tú y yo, Burt.

—¿Y por qué no yo? —preguntó con truculencia Stumpy—. No soy muy importante.

—Pues yo diría que con excepción de Cookson, eres el más importante de todos nosotros.

—¡Yo no puedo descender a causa de esta pata, que si no lo haría como un rayo!

—¡Claro que sí! Vamos, Donovan, empecemos a marchar antes de que cambie de idea.

—¿Creéis que deberíamos permitir que alguien descendiese? —dijo Cookson—. Nuestro grupo está ahora seriamente disminuido. Hemos quedado reducidos al setenta por ciento de su potencia original. Si perdemos dos hombres más, quedaremos reducidos al cincuenta por ciento.

—No es mi intención perderme —dijo Tiger Brooks.

—No, supongo que no —respondió Cookson—. Sweeney murió por ser un cobarde. Trató de correr hasta que encontró algo más veloz que él. O'Callaghan murió porque era un luchador. Se enfrentó con algo contra lo que no podía luchar. Lo mismo puede aplicarse a Garnett… era un soldado cumpliendo con su deber, en la mente de Garnett se sembró la idea de que tenía que proteger a la expedición. Hubiese atacado a un planeta. Era como Don Quijote, lanceando un molino de viento… Tres hombres perdidos. Uno inútil, y los demás como el acero. Pero tú eres distinto, Brooks.

El profesor miraba al corpulento ingeniero. Y prosiguió:

—Tú eres duro, pero no alocado. Eres probablemente tan rudo como nosotros dos, pero careces de una dedicación al deber tan altamente disciplinada como la que ellos tenían. No entra en tu formación psicológica.

—Yo sólo golpeé a Kroon en la mandíbula porque estaba sermoneando —dijo el ingeniero.

—Pero a mi no me pegarías —dijo Cookson con una sonrisa—. ¡Porque aunque tu moral es más práctica que la de O'Callaghan y Garnett, sigues teniéndola! Tú no golpearías a un hombre de mi tamaño… seria como si pensases que te aprovechabas de la debilidad de un niño.

—Me parece que tienes razón —asintió Brooks.

—¡Tiene gracia cómo logras meterte algunas veces dentro del cerebro

de un hombre, profesor!

—Esa ventaja me la origina el tener cerebro propio… Yo trato de comprender el de otras personas —dijo Cookson enigmáticamente.

—Sí, supongo que podrías expresarlode esa manera…

—Supongo que se puede expresar de esa manera…, el hombre que más piensa será al que esté con las máximas condiciones para comprender los pensamientos de los demás. De todas las maneras, no es momento de especulaciones, ni psicológicas ni metafísicas. Bajemos a dar un vistazo, Donovan. Oficialmente nadie te ha conferido el mando, profesor, así que si retrasamos la ceremonia no tendremos argumentos sobre quién obedece o desobedece órdenes.

—Esa es la forma más ingeniosa de rebelión que he conocido en toda mi vida —exclamó el profesor—. ¡Retrasar el nombramiento de un capitán hasta después del motín! ¡Entonces el motín técnicamente no ha tenido lugar! ¡Está bien, adelante! ¡Soy tan curioso por saber lo que hay abajo como vosotros! ¡Bajaría yo mismo si tuviese algo más de alma que la necesaria para escarbar en el agujero de esa naturaleza!

Land enfocaba la linterna en lo que parecían ser escalones que conducían hacia abajo en la triangular sección de aquella zona oscura.

—Este lugar evidentemente ha sido diseñado para descender —dijo—. ¡Mirad!

—¿Quién baja primero? —preguntó Tiger.

—Preferiría que fueses tú —dijo Donovan.

—Está bien, pero si quiero regresar a toda prisa, será mejor que estés preparado para subir por ahí, como el legendario Stirling Moss en su coche de carreras.

—Lo estaré —prometió Donovan—, si te oigo gritar pidiendo auxilio, me encontrarás lo bastante arriba de ti para que no tropieces con mis pies al subir corriendo.

—¿Alguien tiene otra linterna? —preguntó Boyd Fleming.

Stumpy Gallows sacó una de su bolsillo.

—La guardaba en caso de emergencia, para cuando se apagase la luz de los corredores —dijo—. ¿Veis ese agujerito? —soltó una risa—. ¡Es

el resultado de la dentellada de un marciano! ¡Ha de dormir durante quince días, me dijeron después! ¡Pero eso es una larga historia! ¡Sin embargo, ayuda a explicar por qué tengo cariño a esta linterna!

Tiger Brooks sacó una porción de cadena del bolsillo y se ató la linterna a la muñeca.

—¿Satisfecho ahora, Stumpy? —preguntó risueño—. Si yo vuelvo, tu linterna volverá.

—Me parece bien —sonrió el viejo cocinero con cinismo—. ¡Pero si no puedes volver procura enviarme la linterna!

—Tu simpático interés por mi bienestar es conmovedor —dijo el ingeniero.

Los dos hombres del espacio comenzaron a descender por el borde del orificio triangular hacia las fantasmales profundidades desconocidas que quedaron por debajo del pantano púrpura.

VII – CIVILIZACIÓN FÓSIL

Con el rudo ingeniero a la cabeza, los dos hombres descendieron durante lo que les pareció una eternidad. Sus linternas acuchillaban la oscuridad que cambiaba gradualmente desde el púrpura coralino luminiscente que fuera el color de la jungla, a tonos más profundos, mucho más profundos del negro…

Primero pareció haber alguna clase de reflexión de las paredes, sólo una pizca de luz devuelta, pero ahora no había nada… La luz brillaba como saliendo del foco más potente de un reflector que perforara la más negra noche que hubieran visto jamás. Y aún éste se perdía en la oscuridad.

—Si yo fuese Cecil Kroon —dijo Brooks sombrío—. Estaría citando algo acerca de la «Luz que brilla en las tinieblas y a la que la oscuridad nunca podrá vencer».

—Pues esta oscuridad parece poder tragárselo todo —comentó Burt Donovan nervioso—. Parece absorber la luz con tanta hambre como un animal devora su alimento.

Estoy de acuerdo contigo en eso —respondió el ingeniero—. Ya sabes que en primer curso de física teórica universitaria explican una cosa llamada «cuerpo negro».

—Bueno, ¿qué es un «cuerpo negro»? —preguntó Donovan—. No soy físico. Mi campo de conocimientos se circunscribe a la hidropónica.

—Igual podemos hablar que hacer cualquier otra cosa —dijo el corpulento ingeniero mientras descendían—. Si realmente quieres saber lo que es un cuerpo negro, me parece que ahora estás mirando la cosa que más se le aproxima.

—¿Te refieres a estas paredes? Es peculiar la galería en forma de triángulo por la que bajamos.

—Exactamente —asintió el ingeniero—. Un cuerpo negro no refleja nada… ¡nada! Absorbe toda radiación. Al mismo tiempo es un perfecto absorbente y un perfecto radiador.

—Suena a cosa complicada —comentó el técnico en hidropónica.

—Lo es… pero de hecho no existe en realidad. Un cuerpo negro es prácticamente invisible. Hablando técnicamente es invisible, uno sólo observa la ausencia de reflexión y el espacio que ocupa.

—Comprendo —contestó el técnico hidroponista. Era, presintió, una clase peculiar de cosas… casi materia negativa.

Siguieron bajando en silencio, escalón por escalón, abajo, abajo, hasta que un puntito triangular marcó la boca del pozo por el que descendían.

—Debemos estar a ochenta o cien metros de profundidad… quién iba a imaginarse que nos encontraríamos con una cosa así.

—¿Crees que esto tiene fin? —preguntó Donovan.

Brooks contestó:

—Antes se decía: «Lo que sube siempre baja», así que recíprocamente podría afirmarse que «lo que baja siempre sube».

—Eso se decía hasta cuando fue lanzado el primer «sputnik»… ¡tiene gracia considerar lo maravillados que estaban nuestros antecesores con respecto a ese primer satélite! ¡Supongo que ahora cualquier escolar con un laboratorio casero, podría lanzar su satélite particular desde el patio trasero de su casa! —El milagro de ayer es cosa normal hoy. ¿Cómo serán los milagros del mañana?

—¡Si seguimos bajando mas, no creo que estemos presentes cuando llegue ese día de los milagros! —exclamó el hidroponista.

Brooks optó por no hacer caso a la observación de su compañero.

—Tomemos tu campo de acción —dijo en voz relativamente baja—. Piensa en la hidropónica, una ciencia experimental hace quinientos años Ahora se ha convertido en una de las «industrias» más extendidas y vitales de toda la galaxia. La transformación de la materia inerte en vida verde comestible.

—Entiendo lo que quieres decir —dijo Burt. Tiger Brooks había logrado apartar la mente de su joven amigo de su preocupación por la muerte y por el pozo que estaban recorriendo. Continuaron bajando en silencio.

—¿Cuánta profundidad calculas que hemos alcanzado ya? —preguntó Donovan.

—Ciento veinticinco o ciento cuarenta metros —respondió el ingeniero—. ¡No es nada para el pozo de una mina! ¡Algunas alcanzan una profundidad de tres o cuatro kilómetros…!

—¿Entonces crees que hemos dado con el pozo de una mina abandonada?

—No parece lo bastante grande, a menos que la raza que lo creara fuese de tamaño inferior al de los seres humanos.

—¡Un pensamiento consolador, después de ver las dimensiones de aquella bestia que nos atacó! —dijo Donovan—. ¿Estás seguro de que es artificial?

—¡Claro que estoy seguro! Hemos visto cómo la naturaleza hacia cosa extrañas en algunos mundos extraños, ¡pero jamás vimos que Natura perforara un pozo de mina y lo recubriera de ladrillos! Me acuerdo cuando el coronel Forsythe desapareció en la parte superior del Amazonas…

Donovan le interrumpió.

—¿Te acuerdas? ¿Qué edad tienes?

—¡Recuerdo haberlo leído! Entre los misterios irresueltos del mundo, Forsythe fue en busca de una ciudad inca…

Donovan volvía a estar interesado y de nuevo su mente se olvidaba de los peligros circundantes.

Subsiguientemente encontró la ciudad, pero otras expediciones no lograron descubrir más que una peculiar formación de la roca. Creo que Forsythe era un explorador lo bastante experimentado como para conocer lo que es una ciudad cuando la tiene delante de las narices, aun cuando haya estado muchos días trampeando por la jungla…

—Las alucinaciones producen extrañas ilusiones —dijo Donovan.

—De acuerdo, pero Forsythe no era de la clase de hombres que ven visiones, no importa qué clase de tensiones haya tenido que soportar. Si dijo que había visto la ciudad, estoy convencido de que la vio. Si quienes fueron a buscarle hubieran mirado a su alrededor con más atención, puede que hubiesen hallado algo así como esto escondido debajo de la verde cuenca amazónica.

—Preferiría un infierno verde a uno púrpura —dijo Donovan.

—Oh, todos los colores se parecen, a menos que uno sea un terapista cromático.

—¿Quieres decir que lo que nosotros llamamos colores tienen propiedades medicinales? —preguntó el joven.

—Poco más o menos eso es.

—¿Cómo puede tener propiedades medicinales un color?

—Se dice que ciertos microbios emiten radiaciones radiestéticas que se supone están en conflicto con el color… y cuando uno coloca un pedazo de esa tela de color sobre la parte herida o infectada del cuerpo, o donde está el germen, éste al vibrar en la misma longitud de onda que el color experimenta un efecto similar a la desnutrición y acaba con su actividad…

—Tengo que recordar eso la próxima vez que uno de mis tanques resulte intoxicado.

—¿Has tenido alguna vez dificultades con la clorofila intoxicada? —preguntó el ingeniero, tratando de mantener distraído al cerebro de Donovan.

—Si, una vez, en el viejo «Asterlink[6]», un viejo cascarón interplanetario, sin hiperimpulsión que en aquellos días empleaba tres meses en efectuar el recorrido de la Tierra a Marte…

—¡Hablas como un veterano!

—A los treinta años se es viejo en el espacio.

—Que no te oiga Stumpy decir eso. La leyenda afirma que tiene sesenta y pico de primaveras.

—¿Qué… Stumpy?

—Ahí lo tienes… lo que mataría a algunos individuos en cuestión de semanas ha preservado la vida del viejo Gallows.

—En cierta manera es un tipo raro, sin embargo, en otras es la sal terrestre personificada.

—Supongo que sí —asintió Donovan—. Desearía tener cuanto menos la mitad de su estómago y de su coraje.

—Pues probablemente él desearía tener la mitad de tu pierna… pero sigamos.

—Juntos inspeccionamos los tanques y localicé el tóxico en un viaje y

el capitán me aconsejó que lo dejara, que todo resultaría bien. Yo le contesté: «Es mi responsabilidad, no la suya, capitán». Pero me respondió: «Habla con demasiada suficiencia para ser un cadete, el navío está a mi cargo». «Señor, debo recordarle que a mi se me han confiado los tanques hidropónicos y que…».

Todo el tiempo continuaron descendiendo y el diminuto triángulo de luz allá arriba de sus cabezas se hizo más pequeño.

—Bien —preguntó Brooks—. ¿Qué te contestó entonces?

—Se puso algo frío, digno y distante, y yo nada hice durante dos días, tiempo en que empeoraron los tanques. Entonces le pedí que viniera y diese un vistazo ¡Cuando los vio por poco estalla!

—¿Después de eso abandonó su postura?

—Desapareció su formularismo como si nunca hubiese existido. Me dijo que lo lamentaba y que de nada servía tener a bordo un técnico en hidropónica si el patrón no le hacía el menor caso, añadiendo que estaba preparado para poner en práctica lo que yo le sugiriese… ¡Ya puedes imaginarte cómo me sentí yo, un chaval recién salido de los estudios! Me temo que le afronté un poco demasiado. Ya se sabe lo que pasa cuando se tiene a un hombre apesadumbrado y dócil, si lleva el doble de años de servicio que uno. Ahora hubiese sido más prudente y considerado, pero…

—¡Me lo imagino! ¿Qué hiciste?

—Teníamos un pequeño tanque de reserva que no estaba intoxicado, así que traté de poner en práctica un viejo truco que leí no sé dónde… desde luego no era en ningún reglamento… coloqué a dos miembros de la tripulación de guardia ante el tanque de reserva para que no le pasara nada, porque si fallaba aquel tanque mi plan se habría derrumbado por completo. Limpié y esterilicé el tanque original, arrojé por la borda la clorofila emponzoñada, luego saqué la mitad de la clorofila del tanque de reserva y la di un tratamiento intensivo fertilizador en el tanque recién limpio. Lo alimenté con todo lo que tenía y los pasajeros no llegaron a enterarse de nada. Sólo lo sabían el patrón y los guardas. Por último vimos crecer el nuevo ribazo. Era una visión adorable. Me sentí igual que un agricultor pionero que acaba de ver nacer su primera cosecha…

—De manera que lo lograste… ¡bien hecho! ¿Qué tal fueron tus relaciones con el capitán después de aquello?

—¡Estupendas! ¡Permanecí en el «Asterlink» cuatro años más y prácticamente me convertí en el segundo de a bordo!

—¡Me lo imaginé! ¿Llegaste a descubrir la causa de la intoxicación?

—Lo logramos después. ¡Estuvimos a punto de quemar vivo al causante!

—Bueno… ¿qué pasó?

—Uno de los pasajeros era dipsómano. Y la telecámara de la habitación contigua, por accidente, estaba apoyada contra la ventanilla de observación. En una de esas raras casualidades alguien la puso en marcha… cuando más tarde la película fue revelada estaba en ella esa instantánea casual que no debía haberse disparado. Aquel dipsómano penetró en la sala de hidropónica, más borracho que una cuba. Debía estar sufriendo un fuerte ataque de *delirium tremens*. Quizás pensó que el tanque hidropónico era un monstruo verde, porque se dirigió directamente a él y escupió en su interior. Cuando se recuperó del ataque de *delirium tremens* había olvidado todo… pero allí estaba la cinta fotográfica.

—¡Es raro que el alcohol no acabara con él! —exclamó el ingeniero. Hubo un largo silencio.

—¿Qué ocurre? —preguntó Brooks.

—Dentro de mí… tengo una sensación extraña. ¡Ya no estamos solos! ¡Nos vigilan…!

—Yo no noto nada.

—Eres más duro que yo, no tan sensible. Lo noté en la jungla púrpura y después apareció aquella criatura… —Alumbró con su linterna la cara de Brooks mientras el ingeniero estaba mirando hacia el fondo de la escalera.

—Apártame esa luz de los ojos —balbuceó el ingeniero.

—Quiero verte… para saber que tengo una compañía humana —gimoteó Donovan.

—¡Domínate! —ordenó el ingeniero—. Sólo el cielo sabe cuántos metros más tendremos que descender antes de llegar a alguna clase de fondo. ¡Si tú resbalases, probablemente en la caída me arrastrarías contigo! Vamos. Consigamos un éxito con nuestra exploración aquí

abajo y recobrarás tu valor y confianza. Por eso quería que vinieras. Para ayudarte a encontrarte otra vez a ti mismo.

El corpulento ingeniero hablaba con rápida seriedad y cada palabra tenía gran efecto en el alma de su asustado compañero. Donovan aspiró profundamente, cuadrando sus pocos desarrollados hombros.

—¡Tienes razón, Tiger, siempre tienes razón!

—Acaba de hacer esto que hacemos ahora y habrá desaparecido tu pánico para siempre. Ya sabes lo que se solía decir… la cura contra la rabia era pelo del perro que te había mordido. ¡La cura para la resaca es un vaso de la misma clase de bebida que tomaste la noche anterior!

—Es verdad —dieron un par de pasos más bajando…

—¡Alabados sean los santos… no lo creerás, pero acabo de llegar al fondo!

—¿Fondo? —Había una nueva ansiedad en la voz del hidroponista.

—Sí, estamos en el fondo del pozo. Se me acaba de ocurrir una cosa. ¡Vaya broma si después de bajar todo este camino no halláramos nada en el fondo excepto un agujero triangular también por el que tuviéramos que trepar a la superficie! —señaló el diminuto y casi invisible puntito triangular de luz aparecía arriba de sus cabezas—. ¡Vaya manera de pasar la tarde!… «Es un modo adorable de matar el tiempo» citó riendo.

—No sé de dónde sacas tu sentido del humor —dijo Donovan—. Pero desearía que fuese contagioso. Me ayudaría mucho a recobrarme.

—Es gratis —contestó el ingeniero—. Sírvete cuanto quieras.

Recorrieron con sus linternas las extrañas paredes negras… eran tres, formando una con otra ángulos de sesenta grados. El total espacio del suelo no sobrepasaría los tres o cuatro metros cuadrados.

—¡La vida es maravillosa! —exclamó el ingeniero—. ¡Hemos bajado hasta el fondo del pozo y al llegar al final vemos que termina simplemente en… nada!

—¿Termina? ¿De verdad? ¿Para qué será esa palanca?

—No veo ninguna palanca.

—Es tan negra como el resto de la pared y la veo sólo porque estoy de

pie en un ángulo distinto al tuyo —explicó Donovan—. Enfoca tu linterna hacia aquí…

—¡Tienes razón! Es una palanca.

—Y sólo puede tener un único propósito… —Colocó la mano en el negro mango, empujó… tiró… no pasó nada.

—Córrela a un lado —sugirió el hidroponista.

Tiger Brooks hizo presión lateral y la pared ante ellos empezó a descorrerse al compás de su mano.

—¡Tenías razón! ¡Esto se abre! ¡Cosa curiosa!

—Si vas a empezar a hablar de Alicia en el País de las Maravillas, me parece que me iré al dormitorio y me pondré a dormir…

—Bueno, yo sería Mad Hatter, pero no hay tetera y precisamente ahora será cuando necesites estar más despierto que nunca. ¡Vamos! —Estaba a punto de cruzar la abertura cuando un súbito pensamiento le vino a la memoria—. ¿Qué pasaría si esto se cierra automáticamente detrás nuestro?

—Daré un grito a los de arriba para que nos echen un tronco de árbol aquí abajo.

—¡Un tronco de árbol desde esa altura nos mataría! ¡Aterrizaría con la fuerza de una bomba explosiva! —dijo Donovan nervioso.

—Podemos refugiarnos en esta abertura y mantenerla abierta con las manos, luego colocaríamos la madera de modo que no se pudiera cerrar, antes de seguir adelante.

Gritaron con toda la fuerza de sus pulmones… pasó largo rato antes de que el sonido llegara a la superficie. Por último les llegó como respuesta un «¡Hola!» lejano.

—Hemos llegado al fondo… —rugió el ingeniero—, necesitamos un poco de madera para colocar una cuña… en una puerta… y mantenerla abierta. —Habló muy despacio, pronunciando bien.

—¡Apartaos! —el aviso llegó desde arriba. Era difícil decir, debido a la distorsión sufrida por el sonido y a la extraña resonancia del pozo triangular, quien había hablado, pero juzgaron que se trataba de Stumpy Gallows. Rápidamente se colocaron dentro de la abertura y

con las espaldas apretaron la puerta corrediza, ayudándose con ambas manos…

La puerta no hizo el menor movimiento de colocarse de nuevo en su sitio original.

—¡Madera! —La voz atronó desde lo alto y contaron los segundos. Fueron once los que pasaron desde el grito hasta que cayó la madera.

—Buena profundidad —dijo el ingeniero.

Donovan preguntó:

—¿Lo has calculado?

—¡No tuve tiempo! ¡Tendría que haber pensado en esa cuestión! ¡Y tener a mano un lápiz y papel, o mejor aún, un calculador electrónico! Jamás fui muy bueno con esos problemas que comienzan con «Si se lanza una piedra desde lo alto del Empire State…».

—Yo tampoco, por esa razón me dediqué a la hidropónica en vez de la física —sonrió Donovan. Se sentía mejor.

Entre los dos colocaron en posición el pedazo de madera y penetraron en el túnel. Lo que vieron hizo que sus ojos brillaran con infinita incredulidad…

VIII – EXPLORACIÓN

Avanzaron, sus rostros reflejaban lo maravilloso de sus cerebros, penetraron en una extraña fantasmagoría de reliquias más allá de los sueños del más avaricioso arqueólogo. Había aquí tesoros de una clase fantástica. Reliquias soberbiamente conservadas de una cultura hacia mucho tiempo muerta. Todo estaba cubierto por espesos y sutiles mantos de polvo… un polvo muy fino y blanco… que parecía tener inherente alguna clase de propiedad preservadora. Los dos hombres no se dijeron nada mientras caminaron en la cámara subterránea. Al principio parecía una bóveda, alto techo, amplias paredes y polvo por doquier. El primero en romper el silencio fue Donovan.

—¿Qué opinas de esto, Tiger?

Brooks se había agachado para examinar un pequeño objeto de cuatro patas, una estructura plana como si fuera un plinto aumentado por un respaldo muy bien adornado.

—Yo diría que esto es una silla —anunció por último.

Dio la vuelta al mueble experimentalmente para sentarse luego. Aguantó su peso sin el menor chasquido o rechinamiento.

—El respaldo resulta algo vertical —dijo en voz alta y palpó el borde del asiento que parecía clavársele en la parte posterior de sus piernas. Experimentó la horrible impresión de que si era una silla pertenecía a alguna criatura o había sido diseñada para alguna raza de seres vivientes que no necesitaban comodidad. Criaturas con un exterior córneo o escamoso quizá. Puede que para algún crustáceo inteligente con la vaga figura de un hombre… trató de imaginarse cómo seria ese ser vivo: ¿Alguna monstruosa y enorme forma de vida insectil? El pensamiento era extraño. Cerca había otra estructura que pudo haber sido una mesa.

—Parece como si esto fuera la oficina de recepción —dijo Donovan.

—No me sorprendería nada —contestó el ingeniero—. Acabamos de cruzar la puerta y hay aquí, inmediatamente dentro, una silla y una mesa. ¡Mira todo eso de ahí! ¡Un verdadero baratillo por lo que puede verse! —señaló las pequeñas cavidades con el rayo de su linterna—. ¡No parece haber límite! Esa mesa y la silla junto a la puerta… fíjate en lo baja que es la mesita, como si la criatura que debiera ocuparla fuese de una forma extraña no humana…

—Quizá nos equivoquemos en la interpretación de todo este decorado

—prosiguió el ingeniero—. Quizá lo que llamamos silla, no lo sea.

—Suena como si fuese un acertijo propuesto en una reunión victoriana de hace seis siglos… ¿cuándo una silla no es silla? ¿Cuándo una puerta no es puerta?

—Supongo que cuando se está en un planeta extraño. —Sonrió el ingeniero. Continuaron avanzando—. Ya se sabe, esto parece representar una «sucesión» de culturas. Esa silla y mesa de junto a la puerta no parecen tener ninguna relación con los demás objetos exhibidos.

—Es la pura verdad.

—No parecen… —Brooks se mordió los labios y guardó un meditativo silencio; luego, tras rebuscar en los bolsillos sacó un paquete de cigarrillos. Arrancó la tapa del autoencendido de uno de los pitillos e inhaló profundamente, contemplando cómo el humo ascendía hacia el techo en amplias espirales—. ¿Sabes lo que creo que es este edificio, Burt?

Donovan negó con la cabeza. El ingeniero continuó:

—Puede que te parezca fantástico y que te preguntes por qué colocarían aquí abajo un edificio de esa clase…, pero me parece que se trata de un museo.

—¡Cáscaras! —exclamó su compañero—. La silla y la mesa… o esto es un museo o una exposición de cualquier clase. ¿Pero por qué instalarlo tan profundo?

—Quizá lo hagan todo bajo la superficie… o lo hiciesen… ¡Me parece que ahora desarrollan poca actividad! Este polvo habla de siglos.

—Yo habría dicho de milenios —apoyó el ingeniero—. Siglos parece un vocablo expresando corto plazo cuando uno piensa en un sitio como este.

El otro asintió.

Milenios, pues. ¡Qué descubrimiento más fantástico! No tiene sentido. ¿Por qué hemos de habernos tropezado en el hallazgo arqueológico más interesante que pudiera efectuarse? Hace un momento nos encontrábamos en el corazón de una loca jungla púrpura, luego perdimos a tres hombres durante el ataque de un monstruo extraño y ahora… esto.

—¡Ese monstruo! He estado pensando en él —dijo el ingeniero—. Tampoco parece tener mucho sentido. No soy científico, no soy biólogo, de hecho, como experto en hidropónica esto cae más bien en tu campo que en el mío, ¿pero has pensado en el monstruo?

—¡Casi no he podido pensar en otra cosa desde la muerte del patrón! —contestó Donovan con suavidad—. ¿Qué ibas a decir acerca del monstruo? —Su mano descansaba en uno de los polvorientos objetos exhibidos…

Brooks siguió su razonamiento.

—Lo que más me sorprendió por su singularidad es que no parecía encajar en ningún sistema biológico. Más parecía una pesadilla que algo creado por un proceso natural de selección.

—La Fuerza Vital parece manifestarse a sí mismo de maneras extrañas en estos raros planetas…, ¿no podría manifestarse a si misma en una forma como esa? Dale un tiempo casi ilimitado a la evolución y podrá producir cualquier cosa…

—Si, pero aun la misma evolución necesita un punto de partida. Hay ciertos rasgos en la vida extrahumana que, aunque no manifiesten un característico denominador común, por lo menos manifiestan una prueba de continuidad.

—Si, estoy de acuerdo en eso —dijo Donovan—. ¿Entonces crees que ese ser de ahí fuera…?

—Tomándole por sí solo, no basta para seguir adelante. —Estaba ante algún antiguo mecanismo que parecía como si hubiera sido una especie de utensilio agrícola. Su mano se posó ligeramente en una palanca polvorienta y de leve curvatura, que sus dedos limpiaron un poco. Le gustaba sentir en su mano aquella palanca. La maquinaria le producía una sensación de confianza y tranquilidad. Comprendía a las máquinas. Eso era su vida. Toda maquinaria tenía sentido. Miró con fijeza a su compañero—. ¿Por qué teníamos que descubrir un museo subterráneo? ¿Por qué teníamos que encontrar un monstruo que no parece encajar en ningún molde biológico? Me parece que hay un solo hombre que con toda probabilidad podría hallar la respuesta a esas preguntas y quizá hallarla le costara toda su vida.

—¿Te refieres a Phil Cookson? —preguntó el hidroponista.

—Al mismo —asintió el ingeniero. Dio otra chupada a su cigarrillo.

—¿Te sobra alguno?

—No sabía que fumaras —dijo Tiger.

—Normalmente no; pero ahora lo agradecería.

El corpulento ingeniero le tendió el paquete.

—Sírvete tú mismo. Ten cuidado de no quemarte los dedos. Algunos de esos viejos autoencendedores resultan en ocasiones algo peligrosillos.

Donovan tomó el cigarrillo, quitó la banda autoencendedora y fumó pensativo durante algunos segundos.

—Ya sabes —dijo—, ¡cuanto más pienso en ello…, todo este escenario me horripila! No hay coherencia y, sin embargo, noto que si pudiéramos hallarla, de algún modo, en algún lugar, encontraríamos alguna ligazón de racionalidad entre todas estas aparentes paradojas. Hay una pista vital en alguna parte. Un eslabón. Algo con significado y que no hemos sabido encontrar.

—Hablas como un Sherlock Holmes del siglo XXV —sonrió el ingeniero—, pero tienes razón. No obstante, será mejor que exploremos este museo antes de que nuestros compañeros muestren ansiedad por nuestra suerte.

Donovan enfocó la linterna a su reloj de pulsera.

—¡No creo que hasta dentro de media hora los corazones de los demás empiecen a padecer!

—¡De acuerdo!

—Como carecemos de tiempo para examinarlo todo con atención, nuestro objetivo principal debe ser hacernos con una impresión general.

Avanzaron rápidamente por entre el polvo blanquecino en aquel fantasmagórico museo subterráneo. Gradualmente lo que se exhibía creció en tamaño. Había allí un plan general, un propósito en la exposición. Plan y propósito evidente para ellos, a pesar de que la mentalidad de quienes crearon el museo pertenecía a una raza extraña. Los dos terrestres no eran como los seres inteligentes que crearon aquel edificio, pero a pesar de la diferencia de puntos de vista, sabían que todo respondía a un sistema, que tenía una coherencia

entre las cosas expuestas. Iban de lo primitivo a lo complejo.

—Esto es un libro de historia tridimensional —dijo Brooks.

El hidroponista estaba examinando algo que podía haber formado parte de una ruda cámara de combustión interna de un potente motor. Estaba a mitad de camino de su exploración…

—Tienes razón, claro. Diría que ellos habían alcanzado algo así como la fase central de su cultura. —El ingeniero se adelantó dando zancadas. Era como caminar por un paisaje alpino en invierno. El polvo blanco lo cubría todo… semejante a finas capas de nieve.

—Si descubrieron el motor con cámara de combustión interna —dijo señalando el objeto que Donovan acababa de dejar— y estamos sólo a mitad del museo, y si presumimos ahora que cualquier tecnología acelera su desarrollo en proporción geométrica…, el progreso es fantástico, una vez alcanzado cierto nivel. Diez años del siglo XX valieron lo que un centenar de la centuria precedente. La cosa tiene un efecto de bola de nieve. El progreso técnico se parece a la vieja historia del hombre que se ofreció a colocar una herradura en un caballo por diez pesetas o colocaría el primer clavo por un céntimo e iría doblando la cantidad en cada uno de los clavos siguientes. El granjero eligió la segunda alternativa. Cada herradura tenía cuatro clavos. Pagó un céntimo por el primer clavo, dos por el segundo, cuatro por el tercero y ocho por el cuarto clavo. Hasta entonces ganaba con el trato, puesto que había pagado sólo 15 céntimos por colocar la primera herradura, que de la otra manera le hubiera costado 10 pesetas… Pero siguiendo la progresión matemática… el quinto clavo le costó 16 céntimos, el sexto 32 céntimos… y desde aquel instante las cosas se le fueron de la mano, porque los clavos siete y ocho los pagó respectivamente a 64 céntimos y a una peseta con 28 céntimos.

—De todas maneras esa cantidad aún quedaba muy por debajo de las diez pesetas pedidas por herradura, ya que con dos de ellas puestas en el caballo el granjero había pagado 2,56 pesetas…

—Precisamente ahora viene lo interesante —dijo el ingeniero con una maliciosa sonrisa mientras seguían mirando a la creciente cantidad de instrumentos técnicos que les rodeaban ahora en la segunda mitad del corredor—. En cuanto nuestro herrero se puso a trabajar en la tercera herradura cobró 2,56 pesetas por el primer clavo; 5,12 por el segundo; 10,24 por el tercero; 20,48 por el cuarto…

—Parece una carrera desbocada de precios —sonrió el hidroponista—. ¡Ni que fueran de oro esos clavos! Yo del granjero hubiese escogido pagar diez pesetas por herradura y listos.

—Así le habría costado herrar el caballo un total de 40 pesetas. ¡Y ahora estaba ya pagando 20,48 por un solo clavo! En la cuarta herradura el primer clavo le costó 40,96 pesetas, el segundo 81,92. El tercero, 163,84 y el cuarto 327,68. ¡Es decir que el herrar a su jamelgo le costó nada menos que 655,35 pesetas! Esa parábola puede aplicarse a la tecnología, ¿no crees?

—Veo dónde quieres ir a parar. Ha sido una buena manera de ilustrarlo. Si se mira al simple motor de combustión o al descubrimiento de la electricidad, dándoles el valor de un céntimo en nuestro símil, en el curso del avance técnico las cosas doblan su valor… por lo menos entre la raza humana nuestra…, de manera que se emplea menos tiempo en alcanzar el máximo de progreso. Pueden transcurrir siglos de épocas oscuras y anodinas, pero una vez comienza la ciencia a ponerse en marcha, ya no hay manera de refrenar el avance arrollador de la técnica.

—Sobre esa suposición básica trabajaba yo —dijo el ingeniero—. Siempre consideré que la máquina de vapor fue el comienzo del desarrollo técnico industrial. Mira lo que pasó aquí. Ese pequeño componente que tuviste en las manos es con toda evidencia una pieza de un mecanismo. Con otras partes, la máquina se produce… —Chasqueó los dedos y señaló a otra parte de la exposición, diciendo—: Después de esto, el diluvio. Míralo todo. Te garantizo que ni siquiera tú y yo podríamos adivinar para qué fueron creadas la mayor parte de esas máquinas y aparatos del último rincón y eso que venimos del siglo XXV, emporio de la técnica. ¡Estamos acostumbrados a una civilización altamente desarrollada, navíos cohete, rifles supersónicos, audiovisófonos, el colmo! ¡Estamos habituados al hipermotor, a la exégesis extradimensional y a cientos de chismes supercientíficos! El cerebro humano está al borde de dominar las percepciones extrasensoriales, la telequinesis y ciento y pico más fronteras de la mente. Y me atrevería a decir que el progreso de estos seres de Sakalam 4 ha sido proporcionalmente tan rápido como el nuestro y que habrá aquí material cuya utilidad nosotros no podríamos ni imaginar…

—¿Y qué pudo matar a una civilización como esta? —preguntó Donovan en voz baja—. ¿Qué pudo acabar con un pueblo que era capaz de producir maravillas de esta clase?

Avanzaban de nuevo por el polvo blanco, pasando junto a magníficas máquinas de fantástica complejidad. Había allí varios aparatos para la transmisión y recepción del sonido. Audaces según las normas y gustos terrestres, pero reconocibles pese a todo, se veían aparatos de TV, receptores, transmisores, cámaras, aparatos para color. Todo estupendamente conservado bajo su cobertura de polvo blanco. Mas allá, espacionaves, maquetas principalmente, pero de trecho en trecho secciones de un artículo genuino. Un tubo propulsor medio quemado, la cubierta de una cabina, un panel de instrumentos cubierto de extrañas notaciones y signos que ni siquiera los exploradores terrestres trataron de descifrar. El aire ambiente era un puro torbellino de polvo blanco mientras ellos sacudían el velo polvoriento para examinar mejor algunos objetos, velo que los siglos habían ido depositando capa a capa sobre las vitrinas de plástico. Cada objeto exhibido era una maravilla en sí. Toda una civilización se desplegaba ante sus ojos. Y sin embargo, aunque muchos objetos fueron extraños pero reconocibles, había otros que no parecían encajar…

De vez en cuando algo indicaba que un asiento, una palanca, un manómetro, un interruptor, habían sido construidos para una anatomía distinta de la humana. Se veía un panel de control que no podía manipularse con manos de hombre. Se veían entradas por las que evidentemente habían penetrado seres no humanos. Las palabras de una antigua canción de cuna aporrearon interiormente el cerebro de Burt Donovan.

«Esta es la casa que Jack construyó».

La casa era adecuada para Jack, pero Jack, en este caso particular, no era terrestre. La comida de un hombre, decidió, es, cuando todo ha sido dicho y hecho, como el veneno para otro hombre. El medio ambiente en que una criatura encaja de manera ideal resulta para otra completamente inaceptable. Los instrumentos, implementos e impedimenta cultural, la conducta misma y la ética, las normas sociales de una civilización tienen muy poco, poquísimo en común con una civilización terrestre de parentesco estrecho e incluso contemporánea. Los imperios Americano y Ruso no tuvieron nada en común con los imperios Romano, Babilonio, Asirio o de Egipto que habían muerto en un lejano pasado. El gran imperio Europeo era una entidad completamente irreconocible y absolutamente diferente al imperio de Carlomagno o Maximiliano I, y, sin embargo, ambos tenían un común denominador puesto que eran imperios. Aquí, en este fantasmagórico museo de una cultura extraña, le parecía a Burt Donovan que si dos civilizaciones terrestres podían diferir tantísimo, quedando separadas por un lapso de unos cuantos cientos de años,

mucho más podía esperarse que la cultura expuesta en aquel museo de Sakalam 4 difiriera de lo que ellos hubiesen podido ver en la Tierra y sin embargo había muchas cosas reconocibles. Se podía señalar la diferencia entre una nave espacial de Sakalam y una cosechadora terrestre. Con toda evidencia la maquinaria agrícola era menos usada que el material espacial. Sus medios de comunicación no eran medios de locomoción. La similaridad era lo que más le turbaba, en mayor proporción que las evidentes diferencias y una y otra vez martilleaba su mente la misma pregunta… en especial al acercarse al final de aquella exposición. Había aquí cosas que no parecían servir para nada. Extrañas formas geométricas, como cortadas de plástico transparente, con líneas y cables que podían haber sido placas electrodo de energía eléctrica. Una gran sección estaba por entero llena de lo que parecían ser grabadoras en miniatura a hilo y cinta. Toda la colección entera se hizo casi aterra dora por su complejidad cuando se acercaron al final.

Y entonces… se produjo una súbita brecha.

Había allí tres cajas vacías y una pared desnuda. El museo jamás quedó completo. Contaba la historia de la antigua cultura de Sakalam, que debía haber muerto milenios atrás, hasta cierto punto y luego terminaba. Ya no había nada más. Aquellas abiertas cajas enigmáticas eran en cierto modo más atemorizantes que la completa exhibición anterior. Donovan se volvió a Brooks.

—Me pregunto qué es lo que les pudo interrumpir. ¿De qué tuvieron miedo?

El ingeniero sacudió la cabeza.

—No lo sé. Algo. Algo terriblemente espantoso. Un veneno cósmico…, algo.

—Lo haces aparecer como algo debido a la imaginación de Julio Verne, H. G. Wells o hasta quizá Conan Doyle…

—¿Te refieres a la vieja historia clásica del profesor Challenger? ¿Donde se suponía que la Tierra se metía en una nube nociva que vagaba por el espacio? ¿Y que nadie quiso creer al viejo Challenger hasta que ya fue demasiado tarde?

—Sí, es una extraña novela…

—¿Crees acaso que vagamente fue una historia profética? ¡La verdad es a menudo más increíble que la ficción!

El corpulento ingeniero no contestó nada, estaba mirando a su alrededor. A las cajas vacías. A los objetos expuestos que habían dejado atrás. Miraba los remolinos de polvo blanco posarse de nuevo sobre todo. Habían dejado huellas de sus pisadas, como el rastro de una pareja de grandes yetis cruzando las cumbres nevadas del Himalaya.

—Es como esa extraña criatura que mató al capitán —dijo Brooks—. No parece tener sentido alguno. Es como una historia de ciencia ficción a medio terminar. El argumento parece haber dejado muchos cabos sueltos. Uno sigue preguntándose ¿y qué? Se tienen ganas de ir a ver al autor y preguntarle él por qué y rogarle que nos lo explique todo.

—Es muy extraño que lo hayamos encontrado. Una probabilidad contra un millón… y nos tropezamos con aquel tronco.

—Tengo mis dudas de que haya sido pura casualidad —contestó Brooks—. Puede que fuera algo más extraño… más terrible.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Donovan—. ¡Me estoy asustando, verdaderamente asustando! No me gusta nada esto. Me abruma, queda más allá de mi comprensión —crispaba y abría los puños Respiraba ruidosa y entrecortadamente—. No me gusta —murmuró varias veces —. No me gusta en absoluto. Tengo la sensación de que es malo, malo todo. Presiento que… —se interrumpió.

—¿Si? —Tiger parecía interesado, muy interesado en realidad—. Ibas a decir algo, ¿el qué?

Donovan se mordió el labio.

—Creerás que estoy loco, pero tengo la sensación de que nada de esto es real.

—¿Sabes una cosa, Burt? Lo mismo he venido experimentando yo desde que comenzamos a bajar por aquellos escalones. Me parece estar soñando. Como si caminara por el aire… Como si flotara. Esta es una de las visiones que se aparecen cuando uno toma mezcalina. Se parece mas al sueño que tendría una pobre ruina humana acostada en un lóbrego fumadero de opio. Nosotros en cambio ni estamos drogados ni tomamos mezcalina. No sé qué decir. La cosa me hace sentirme derrotado —miró su reloj—. Creo que deberíamos salir de aquí. Ya es hora de volver con nuestros compañeros.

El hidroponista clavó en el corpulento ingeniero sus ojos.

—Supongamos que es verdad esa casualidad que ocupa el rango de una probabilidad contra un millón, supongamos que todo está en la mente, en cualquier manera que no podemos entender. ¿Por qué ambos estamos contemplando la misma ilusión?

—Eso —respondió Brooks— es la pregunta premiada con sesenta y cuatro mil dólares que no podemos responder y nos descalifica del concurso.

IX – LA RUINA

Donovan y Brooks dejaron atrás el fantasmal museo de bastante mala gana y comenzaron a seguir una vez más túnel arriba.

—Esto me recuerda una película que vi —dijo Brooks.

—¿Película?

—Sí, se titulaba «Viaje al Centro de la Tierra». Una de las reediciones de las películas espaciales de Hollywood de hace quinientos años. En realidad sabían cómo distraer en aquellos días del siglo XX. A veces pienso que incluso aunque no tuviesen las facilidades técnicas que ahora poseemos, tenían, eso sí, cierto gusto para escribir aventuras y tramas que nosotros, en cierto modo, hemos perdido. Pero no estamos en un simposium literario. Además, este no es mi propio campo particular de experiencia.

»Preferiría oírte hablar acerca de reediciones de películas de hace quinientos años y que me dijeses cosas sobre ese agujero diminuto púrpura de ahí arriba, hacia el que nos encaminamos. Cuando la película terminaba, en donde los exploradores descubrían los restos de una ciudad perdida, hallaban también lo necesario para perforar un agujero en la chimenea rocosa, con el fin de conseguir alcanzar de nuevo la superficie. Lo malo era que al perforar provocaba un enorme terremoto subterráneo. Enormes olas de lava invadían el semicircular altar de piedra en el que descansaban y lo elevaban siguiendo un eje vertical… que conducía al volcán extinto de Stromboli, para arrojar al mar a los aventureros. Mientras subían por el cráter… uno captaba la impresión de enormes profundidades y de la velocidad en que iban ascendiendo… era como contemplar una fotografía a gran velocidad de una bala abandonando un cañón inmensamente largo. Seguían viajando hasta que parecía que el pozo no tenía fin… luego, por último…, ¡uff! Era como el corcho saliendo de una escopeta de aire comprimido. Y aparecían en el mar.

—Vaya experiencia —sonrió Donovan—. Aunque sólo fuese ficción.

Brooks prosiguió:

—Había también otro detalle en la ciencia ficción del siglo XX. Parte resultaba increíble. En su mayoría era impublicable y sin embargo todo tenía visos de posibilidad. Conocían donde dibujar la línea entre la fantasía y los hechos. Los viejos maestros, Julio Verne y H. G. Wells, podían tomar un precepto científico reconocible y extenderlo y alargarlo.

»¡Sí, claro que podían! Yo solía leer las reediciones y ver los microfilms de las bibliotecas, cuando se despertaba mi afición a la ingeniería. Quizá es porque yo soy miembro de la tripulación del "Astral Castle" en vez de uno de los grandes navíos de pasajeros con hipermotor.

»¡Incluso el viejo "Astral Castle" suena agradable en comparación con el lugar en donde estamos y tenemos que continuar ahora! ¡Tiene gracia cómo solíamos renegar del antiguo navío! Sin embargo, cada remache, cada tornillo, cada tuerca, cada piecita de retorcida aleación del viejo cascajo, nos parecía en cierto modo amistoso y familiar. Era un viejo veterano del espacio. Lamento que se haya perdido.

—También lo lamento yo. Y sé lo que quieres decir… no es que hayamos perdido precisamente los medios de volver a casa de nuevo, no es que hayamos también perdido el medio de salir de este planeta. Hay algo más. La manera que un soldado solía sentir acerca de su caballo en los días de los regimientos de caballería. El modo en que un mulero apreciaba su mula. Permanecimos en la vieja nave mucho tiempo. Casi parecía tener vida. Parecía más a una entidad con sentimientos de ingenuidad que a un conjunto de metal y cables y plástico. Era casi como si tuviera un alma, en cierto modo.

—A menudo he experimentado lo mismo —asintió Donovan.

Estaban subiendo a través de los extraños tramos triangulares hacia la diminuta fuente de luz de encima. Más altos, más altos, más altos. Subir, subir, subir. La pequeña abertura de luz púrpura parecía una estrella parpadeante.

—¿Crees que llegaremos? —preguntó de pronto Donovan. El hombre de fuertes sentimientos artísticos se sentía denso.

—Claro, lo conseguiremos —le contestó Tiger Brooks—. Somos tercos muchacho. Del temple del acero. Y como el corcho. Suéltanos al fondo del océano más profundo y llegaremos a la superficie.

—Espero que tengas razón.

—¡Pues claro que sí! Limítate a repetir las mismas acciones una y otra vez. Deja que tu subconsciente se preocupe sobre llegar a la boca del pozo. ¡Piensa conscientemente en cualquier otra cosa!

Así hablaron de cuanto podían imaginarse, pero principalmente del extraño museo. No dijeron nada nuevo, repasaron los viejos hechos. Pero el único rasgo dominante era la incómoda sensación de que el

monstruo, el museo, la jungla en sí, tenían una extraña irrealidad, una irreal extrañeza. Donovan lo notaba más que Brooks. El ingeniero se sentía predispuesto a ser un poco prosaico y así, notó Donovan, aquello era algo que pertenecía al reino de la imaginación mental. Era una frontera de la mente, más que una frontera del cerebro. Había algo fantasmal que sólo podría explicarse no en términos físicos, según advirtió. Sin embargo, sabía que todo en el universo físico tenía que tener explicación física. No era tan místico como eso. Se preguntaba qué sacaría Boyd Fleming, se preguntaba qué pensaría Terry Land. No habían visto ellos el museo pero sí la jungla y la bestia. Por encima de todo se preguntaba qué elaboraría la cabeza de mono de Phil Cookson. Si alguien era capaz de encontrar una respuesta, ese tendría que ser Cookson. El hidroponista deseaba tener un sencillo problema en su campo de acción, ansiaba algo que concerniese sólo a tanques hidropónicos y clorofila, algo que tuviera que ver con la vida de las plantas y el crecimiento artificial de los alimentos. Las plantas limpiamente dispuestas. Había allí un problema no sencillamente amistoso. Era una cuestión hosca, un enigma oscuro y extraño en aquel planeta oscuro, púrpura. La tensión crecía a cada paso que daba. Despacio, tan «despacio», el diminuto triángulo de luz crecía. Parecía estar a muchos kilómetros, pero se daba cuenta de que eso resultaba imposible. Semejaba estar más distante. Ahora estaba el rompecabezas del museo para sumarse a la ansiedad, él no quería ansiedad. El deseaba terminar con la ansiedad…

Llegaron a lo alto… y se llenaron los pulmones de mal oliente aire púrpura. Parecían haber estado encarcelados para siempre. Él nunca había sufrido antes claustrofobia, a pesar de sus otras debilidades, pero en el pozo la sintió amenazadora. Él notaba cómo las paredes se cerraban en su torno. Se había dado cuenta de que se cerraban por encima de su cabeza. Sin embargo el sentido común le dijo que eso no era posible.

Habían seguido y a pesar de que el cuerpo triunfó su mente por poco sucumbió a la tensión. Igual que sus pulmones jadeaban en busca de aire, lo mismo que su cerebro parecía gritar silenciosamente, pidiendo luz y espacio abierto. De manera incongruente, las palabras de una canción de quinientos años de antigüedad, sonaron a través de su cerebro:

«No me encierres.

Dame tierra, mucha tierra, y como techo el cielo abierto…

No me encierres.

Déjame cabalgar a través de los amplios espacios abiertos que amo.

No me encierres.

Yo quiero cabalgar por debajo de la luna hasta que pierda los sentidos,

cabalgar cruzando la pradera en donde comienza el Oeste,

yo no puedo mirar las rejas, ¡no puedo soportar las cercas!

No me encierres».

Tiene gracia cómo se recuerdan algunas de esas antiguas melodías, pensó, mientras las palabras latían por su cerebro. Era raro, la generación vieja siempre decía que no había canciones como las antiguas. Con certeza algunas de esas habían sobrevivido quinientos años y seguían siendo reeditadas y aun las cantaban en las pantallas de vídeo y los órganos de superfrecuencia electrovibradores.

Deseó ser una canción y sobrevivir. Comenzó a animarse, mientras miraba en su torno a la jungla. Parecía estar por todas partes. Encerrándole, como antes le encerró el pozo. Mientras la jungla le encerraba de manera más disimulada… haciéndolo más sutil. El pozo fue directo y de allí supo cómo escapar. Pero ahora, ¿cómo escaparían de la jungla? Por todas partes frondas de púrpura. Helechos púrpura, agua y hedor púrpura… un horrible, loco olor a podrido. Su mente era un calidoscopio de indistinta y atorbellinada incoherencia de pensamientos. Su fuertemente asentado temperamento artístico, estaba sacando lo mejor de su persona. Se miró. En cierto modo, no parecía pertenecer a su cuerpo. No podía haber explicado el pensamiento, era simplemente el modo en que le asaltaba. Se mordió el labio… De pronto deseó un cigarrillo. Miró a los demás, dándose cuenta que esperaban que les contase algo de lo ocurrido allá abajo en el pozo…

—¿Tiene alguien un cigarrillo? —preguntó. Boyd Fleming sacó uno. Tiró de la banda del auto y salió encendido e inhaló profundamente. La nicotina tranquilizó algo sus nervios. Le hizo también sentirse algo enfermo.

—¿Qué encontrasteis allá abajo? —Cecil Kroon, el maníaco religioso se había inclinado hacia delante, un resplandor fanático destellaba en sus ojos—. Me temo que hay cosas prohibidas en este mundo. ¿Encontrasteis cosas prohibidas allá abajo?

—Espera… esperad…, hasta que Tiger Brooks os lo cuente… yo estoy

agotado —protestó Donovan. Terry Lands estaba mirando con apremio a Brooks, con ojos que formulaban mil preguntas. Stumpy Gallows esperaba con paciencia, apoyado en la cruz de un extraño árbol púrpura.

—¿Quieres que cuente lo que encontramos? —preguntó Tiger.

—Por favor —la voz de Donovan era áspera, pero un tono rechinante susurró:

—Hallamos un pozo, como ya sabéis. Ese pozo se hundía —se encogió de hombros y estiró los brazos hasta su máxima extensión, de manera expresiva—, yo diría, quizá cuatrocientos metros, puede que más. Es uno de los pozos más profundos a los que yo haya descendido sin aparatos. En el fondo había una puerta corrediza, por eso os pedimos que nos enviaseis algo para impedir que se cerrase. Entramos, falcamos la puerta y, ¿qué pensáis que encontramos en el otro lado?

—¿Quizá alguna especie de vivienda? —sugirió Boyd Fleming. Los ojos de Phil Cookson tenían una expresión distante. Una mirada de inmensa concentración mental…

—No —dijo en voz baja—. Encontrasteis un museo.

—¿Cómo diablos…?

—¿Entonces lo encontrasteis? —dijo Cookson, su voz de pronto asumiendo una cualidad de latigazo. Era evidente que alguna especie de teoría se formaba dentro de aquella mente tan brillante—. Encontrasteis un museo. ¡Descríbelo!

Brevemente así lo hicieron sin omitir detalle, si acaso añadiendo la complejidad de la maquinaria de la última zona.

—Comprendo… comprendo —comentó Cookson.

—Está sobre algo, ¿verdad? —dijo Tiger Brooks. Cookson se frotaba el lóbulo de una oreja; era un movimiento reflejo.

—No sé, pero me habéis proporcionado una pista que parece indicar que he estado trabajando en la dirección adecuada. Pero… —se interrumpió.

—Por favor, dínoslo —rogó Donovan—. No puedo soportar el misterio.

—Los profetas del Señor guardarán su conocimiento en lugares secretos —balbuceó Cecil Kroon.

—Si alguien no le hace callar instantáneamente, lo haré yo —exclamó Tiger Brooks. Kroon le miró colérico.

—Los idólatras se enfurecerán y la risa de los locos es como el chasquido de la carne en el asador.

—¡No me río! —advirtió Brooks.

—Déjale en paz, Tiger —dijo el profesor tranquilo.

—Está bien —contestó Tiger—. Tú eres el jefe.

—No había nada en ese museo que pudiéramos utilizar, supongo —dijo Stumpy Gallows—. Dijiste que había espacionaves…

—Sí, las había —dijo Brooks—. Modelos y unas cuantas piezas. Tubos, la cubierta de una cabina, un panel de control…

—¿Crees que había las suficientes partes para preparar nosotros otra espacionave?

El ingeniero sacudió la cabeza.

—Soy solamente un ingeniero funcional, no un constructor —dijo tranquilo—. Pero eso no significa que no la pueda construir. No había bastantes partes allí, ni siquiera para construir una nave de juguete para niños. Ni siquiera para formar un aparato adiestrador. ¡Algo parecía brillante! ¡Magnifico! Pero se trataba sólo de maquetas. Había un modelo a escala hermoso, con un motor de cristal, puramente instructivo.

Stumpy asintió.

—Comprendo… como esos grandes tractores atómicos que a veces se exponen en las ferias de muestras agrícolas. Los hace funcionar un motorcito eléctrico y todo el conjunto está hecho de plástico. Se puede ver con facilidad cómo funciona cada pieza de los motores, pero aunque son aparatos ideales en el plan instructivo, no sirven ni para arar un jardín.

—De acuerdo —comentó Tiger—. Y precisamente en este momento particular no queremos aprender cosas acerca de los navíos…, deseamos tener uno que vuele.

—¿Estáscompletamente seguro que no había bastantes piezas? —preguntó apremiante Boyd Fleming.

—Segurodel todo —dijo Brooks con énfasis.

Hubo un odioso murmullo en la conversación, mientras todos se sentaban en el pequeño claro, mirándose unos a los otros.

—Piensoque deberíamos seguir —dijo Donovan. Deseaba acción. Necesitaba moverse.

—Estoy de acuerdo —contestó Cookson.

—¿No vas a contarnos el resto de esta teoría? —preguntó Boyd Fleming, mirando al profesor con ojos agudos.

—Todavía no —contestó Phil con suavidad—. Mirad, es tan loca y tan absurda tan fuera de lugar, que no estoy preparado para publicarla, ni siquiera a nuestra selecta agrupación, hasta que tenga más detalles que la corroboren. En cierto modo, deseo que no se verifique… por otra parte… —Se encogió de hombros—. Es muy agradable tener razón. La verdad desagradable, resulta siempre preferible a una cómoda mentira… —Levantaron el campo y siguieron marchando a través de la jungla.

Los días se convirtieron en semanas, las semanas en meses, los restos de uniformes se convirtieron en despojos y harapos. Chapotearon a través de una jungla púrpura que parecía no tener fin. Día tras día. Cada jornada igual a la siguiente. Cada noche idéntica a su predecesora. Perdieron la noción del tiempo, perdieron la noción de todo. Chapoteando a través de la depravación hedionda púrpura. La jungla estaba con ellos. Adelante y adelante, hasta que sólo el valor los mantuvo en pie. Perdieron el rastro del tiempo. Sabían que habían estado chapoteando a través de la jungla púrpura, pero no se daban cuenta si duraba ya meses, años, décadas, siglos. No parecían llegar a ninguna parte. Se movían como autómatas, impulsados por la fuerza de voluntad y por el valor. Tambaleándose, cayendo, poniéndose en pie dificultosamente de nuevo, y tambaleándose en aquel desconocido infierno púrpura. El pensamiento cruzó por sus mentes una y otra vez. ¿Habían cruzado mil galaxias, habían pasado por un millón de estrellas, solo para morir en una jungla púrpura que no estaba en los mapas? ¿Aquí en las espesuras de Sakalam 4, con sus dos soles gemelos y sus cinco planetas enigmáticos?

Estaban tan harapientos y barbudos como el más descuidado náufrago

en la historia de la navegación, o, para actualizarse, en la historia de la astrogación.

Ambas maneras de viajar habían producido sus propios náufragos en abundancia. Sus crecidas barbas y cabello alborotado formaban un marco adecuado a los rostros flacos y a los ojos enrojecidos por la sangre. Eran como espantapájaros ambulantes. Siete hombres desesperados, marchando a tumbos a través de la jungla. Donovan estaba al borde de derrumbarse por completo. Para los demás era un misterio cómo había aguantado tanto. Parecía haberse arrancado las partes más artísticas y profundamente enraizadas de su mente y seguir adelante a base de los instintos puramente animales que de manera normal había mantenido enterrados en los niveles más bajos de la consciencia.

Tiger Brooks se comportaba tan bien como cualquiera. Lo mismo Stumpy Gallows, aparte del inconveniente de su cojera. Boyd Fleming se había retirado más adentro de sí. Se había convertido en más médico, místico y desinteresado… Kroon era un hombre aparte. Vivía en un mundo propio, completamente desasociado de sus compañeros; sin embargo marchaba con ellos… al menos así lo hacía su cuerpo físico. Comía cuando los demás comían. Dormía cuando los demás dormían, pero por otra parte se había salido de la realidad como si fuese algún antiguo profeta, chaman un hombre sagrado.

—La manía religiosa parece tener sus compensaciones —dijo Phil Cookson a Brooks.

Phil Cookson no parecía mostrar rastro en absoluto de la terrible prueba… era un hombre cuya mente poseía tal vastedad que podía captar lo físico al igual que las necesidades mentales. Estaba tan llena de pensamientos, tan repleta de alegría de vivir y del misterio mental de la existencia, que podía verse atareado durante un millón de años con nada… absolutamente nada que le molestase del medio ambiente. Naturalmente estaba sufriendo los mismos cambios físicos que el resto. Su cabeza calva asomaba incongruente por encima de su desaliñada barba gris, haciéndole parecer para todo el mundo un millón de veces más conejil o gnomo que su ordinario aspecto.

—¿Crees que habrá fin para esta jungla? —preguntó Brooks por milésima vez.

Cookson se encogió de hombros.

—Tiene que tener un final. ¡El planeta entero no puede ser una jungla!

—Noto como si hubiéramos dado vueltas al mismo sitio por lo menos tres veces —dijo Land.

Stumpy Gallows rezongó a su lado.

—Lo mismo yo —dijo—. Si plantase una patata en cada sitio donde metí mí pata de palo, ¡habría suficientes provisiones para que los habitantes de Sakalam 4 vivieran el resto de sus vidas!

—¡Tú y tu comida! Sólo tienes un camino mental —dijo Tiger Brooks.

—¡Pues vaya que es agradable! —contestó Stumpy—. Prefiero pensar en comer que en este cenagal púrpura por el que seguimos caminando.

—¡Ánimo! Tiene que haber un final en algún lugar —dijo Terry Land.

—¿Y qué pasa si en torno al ecuador de este planeta hay un cinturón de esta jungla? —repuso Tiger—. ¡Mira que si nos encontramos dando vueltas y más vueltas a la cintura de este mundo!

—Podemos tomar una dirección en ángulo recto y ver qué pasa. Por otra parte, si esta zona es una gran área cuadrada y estamos casi en el borde y doblamos en ángulo recto, entonces nos encontraremos volviendo siempre hacia atrás. Caminaremos días y más días y luego hallaremos otra esquina y le daremos vuelta por toda una eternidad.

—¡Ahí hay un rato de discusión! —interrumpió Burt Donovan. Sus ojos eran frenéticos, sus pupilas más dilatadas que nunca. Terminaron con relativa ansiedad.

—Creo que deberíamos seguir recto —comentó Cookson—. No hemos viajado lo bastante lejos como para dar la vuelta al ecuador. Ni siquiera hemos marchado en dirección latitud Norte o Sur, que sería una distancia más corta que el rodeo ecuatorial. Estoy convencido de que ningún pantano puede cubrir por entero la región, debe haber alguna solución de continuidad. Una cordillera, un mar, una falla, una fisura, llegaremos a algo si seguimos marchando en línea recta.

—¿Pero marchamos en línea recta? —preguntó Terry Land.

—Eso creo, por lo menos en línea lo bastante recta. Probablemente derivamos cada día un grado o dos y luego volvemos a derivar en la dirección del día anterior —dijo el profesor.

Siguieron avanzando, viajando… De pronto apareció una diferencia… una brecha en la jungla.

—¿Qué es eso? —preguntó Gookson.

—¿No encaja con la famosa teoría? —inquirió a su vez Tiger Brooks.

—Puede que sí y puede que no —respondió prudente el profesor.

—¿Es metal?

Su cansancio había desaparecido, los exhaustos pioneros se reunieron en torno al extraño objeto. Era una masa de metal abollado y retorcido a través del cual la jungla crecía en muchos lugares. Había grandes agujeros rotos en un costado. El agua putrefacta lo tenía medio sumergido por todo su alrededor, y el olor de muerte y podredumbre parecía más fuerte, más amenazador. Burt Donovan comenzó a retroceder alejándose, con un áspero grito en la garganta.

—Calma —llamó Cookson, y el hidroponista se quedó quieto. Boyd Fleming avanzó hasta el gran y rasgado pecio.

—Parece haber algo dentro —dijo con una voz extraña y distante. Cecil Kroon sacó la Biblia y comenzó a murmurar para sí acerca de «abominaciones y desolaciones».

—¡Hacedle callar! —exclamó Brooks.

—Silencio, Kroon —ordenó Cookson, y cesó el balbuceo.

Terry Land estaba examinando el metal de cerca, estaba también mirando las frondas púrpura que crecían alrededor.

—Lleva aquí una temporada —comentó.

—Y que lo digas —respondió Stumpy—. Y eso que yo no soy siquiera bioquímico.

Burt Donovan se había acercado de nuevo.

—¿Os habéis fijado? —dijo con un extraño susurro de temor—. ¡Hay algo rarísimo en esto!

—¿Raro? —exclamó Cookson, con los ojos con traídos—. ¿Qué queréis decir? —se preguntaba si Donovan había visto lo que él. Y se preguntaba si Donovan estaba pensando lo que él. Se preguntaba por encima de todo cuál sería la reacción de la mente de Donovan, ante una sorpresa de aquella clase.

—Es familiar en cierto modo —susurró el hidroponista—, aun cuando

esté arrollado y retorcido. Me parece… me *parece haberlo visto antes*.

X – LAS COSAS

El navío había descendido con tres tubos funcio nando y *cinco silenciosos. El dardo de plata cabeceó y desapareció dentro de una fétida y extraña jungla púrpura. Un estupendo navío y diez magníficos hombres… perdidos. El planeta era tan infamiliar como las islas pantanosas sirianas, los supervivientes tenían que aprender nuevos datos para sobrevivir y aprenderlos de prisa o morir. O'Callaghan había sido el capitán. Creyó en el luchar hasta que se enfrentó con algo contra lo que no podía combatir. Lo mismo fue cierto para con Les Garnett, el miembro de la I.P.F. Sweeney fue distinto. Sweeney era un cobarde. Sweeney huyó. Había cosas en aquel fantasmagórico mundo de pesadilla que podían correr más veloces. Mucho más veloces. Sweeney estaba muerto también… Ahora el resto acababa de encontrar el derrelicto*.

Uno a uno entraron por el agujero del fuselaje.

Burt Donovan fue el primero a pesar de su miedo. Algo más fuerte que el temor le apremiaba. Una curiosidad terrible, insaciable. Sospechas a medio formar trataban de alcanzar la existencia en el fondo de su torturado, retorcido e histérico cerebro. Sus nervios tan tensos estaban apretados hasta el mismo borde del punto de ruptura. Se encontraba en el penúltimo estado inmediatamente anterior al desmoronamiento. Boyd Fleming se acariciaba la barba, con una expresión psíquica y misteriosa en sus ya de por sí misteriosos ojos. Cecil Kroon manoseaba su Biblia como si la considerase alguna especie de fetiche. Al mirarle, Tiger Brooks, duro y sombrío, sentía un poco de asco. Sentía repugnancia mental y física y espiritual por aquel absurdo fanatismo de Kroon. Era algo que revolvía el estómago de cualquier hombre decente. Se trataba de una especie de superstición medieval, enmascarada bajo la capa de la religión. Resultaba totalmente repulsivo. Terry Land, el frenético bioquímico, miraba a su alrededor al impar paisaje que desplegábase ante sus ojos, pareciéndole todo extraño en cierto modo. Sólo el viejo Stumpy Gallows se tomaba las cosas con calma, adentrándose despacio en el derrelicto, su pierna artificial resonando hoscamente contra el viejo metal. Cookson se rascaba la calva con una extraña luz brillando en sus ojuelos.

—¿Qué te parece, Donovan?

—Bueno, es un navío, ¿no? —respondió el hidroponista.

—Sí… el pecio de un navío —prosiguió el profesor—. Está muy deteriorado, pero quizá podamos salvar algo.

—¿Una radio? —sugirió Donovan—. Hasta pudiera haber un televisor funcionando.

—Eso es esperar demasiado —dijo el profesor—. Pero nada se pierde con intentarlo.

Brooks iba pensando.

Pensaba que había pasado mucho tiempo desde la catástrofe que le sucedió a aquel navío, muchísimo tiempo. Y ahora habían hallado los restos y esperaban recuperar algo aprovechable. Acababan de entrar por el agujero del fuselaje. ¿Qué yacía ante ellos? Metal retorcido, plástico roto, cables, cobre, todo corroído, todo recomido por aquella jungla púrpura infernal llamada Sakalam 4. No había ninguna otra cosa.

Penetraron en la siguiente cámara y vieron las *cosas*. Una gran araña de la selva de Sakalam estaba tranquilamente entretejiendo su tela en torno a algo fácilmente reconocible. Era un cráneo. Un cráneo humano. Unos pocos jirones de una sustancia desagradable parda, como el pergamino, aparecían pegados al hueso… Donovan trató de reprimir el grito que nacía en su garganta, pero fracasó. La jungla púrpura crecía en aquel lugar a través del fuselaje y llenaba de detritus y humedad las cosas. Pero el cráneo era reconocible, lo mismo que los huesos adheridos a él. Una criatura que encontraron un par de veces en su viaje por el infierno púrpura, también estaba allí. No les agradó demasiado pensar en lo que el animal estaba comiendo. No muy lejos había otro semiputrefacto cadáver, apoyado de manera grotesca contra el fuselaje. El grito de Donovan resonó y resonó por los confines purpúreos. Incluso el profesor halló difícil mantener controlada su voz. Tranquila, metódicamente empezó a contar.

—Hay diez —dijo en tono bajo.

—¡Diez! —gritó Donovan—. *¡Diez!* —repitió de nuevo.

Boyd Fleming estaba inclinado sobre ellos, con la prosaica indiferencia propia de su condición de médico.

—Es muy extraño —dijo—. Mirad aquí. —Se había arrodillado en el suelo junto a uno de los distorsionados esqueletos—. Mira los dientes de este hombre, profesor.

Cookson se inclinó para echar una ojeada. Algunos pocos retazos de pelo rojo pendían aún de la apergaminada carne de la barbilla. Los ojos de Cookson siguieron la dirección mostrada por el índice del

doctor. Tres dientes de la mandíbula inferior tenían puentes de oro. Apliques áureos que aún brillaban, pese al follaje púrpura.

—¿Y bien? —preguntó Cookson, pero su mirada parecía encerrar una pregunta más honda. Como respuesta, Boyd Fleming no dijo nada, sólo se limitó a elaborar una amplia sonrisa. Y señaló a su boca. Los ojos de Cookson viajaron despacio hacia arriba, partiendo del cadáver del suelo al doctor. En sitios idénticos Boyd Fleming tenía tres puentes de oro.

Burt Donovan estaba de pie junto a ellos. Y aun en el imposible naufragio de su mente, se lanzó con rapidez hacia la izquierda. Otro de los esqueletos yacía allí, retorcido y aplastado como lo estuvo en la catástrofe mortal que sobrevino a la nave. Recogió algo de la putrefacta masa del suelo del navío. También relucía en su color dorado… relucía en oro y negro. Las iniciales «B.D.» estaban artísticamente entrelazadas en otro artístico anillo de oro y cohetes.

—¿Qué diablos…? —carraspeó Tiger Brooks, porque el anillo que el hidroponista había tomado del esqueleto era una réplica exacta del suyo.

—Creo que los hechos hablan por sí mismos —dijo Cookson—. Por lo menos los hechos artificiales. Son diez… éramos diez nosotros. Esto —señaló a la cosa patética con los fragmentos de barba roja aún adheridos a la barbilla y los rasgos idénticos—, esto y esto —señaló a los anillos iguales que parecían burlarse de ellos mientras estaban en la temblorosa mano de Donovan…

—¿Quieres decir?

—¡Quiero decir que debemos ser nosotros!

—¿Nosotros? —repitió Stumpy Gallows.

Hubo un largo y horrible silencio. Un silencio como el silencio de la eternidad. Fue uno de esos silencios gritones que parecen desgajar la mente en pedacitos infinitesimales. Era más horrible que las tortuosas cacofonías de sonido que pudieran captarse jamás.

—¿Qué quieres decir con… nosotros? —repitió el veterano por fin. Subconscientemente buscaba un cigarrillo. Los nervios son chocantes, pensó Cookson, afectan a la gente de manera distinta. Boyd Fleming bostezaba. Era una reacción enteramente nerviosa. Tiger Brooks se frotaba los dedos como si hubiese entre ellos invisibles granos de arena. Terry Land hacía lo propio, pero con los ojos. Todo acciones

inconscientes, volvió a pensar el profesor, cada una de ellas.

Burt Donovan comenzó a gritar. Destrozó el silencio como una bomba al estallar. Fue un grito con el sonido y la furia parecida a los dientes de una sierra circular, mordiendo una pieza de acero que inadvertidamente quedara dentro de la plancha de madera de aserrar.

Pareció derrotar lo que guardaba de su valor convirtiendo los nervios en partículas. El viejo Stumpy Gallows siguió tranquilamente encendiendo el cigarrillo. Sólo se movían sus ojos, siguiendo cada rasgo contorsionado de Donovan.

—Recóbrate, hijo —dijo tranquilamente.

—No podemos ser nosotros, ¿verdad?

El hidroponista había enflaquecido.

Donovan gritaba tan fuerte que era más un sonido ensordecedor que un grito.

—No lo puedo soportar —se sofocaba y tosía—. No puedo soportarlo, os lo aseguro —algo dentro de su cabeza pareció estallar. Se llevó la mano a la cintura y la alzó empuñando una pistola—. No tenemos derecho a estar vivos. Hemos muerto. ¡Muerto! —La palabra aumentó en su *crescendo* dentro de su lacerada garganta. Sus ojos se contrajeron hasta dos rendijas. Dos puntitos de locura—. Estamos muertos. —Esta vez fue un susurro áspero y ronco—. Hemos estado muertos durante meses. No debemos caminar por ahí, ya lo sabéis… —La voz sonaba enloquecida ahora. Terriblemente lunática. La malicia de la enajenación asomaba en cada sílaba—. Tengo que arreglar esto. Cuando la ciencia halla un error, ha de enderezarlo, ¿no es verdad, profesor Cookson? ¡Tú lo sabes mejor que nadie!

Phil Cookson hablaba tranquilo tratando de calmar al hidroponista.

—Tú también eres científico, eres un técnico en hidropónica. Piensa en problemas hidropónicos… En hermosos, tranquilos y comprensibles problemas. Problemas que podemos resolver. Hablemos de hidropónica.

Los ojos del demente le miraron como dos puntitas de alfiler vertiendo odio casi liquido.

—¡No! Tratas de engañarme.

—Pues claro que no —le aseguró el científico—. Nadie trata de engañarte. Estamos todos a tu lado.

—Estamos todos muertos. ¡No podemos apoyarnos los unos a los otros! —gritó Donovan—. ¿No sabéis que estáis muertos? ¡No tenéis derecho a caminar! He de corregir ese error.

Terry Land y Tiger Brooks intercambiaron una rápida y furtiva mirada. Una mirada que hablaba de acción. Una mirada que decía: «¡Ataquémosle! Quitémosle esa arma cueste lo que cueste».

—El día del juicio cayó sobre nosotros —gimió Cecil Kroon—. Y delante nuestro hay un transgresor. ¡Ahí está el pecado! —Agitó los brazos con frenesí, sus ojos destellaban con la misma locura casi que la de Burt Donovan.

—Atrás —advirtió el hidroponista—. Atrás, Kroon, no te me acerques —durante unos segundos sus ojos miraron la carga del arma. Para asegurarse que había quitado el seguro. Para asegurarse que las cargas mortales quedarían en libertad nada más accionase el dedo índice. Fue una falta de atención de una fracción de segundo, que Terry Land y Tiger Brooks habían estado esperando. El rubio bioquímico saltó hacia el arma… saltó y resbaló. Tiger Brooks se removía con rapidez, con el paso firme y seguro del hombre que ha sobrevivido a muchos aprietos, porque sabe cómo y cuándo golpear, cómo y cuándo cargar y cómo y cuándo permanecer firme.

Antes de que Land recobrase el equilibrio, cayó sobre el infortunado Cecil Kroon. Antes de poder salvarse, Kroon fue hacia delante a impulsos del empujón, en un manotear salvaje de brazos, Biblia y una salpicadura de agua podrida, levantada por sus pies. La atención de Donovan estaba fija en el maniático religioso.

—Te lo advertí, Kroon —advirtió con cólera, y el arma detonó una vez. Y después Tiger Brooks le aferraba con todas sus fuerzas.

En un normal curso de acontecimientos el corpulento ingeniero podía haber hecho un nudo de Donovan, pero aquel no tenía nada de curso normal de acontecimientos. Donovan peleaba con la fuerza tradicional de la locura. Luchaba como un poseso. Parecía tener la fuerza de diez hombres y con un súbito y salvaje empujón envió hacia atrás al ingeniero, tambaleándose, como si le hubiese golpeado una apisonadora. Terry Land, que se había deslizado hacía delante a través del agua pantanosa, estaba muy cerca de los pies de Donovan y cogió los tobillos' del hidroponista, lanzándolo al suelo una fracción de

segundo antes de que la pistola volviera a detonar. La carga de energía pasó inofensiva por encima de la cabeza del ingeniero y de no haber sido por la rápida acción de Land, Brooks se habría convertido en carroña dentro de la jungla púrpura, o se habría unido a los fragmentos moribundos de Cecil Kroon… Así como estaba, se salvó de milagro. Y su cabello se vio partido en dos mitades de una manera que jamás se le hubiera ocurrido peinarse.

El hidroponista seguía asustado.

Burt Donovan estaba mirando el cuerpo de su víctima con una expresión que parecía indicar alguna especie de horrenda y sádica satisfacción. Su colapso mental fue tan completo como súbito.

La escena en el claro, semejaba para todo el mundo el final de una vieja película del Oeste. Un celuloide clásico… sólo que estos actores no iban a levantarse al final de la representación… por lo menos Cecil Kroon no lo haría. Estaba tan muerto como lo estaría el individuo que ha sido desintegrado por un disparo de energía a gran velocidad hecho desde muy cerca.

—¡Te lo advertí! —gritó Donovan de nuevo mientras giraba y se revolcaba en el barro. Alzó la pistola y le dio la vuelta hasta apuntar a Terry Land. Por más que Land se aferrase a los tobillos de Donovan no se encontraría a salvo de la explosión que iba a tener lugar precisamente en su pecho. Tiger Brooks intervino dentro de aquella fracción de segundo apropiada y lanzó una patada que alcanzó a Donovan en las costillas. Con un gemido de dolor el hidroponista quedó doblado dejando de apuntar al bioquímico.

—Sujétale las piernas —jadeó Brooks.

—Lo estoy intentando —rechinó Land, mientras el corpulento ingeniero se lanzaba encima del hidroponista. Otra detonación y después una congelada inmovilidad.

Despacio, muy despacio, Terry Land se puso en pie. Las otros dos permanecían inmóviles.

—¿Quién recibió el último disparo? —preguntó Cookson.

—Desde aquí parece como si hubiesen recibido los dos —respondió Boyd Fleming, arrodillándose. Alzó a Brooks… en un trabajo no demasiado fácil porque Tiger era muy pesado… y al hacerlo emitió un suspiro de alivio.

—Se recuperará pronto. Estaba atontado y recibió parte de la descarga, pero no es nada grave, gracias a Dios.

—¿Y Donovan?

—¡En las mismas condiciones que Kroon! Está muy, pero que muy muerto. Se volvió a coger la pistola mientras disparaba… recibió nueve décimas partes de la carga. Mientras que Tiger ha quedado sólo chamuscado… —Hizo una mueca expresiva—. Seis negritos, jugando con un panal —dijo—. ¿Fue una abeja la que picó a uno de ellos y quedaron cinco? El hombre es la última de las avispas, ¿verdad? La mortal picadura de un disparo de energía.

Cookson asintió.

—Puedes decirlo así, si prefieres —dijo—. Sweeney desaparecido, O'Callaghan, Garnett, Donovan, Kroon… cinco de nosotros quedamos… de diez.

—La mitad —comentó Terry Land.

—La mitad de una hogaza de pan es mejor que nada —intervino Stumpy Gallows—. Si me permitís utilizar un símil del vocabulario de los cocineros.

—Será mejor que lo miremos desde su lado más brillante si es que hay alguno —anunció Cookson—. Eres un tipo animoso, Stump.

—No cuesta nada, ¿verdad?, —contestó Gallows—. La vida ofrece carcajadas para unos cuantos de nosotros, ¿por qué no reírnos pues? Parece poético…

—Es una cita… deliberada o no… de uno de los poetas prehistóricos… un hombre que comprendió la naturaleza humana, un tipo brillante, Robert Service. ¿Conoces sus obras?

—Nunca fui muy aficionado a la poesía —comentó Stumpy.

—Creo que deberías oír este verso particular —intervino Fleming.

«Hay una raza de hombres que no pueden quedarse quietos,

una raza que no encaja.

Así destrozan los corazones de parientes y amigos,

y manejan el mundo a voluntad.

Si yo solo pudiese labrar mi surco, qué marca tan profunda haría.

Así ellos cortan y cambian y cada movimiento nuevo es sólo un fresco error.

Cada uno olvida que su juventud se ha agotado, y su tiempo dorado pasó.

La vida ha sido una broma para él y ahora llegó el tiempo de reír».

—La vida ciertamente ofreció sus risas a esos dos… y que fue una forma de reír cínica y divertida —dijo Fleming—. Supongo que los enterraremos de alguna manera, todo lo que pueda permitir este pantano púrpura —señaló a los dos patéticos montones de carne muerta.

No fue fácil cubrirlos con el agua púrpura y el lodo que había debajo…

—Ciertamente sabían escribir poemas en los siglos diecinueve y veinte —dijo Terry Land con reminiscencia—. Los versos en que pienso vienen del final de «el entierro de *sir* John Moore», fue un general británico que murió en La Coruña, España, por heridas de guerra…

—¿Cuáles eran los versos? —preguntó Fleming—. Me gusta la poesía…

«Labramos no una línea y levantamos y cultivamos no una piedra,

les dejamos a solas con su gloria…».

—O algo por el estilo. No hay aquí mucha gloria, pero es decir les dejaremos tranquilos.

—¿Tranquilos? ¿En este lugar? ¿En bacterias extrañas y diversos tipos de carnívoros de ese infierno púrpura? ¿Tranquilos con las arañas y gusanos pantanosos y las serpientes? Estarán solos, eso sí que es verdad. En cuestión de semanas tendrán el aspecto de esas cosas de aquí.

—¡Estas cosas somos nosotros! —dijo Phil Cookson volviendo de pronto a la realidad.

—Sí… supongo que si —replicó Boyd Fleming—. ¿Qué? ¿Puedo dar respuesta?

Donovan se volvió loco tratando de encontrarla.

—Es una situación extraña. Cruzamos un rasgado agujero del fuselaje y encontramos *cosas* en el aparato siniestrado. Donovan reconoció las cosas y se volvió loco tratando de hallar una respuesta. Yo intento descubrirla. ¿Sabéis cómo comienza a aparecer?

—Desearía por todos los cielos saberlo —contestó Tiger Brooks.

—Miradme —dijo Cookson, en una voz extraña y distante—. Me parece que el tiempo y el espacio han perdido su ritmo en una especie de torbellino del vacío. Tenemos la respuesta a la imposible pregunta…

—¿Y si no logramos responderla?

—¡Entonces pasaremos la eternidad en el lado equívoco de la nada! —contestó Cookcon desanimadamente.

XI – INTELIGENCIA EXTRAÑA

—¿Qué solía decir alguno de esos filósofos del siglo veinte que la historia tiene la desagradable costumbre de repetirse a sí misma? —preguntó Terry Land.

—¿Me lo preguntas a mí? —respondió Cookson—. La historia es una de las pocas cosas que no he profundizado. Así que no me es posible contestarte.

—Se lo preguntaba a cualquiera que esté en condiciones de escuchar y contestar —dijo el bioquímico con una sonrisa—. La pregunta no era realmente histórica, profesor, sino una de esas preguntas indeterminadas. De la clase tan enojosa que los niños hacen a papá, o al maestro en su primer grado escolar.

—Bueno… entonces no contestaré como historiador —replicó el profesor—. Yo diría que hay una posibilidad de que la historia se repita mientras tanto la vida humana marche en forma de ciclos y ondulaciones. Eso depende del grado exacto de la repetición. Depende del ahínco con que buscas tu paralelo, de lo atento que estás a tus paradojas. Hasta qué punto estás preparado para extender el largo brazo de la coincidencia. Hasta cuán lejos puedes estirar las leyes de la posibilidad. El único dogma filosófico que mantengo con seriedad es bastante cínico, formulado por los primeros filósofos… —Mientras caminaban chapoteando por la jungla escuchaban las palabras del profesor…

—Creo que lo conozco —dijo Stumpy Gallows—. La única lección que aprendemos de la historia, es la que jamás llegamos a saber.

—Particularmente cierto en caso de guerra y referente a las crisis económicas. De todas maneras, ¿a qué viene toda esa palabrería acerca de la filosofía de la historia y de las paradojas? ¿Cuál es el propósito?

—El propósito, como tú le llamas, es que la historia ahora parecía estarse repitiendo a sí misma… sólo que con una trágica diferencia. Nos alejamos de nuestro siniestrado navío… pero ahora somos únicamente cinco.

—Cuatro y medio —sonrió Stumpy, para añadir—, contándome yo.

—La última vez que abandonamos ese navío éramos diez. ¿Qué les ha ocurrido a aquellos hombres?… Ninguno ha muerto de una manera que pudiera ser realmente descrita como necesaria…

—Yo diría que la muerte fue siempre necesaria —dijo el viejo Gallows —. Nadie muere a menos que sea preciso.

—¿No crees en el suicidio?

—Oh, claro… pero no es la verdadera persona quien lo comete, sino alguna especie de desajuste psicopático que ella tiene —se dio una palmada en la nalga—. Creo que esa palabra merece unos azotes en el trasero.

—Eres muy interesante —dijo el profesor—. Por algún motivo personal estás decidido a darnos la impresión de un viejo perro del espacio inculto y tal. De hecho tienes más experiencia de viajes interplanetarios e interestelares que cualquier otro miembro de esta expedición.

—En los viejos tiempos —repuso Stumpy— solían enviar al espacio ratas y ratones, pero eso no quiere decir que una rata o ratón superviviente de aquellos vuelos sepa mucho del arte de navegar por el espacio.

—No eres ninguna de las dos cosas… Si quieres que encuentre un símil animalístico de tu carácter, diré que eres un bulldog… un bulldog muy inteligente, que por alguna razón elige esconderse tras la fachada de un simple cocinero. Por mi parte creo que ser cocinero es un trabajo muy importante. ¿Pero por qué lo haces, Stumpy?

Durante un segundo en los ojos del viejo brilló una extraña luz.

—Ese es mí secreto —dijo en voz baja. Luego la misteriosa y enigmática luz pareció desvanecerse casi tan rápidamente como había venido.

El navío quedaba atrás de ellos, un montón confuso de ruinas. Alrededor de ellos estaba la jungla, insalubre, desconocida, una trampa para los descuidados. Siguieron marchando, como lo hablan hecho durante tantos días y noches precedentes. Continuaron cruzando locas frondas púrpura, pasando masas de decadentes y podridas cosas, aplastando con sus pies cientos de objetos medio corroídos y parcialmente enterrados en el agua infecta. La luz púrpura variaba un poco de vez en cuando en su luminiscencia y en su cualidad, pero aquellos detalles eran de poca importancia para los cinco supervivientes del malogrado «Astral Castle». Habían estado en la jungla lo bastante como para sentir que formaban casi parte de ella. Parecía que la muerte putrefacta era la parodia de la vida que la jungla semejaba personificar y que se había apoderado de ellos, pero,

sin embargo, continuaron la marcha. Ni siquiera Cookson sabía por qué continuaban marchando. Era una especie de indomable instinto humano. Un impulso que no podía calibrarse. Habían visto lo imposible. Vieron su navío… los restos de su nave… una masa corroída de metal confuso que antaño fuera un viejo pero orgulloso navío espacial. Y habían visto algo peor. Vieron diez hombres muertos. Diez hombres bien muertos dentro… ¡No fue la visión de la muerte lo que les enervó, sino el conocer quiénes eran aquellos diez hombres!

La impresión había sido excesiva para Burt Donovan, y en su morir, en la destrucción de lo que antes fue un cerebro altamente inteligente, residió la respuesta a la obsesión religiosa de Cecil Kroon… De ese modo Kroon pereció en lo que él hubiera descrito como «el modo de toda la carne». Y el grupo todavía seguía delante… ¿Por qué?

—¿Por qué? —preguntó Terry Land de súbito. Las dos únicas sílabas rezumaban significado. Tiger Brooks le miró, esperaba que Land no estuviese desmoronándose… No podían permitirse el lujo de perder a nadie más del mismo modo que perdieron a Donovan.

—¿Qué pasa, Terry?

—Sé lo que quieres decir —intervino Cookson—. Te refieres a por qué seguimos adelante. Intentas preguntar ¿por qué… *vivir*?

—¿Por qué vivir? —repitió Brooks—. ¿Qué clase de pregunta es esa?

—Es la más remota cuestión filosófica formulada en el mínimo de palabras —contestó Cookson—. Mira, ¿cuál es el propósito básico de toda filosofía, excepto el enigma del «por qué vivir»?

Seguían caminando por la jungla púrpura.

—Sigo sin entenderte —dijo Tiger Brooks.

—¿Para qué estamos aquí? Pongámoslo de esa manera. ¿Para qué es todo? Mira, en un planeta civilizado, nos demos cuenta o no, tenemos alguna clase de poder impulsor, la ambición. Un hombre querrá ganar más dinero, poseer una vivienda mayor, quizá ser dueño de una isla. Ansiará ser el amo de dos o tres satélites, quizá sueñe con la concesión de los derechos mineros de un par o tres de sistemas extragalácticos. O puede poseer cualquier clase de ambición. Puede que ésta sea puramente mental, espiritual o psicológica. Quizá sólo desee tener mayores músculos y pasarse la vida en los gimnasios astrales, entrenándose y recibiendo radiaciones terapéuticas. Cualquiera que

sea su clase de ambición hay algo en ella que le impulsa. Cuando el hombre deja de luchar, ha muerto.

—Noestoy conforme del todo —dijo Terry Land—. ¿Qué hay de esos fulanos que se contentan con todo, profesor?

—En realidad no están satisfechos —repuso Cookson—. Tenemos el caso del capitán espacial retirado que desea dirigir una granja avícola. O cultivar plantas artísticas en un chalecito junto al mar. Bello pensamiento, ¿verdad? Muy satisfactorio, muy pacífico. Pero realmente él no se siente contento. Cada año trata de criar plantas más grandes y mejores. Ha bajado tanto sus miras que en realidad no le preocupa criar mejores y mayores plantas, sino que enfoca hacia eso su espíritu de lucha. Puede que le guste construir maquetas. Que siga metiendo barcos en botellas hasta que se les acaben tanto los frascos como los barquitos… pero cada vez, fíjate bien, lucha por conseguir la máxima perfección, mayores detalles. Tiene ambición, aunque sea tan pequeña que se necesite una especie de microscopio psicológico para localizarla, para definirla. Un hombre sin ambición es un ser que ha perdido el básico impulso vital. Tiene, en teoría psicológica de cualquier orden, una cesación de vivir. Está muerto prácticamente. En los anales de la literatura de horror se nos presenta con frecuencia al viejo tipo de espectro, el fantasma sin cuerpo… un espíritu. Pero hay una cosa infinitamente peor y que es el reverso exacto de la proposición original… el cuerpo sin espíritu. ¡Tú lo has visto! ¡Muertos caminando! Hombres sin impulso. Hombres sin ambición. Siguen viviendo y respirando y tienen reflejos cardíacos, pero están muertos. De manera que usted pregunta «¿Por qué?», ¿no es cierto, señor Land?

Terry asintió. Chap, chap, chap, hacían sus botas en el agua putrefacta. Drip, drip, drip, las gotas de las ramas sobre sus cabezas. Puff, hizo el inevitable cigarrillo empeñado en una batalla por la existencia contra la goteante humedad de aquella fétida jungla.

—Tenemos que continuar adelante porque necesitamos fijarnos alguna clase de meta y objetivo —dijo Cookson reflexivamente—. Si nos detenemos una vez, estaremos tan muertos como los troncos y la goteante y podrida vegetación que nos rodea.

—¿Pero cuál es nuestra meta? —insistió Terry Land.

—¡No lo sé… y desearía saberlo! Algo en derredor no tiene sentido. Mi mente es una masa de teorías imposibles y de desesperadas esperanzas. Y de la esperanza al miedo… confío en no seguir el mismo

camino que Donovan.

—Yo también lo espero. Si algo puede sacarnos de esto, es tu cerebro, profesor.

—¡Vuestra esperanza sería mejor si la quitarais de mí y la fraguarais dándole la forma de un cohete espacial! —dijo Cookson—. Porque como máquina pensante creo ser singularmente insatisfactorio por el momento. Ha de haber un molde general aquí, si es que estamos todos cuerdos —ordenó que hicieran alto—. Caballeros, quiero que me digáis una cosa con la mayor seriedad, ¿mi comportamiento en algún instante durante esta expedición os ha hecho creer que estoy o estaba en peligro de sufrir un colapso mental?

—No —contestó Terry Land—. Creo que eres el hombre más cuerdo de la expedición.

¿Estáis todos de acuerdo?

Hubo murmullos de asentimiento.

—Si te sirve de consuelo, yo diría que eres el último hombre que correría peligro de perder el juicio —dijo Tiger Brooks.

—¿Así que mis facultades siguen funcionando? Son pues los hechos los que están boca arriba.

—¿Qué quieres decir exactamente con que los hechos están boca arriba? Sé que hay mil y una cosas imposibles pero que han sucedido…

—Bueno, lo que quiero decir, para empezar… nos estrellamos sin razón aparente. Parece que hemos sido atrapados por una peculiar fuerza envolvente, una especie de cerco de nula hipergravedad, que no debiera existir. Algo más allá de lo físico. Quiero que recordéis eso, porque en apariencia es el común denominador. Sin embargo, aunque distiendo la naturaleza extrafísica, los acontecimiento a los que nos hemos visto sujetos no me inducen a creer en absoluto en lo sobrenatural. Creo que todo puede ser sopesado, comprobado y explicado. Con una fría mano calculadora, brazo y ojo, de ciencia… pero, por favor, tened presente ese primer punto que he establecido. Por medios aparentemente poco normales… o no físicos… debidos a alguna inexplicable manifestación psíquica, nuestro navío fue atraído al suelo. Luego nos encontramos en la jungla. Una jungla que no sigue ninguna norma o sistema de las otras junglas, es como caminar en círculo por un decorado cinematográfico. Milla tras milla de pantano

púrpura sin senderos. Poblada por los más obscenos ciudadanos de cualquier jungla que yo haya visto en alguna parte. Cosas con dientes y zarpas y escamas, cosas buidas, cosas de decadencia y podredumbre. Cosas que parecerían ser las contrapartidas tridimensionales de los horrendos pensamientos que acechan en las más hondas profundidades del subconsciente de mayor respetabilidad. Las *bestias del yo* vienen a la vida de una manera fantástica. Pasemos a una etapa más allá. Hallamos a un monstruo cerrándonos el paso, otra vez una cosa, que aún más que la jungla fallaba en seguir cualquier molde lógico. Un monstruo compendio, una cosa que parecía formada por todas las pesadillas que cualquiera de nosotros haya tenido jamás. Lo más horrendo y terrible… y tres hombres muertos, este es el punto más enigmático de todos. Yo trabajaba en una primera teoría, una teoría de que quizá todo esto es alguna clase de alucinación en masa, que estábamos siendo sujetos juntos y sin embargo de nuevo… —hizo una pausa, como buscando palabras—. Nunca vi que una alucinación matara a un hombre.

—Entiendo lo que quieres decir —dijo Tiger Brooks—. Todo el asunto podía haber sido una proyección de nuestras propias mentes sobreexcitadas.

—Una proyección causada por alguna clase de estímulo externo —dijo el profesor—. Hasta ahora, no creo que hayamos dado con vida inteligente en este planeta. Pienso que cuando la hallemos quizás encontremos la respuesta a muchos de nuestros problemas —se interrumpió bruscamente—. Hablando de ángeles… —susurró.

—Mejor será que digas, hablando del diablo —rezongó Tiger Brooks.

Allí, delante de ellos, en un pequeño claro seco, estaba sentada —o agazapada— una criatura. No podían decir con exactitud lo que estaba haciendo. Era difícil definir la postura exacta de una cosa que tenía una docena de tentáculos además de un esqueleto interno para soportar sus miembros. Era una cosa como el cuero, parecida a un gran pulpo ovalado, y sin embargo no cabía la menor duda, a pesar del vivaz color rojo del ser, tenía inteligencia, porque los miraba con dos ojos de fuego verde haciéndoles señas de que se acercaran con un largo tentáculo rojo.

Caballeros —dijo el profesor Cookson con voz de forzada calma—. ¡Creo que nuestra pregunta halló respuesta! Me parece que otras muchas hallarán contestación también dentro de poco. Estamos a punto de establecer contacto con la inteligencia natural de Sakalam 4.

XII – CONTACTO

El cuadro en el extraño claro llano y seco de la jungla púrpura era impresionante. Se miraban unos a otros, inmovilizados como en una pintura. Las palabras de un poema comenzaron a correr a través del cerebro de Terry Land. «El antiguo marinero», de seiscientos años de antigüedad. Las palabras venían como procedentes de un sueño de opio.

«Día tras día, sin vida, sin aliento ni movimiento,

tan holgazán como un navío pintado en un océano pintado».

Habían otras palabras en aquel poema, recordó, palabras que parecían describir la jungla que estaba encerrándoles en su alrededor. Palabras que pulsaban por su cerebro, como vetas de plomo liquido viviente. Caliente y al mismo tiempo pesado.

«¡Las mismas profundidades enraizaron… oh Dios. Eso debería ser siempre!

Y cosas esbeltas caminaron con patas por el esbelto mar…».

Con certeza aquello convenía a la jungla púrpura, era una cosa mugrienta y decadente. Eran criaturas ignominiosas que caminaban sobre miembros fantasmales y pseudopies sobre una superficie loca, traicionera y turbulenta.

Permanecían plantados con pétrea inmovilidad, separados por una atmósfera eléctrica. Luego los seres extraños les hicieron un nuevo gesto. Ese gesto ondulante de los tentáculos rojos, de un rojo vivo. ¡Los seudópodos! Como conejos o pájaros hipnotizados por una serpiente, se acercaron más y más a la criatura.

Phil Cookson retenía el aliento. Boyd Fleming había desarrollado un extraño tic nervioso en los párpados. Tiger Brooks crispaba y abría sus grandes puños. Terry Land se frotaba los dedos juntos, como si quisiera liberarlos de alguna invisible mancha. Stumpy Gallows cojeaba despacio y una extraña luz relucía en los ojos del veterano cocinero… La misma luz enigmática que destelló cuando Cookson le dirigió aquella cuestión primordial y penetrante.

Estaban a un metro del ser, cuando dejó de hacer gestos y se incorporó hasta alcanzar su plena altura. Bailaba sobre las puntas de sus seudópodos y tentáculos, mirando cada uno por turno con sus verdes ojos, su carne de pellejo vibrando y ondulándose con los diversos

procesos orgánicos que se producían en su interior. Había algo bastante nauseabundo en aquella criatura prácticamente sin esqueleto, esa extraña cosa invertebrada, que parecía formar parte de un planeta extraño. No es porque tuviese caracteres físicos en común con cualquier otra cosa que hubiesen visto… bien lejos de ello. Sin embargo el común denominador vital estaba allí, en este mundo loco, lunático, sin rostro. El denominador común de la inexplicabilidad…

El denominador común de lo desconocido. Ese era el hilo que enfilaba toda esta pesadilla lanuda de horror que encontraron desde que aterrizó su navío.

La criatura era loca, maligna, espectralmente desagradable. Un aura del mal. Incluso los Soles de Sakalam 4 parecían perder su habilidad para generar calor y luz. Su radiación parecía escalofriante. La jungla era como una selva congelada, sintió Cookson, que estaba mirando las frondas púrpura a través de un grueso hilo transparente.

Boyd Fleming continuó mesándose su poblada barba, perdidos los pensamientos, a lo largo de desvíos psíquicos y místicos.

Tiger Brooks buscó un cigarrillo Se miraron unos a otros y luego miraron al ser, cada cual esperando que el compañero efectuase movimiento. Aguardando que cualquiera hablara.

—¿Qué va a decir a esta cosa? —preguntó Stumpy por último, rompiendo el silencio. Su voz sonaba forzada.

—«¿El doctor Livingstone, verdad?». Creo que esa es la frase —dijo Tiger Brooks—. ¡Pero a mi no me parece el doctor Livingtone!

Cookson, como jefe del grupo, extendió una mano en lo que esperaba fuese simbolismoamistoso hacia la criatura.

—¿Entiendes nuestro idioma? —preguntó muy despacio y pronunciando bien. Y de pronto una brillante imagen mental estalló en su mente, casi con fuerza aniquiladora. Encontró difícil analizarla. Pero era algo simplemente afirmativo. No era idioma. Era algo que cortocircuitaba el habla, algo que cruzaba recto y se aplicaba directamente al pensamiento, a la lógica y a la consciencia.

Cookson era uno de los nuevos filósofos que creían, adecuada o equivocadamente, que el pensamiento podía existir independiente del idioma y muchos y largos fueron los diálogos metafísicos en que se vio envuelto sobre este respecto en particular. Era una de las suposiciones no provocadas de la filosofía. Cookson la explicaba, al menos a su

satisfacción, utilizando una de sus analogías. El idioma era un medio por el que el pensamiento viajaba y se comunicaba de un ser a otro. No constituía el mismísimo ladrillo con el que se edificaba el pensamiento. La Casa del Pensamiento constituida por algo mucho más importante. Cookson era también uno de los muchos filósofos del siglo XXV que se veían en la tesitura de dos teorías de fenómenos conocidos como la conciencia en sí. Nunca pudo decidir si era o no… como la ortodoxa neurocirugía trataba de indicar meramente, un fenómeno asociado que se demostraba con la presencia del cerebro físico, o si en caso contrario la mente podía existir de manera independiente. Pero ahora tenía la respuesta. Esa incandescencia relampagueante de su cerebro había parecido del todo independiente de las palabras. Fue un pensamiento simplemente confirmativo. De modo que la criatura aquella podía comprender su idioma. Sin embargo, se daba cuenta de que el ser parecía considerar el idioma como innecesario. Como si fuese alguna clase de cosa primitiva. El idioma para este Sakalaniano era un anacronismo. Era, por su propia naturaleza, anacrónico; porque el rojo autópodo con relucientes ojos verdes, tentáculos y pseudópodos, era algo que no tenía necesidad de hablar.

Había desarrollado la habilidad de transferir el pensamiento directamente y con una directividad casi violenta. Un absolutismo que era precisamente cerebro, destrozando a una mente que había sido educada en el viejo concepto del idioma. Palabras… idiomas… eran un parapeto con que el puro mecanismo del pensamiento interno se protegía. Un escudo que protegía las fuentes tiernas mentales del cerebro del súbito daño de una superexposición y que impedía que dos cerebros se acercaran demasiado. Porque no hay dos mentes, no importa cuán similar fuese su educación, su medio ambiente, su evolución, que comprendan una palabra exactamente con el mismo tono de significado. Nunca dos cerebros pensaron exactamente igual… por lo menos, si lo hacían, nunca utilizaban sus palabras exactamente del mismo modo, y así jamás conseguían unirse por completo. Este ser Sakalaniano, con su proceso volvía todo a cosa del pasado. Las palabras ya no podían ser confusas, las palabras ya no podían constituir un refugio, las palabras ya no eran necesarias. El simple pensamiento Sakalaniano, al emitirlo aquel ser, estallaba directamente en la mente de quien permanecía en su sendero. Pensó Cookson que de haber querido la criatura, pudo haber enviado una explosión de energía mental que hubiera sido fatal en su intensidad. Tal y como estaban las cosas, el pensamiento dio un golpe en su cerebro que le hizo tambalearse como si le hubieran dado un golpe en el cuerpo con un martillo pilón. Fue la súbita revelación, el súbito conocimiento,

que la barrera de palabras, que su persona, que todo el complicado mecanismo psicológico que un hombre inteligente y civilizado construye para parapetarse y defender su personalidad interior durante el transcurso de muchos años, ya era algo inútil, que no podía emplearse. Cookson estaba tan desnudo y desamparado como un niño recién nacido, mentalmente… ¡Y Cookson era el gigante mental del grupo terrestre! Sintió asco espiritual… unas nauseas que le ocuparon el cuerpo, la mente y el alma, que le hicieron sentirse pesado… ¡y todo producido por la simple afirmación del ser extraño, a su pregunta!

El octopoide escarlata quedó plantado, o agazapado, arrodillado, cualquier cosa que estuviese haciendo, y les miró en silencio con tristes ojos verdes. No sólo silencio físico, sino mental. Evidentemente se daba perfecta cuenta del efecto dinámico que su telepatía tuvo sobre el profesor Cookson y decidió, por razones propias, que a duras penas podrían considerarse como piedad, por ser la criatura de menos aspecto caritativo que pudieran haber visto jamás, decidiendo que les evitaría un castigo desagradable hasta que hubieran recuperado su valor hecho añicos.

—Por Dios, esa cosa tiene un enorme poder mental —carraspeó Cookson por último, cuando finalmente ordenó sus pensamientos. Tiger Brooks era como un hombre soñando.

—Merece las técnicas del lavado que uno leía. Es como recibir una inyección de mezcalina. Parece hacer que nuestro cerebro dé una voltereta completa.

—Varias volteretas completas —corrigió Cookson con un respingo—. El mío sigue tambaleándose, me parece. ¿Y tú, Terry?

—No estoy muy mal —contestó Land—. Pero tampoco estoy muy bien.

—¿Stumpy? —Al pronunciar el nombre había acento interrogativo. El viejo Gallows le miró.

—¡Singularmente tranquilo, es un placer decírtelo! ¡Probablemente porque soy medio hombre!

—¡Ya estamos otra vez! —comentó Cookson—. ¿Verdad que nunca bajas la guardia, Stump? ¿Qué estás ocultando? ¿Por qué esa insistencia constante de que eres lo más bajo de lo más bajo? ¿Por qué en todo este tiempo empleas esa autodegradación? ¡Eres un hombre de carácter y finges ser casi una basura! ¿Por qué?

—Es mi secreto —repuso Gallows—, y creo que morirá conmigo.

Cookson se encogió de hombros. Tenía otros problemas en la cabeza además de aquel psicoanálisis de Stumpy Gallows. Precisamente en aquel momento; de todas las maneras aunque el enigma del viejo cojo seguía fuerte en su mente, tenía que atender otra cuestión. Estaban mirando con fijeza al ser y esperado su próximo movimiento. Al principio cuando éste se produjo, no se dieron cuenta. Fue algo gradual, suave. La cosa con toda evidencia no trataba de repetir la sorpresa que causó en el primer encuentro por sus poderes telepáticos. Cookson conocía demasiado bien que no era por ningún motivo compasivo. La criatura les creía vivos y tan cuerdos como pudieran estar después de lo que había pasado. ¡Eso resultaba evidente! La presión telepática se enfocaba ahora mucho más despacio. Les mostraba imágenes de una ciudad gigantesca de complejidad fantástica… les invitaba a dirigirse a ella. Los pensamientos de invitación, la sensación de invitación. El sentimiento de que el ser extraño deseaba que le siguieran. Todas estas cosas se produjeron independientemente de cualquier palabra. Ellos simplemente *supieron* lo que el ser extraño quería que fuesen. Permanecieron inmóviles. El ser empezó a alejarse. Ellos siguieron inmóviles. ¡La sensación de invitación se convirtió en un sentimiento impulsivo! No la compulsión del hipnotizado, pero sí algo casi tan fuerte. Se dieron cuenta de que era su deber seguir al ser extraño. Notaron que presiones más altas mentales les hacían marchar junto a la criatura. Los ojos verdes del octópodo rojo destellaron hacia ellos, a través del follaje púrpura de la jungla extraña.

—Supongo que será mejor ir —dijo Cookson.

—Me parece que no tenemos otro remedio —comentó Terry Land—. ¿Qué piensas, Tiger?

El aludido contestó:

—¡Tenemos tanto motivo de elección como el legendario y llorado Hobson! ¡Quien… si conocéis literatura… no podía elegir en absoluto!

—Está bien. ¡Allá vamos! —Una vez más se movieron a través de la jungla… pero en esta ocasión siguiendo a la criatura. Fue por un sendero que daba paso a un camino. Un camino que desembocaba en una enorme carretera de seis pistas. Una cosa gigante de algo reluciente, metálico en su construcción, que conducía hacia arriba en un ángulo en apariencia sin sujeción alguna.

—Un milagro de ingeniería. ¡Mirad, es como una hoja de acero, subiendo aparentemente hasta el espacio!

Junto a la hoja metálica cabeceaba un coche que parecía la pesadilla de un escritor de ciencia ficción. Era plano, en forma ovoidea, con tapizado lujoso y una serie de botones en el tablero de mandos.

El Sakalaniano les invitó a subir a bordo. Notando una leve trepidación, penetraron en el coche extraño y notaron una leve y vertiginosa sensación de movimiento giratorio mientras partía subiendo la rampa metálica inclinada. Fue un viaje valiente, fantasmal, extraordinario. Un viaje que parecía tener poca relación con la realidad, como las otras cosas que habían ocurrido en aquel planeta sin rostro, de pesadilla. Aquel rincón de la galaxia olvidado de Dios… que tenía el nombre de Sakalam 4, con sus soles gemelos y sus planeta era en cierto modo simbólico de cuanto carecía de rostro. Todo allí era despreciable. Todo antihumano. La única cosa que tenía algún gusto de realidad era el singular octópodo rojo. Él, se daba cuenta, era real. Parecía tener algo indefinible, diferente. Poco a poco el cerebro ágil de Cookson comenzó a sumar dos y dos y por fin algo de los hechos in coherentes y extrañados empezaron a ocupar su sitio como las piezas de un rompecabezas. Igual que las luces de colores de una máquina tragaperras de los cafés, al ser golpeados los resortes por la bola metálica. Por último se consiguió un tanteo. Las cosas finales comenzaron a iluminarse, para determinar el aspecto final que, aunque no fuese otra cosa, alcanzaba una existencia comprensible.

Él todavía tenía mucho que aprender, aún había muchísimas cosas de difícil comprensión. Quedaban todavía abundantes brechas. No obstante allí faltaba que golpear muchas luces de colores, pero el sistema general aparecía ante sus ojos. Notó que por último tenía una pista, una pista que valiese la pena, y estaba en la realidad de aquel nativo aterrorizado, telepático, si podía llamar al rojo octópodo, con tentáculos y pseudópodos, ser nativo. Supuso que perteneciese a Sakalam 4 como podía pertenecer a otra parte. Y mientras pensaba en la pista, comenzó a recordar y los recuerdos fueron una especie de oleada que barrió su cerebro. Se acordó de uno de los grandes maestros de la ciencia ficción del siglo XX, un genio llamado Bradbury. Un genio que había escrito una serie de inimitables gemas literarias llamadas las «Crónicas Marcianas». Entre ellas había una historia de una expedición que había llegado a Marte, sólo para descubrir que todo en la superficie del planeta era casi igual a lo que había habido en la Tierra. Se veían casas antiguas, con bóveda y pianolas dentro de ellas. Y sobre las pianolas había papeles de música. Canciones como «Hermoso Ohio» y su paralelismo desafiaban la

credulidad. Para asumir un desarrollo paralelo hubiese significado que debían tener un arquitecto marciano que diseñara las bóvedas, como en la Tierra; tenía que existir un Ohio marciano. Era preciso que hubiese un músico marciano inspirado, y un letrista también marciano, y los rostros de los marcianos que saludaron al navío eran caras como de muertos… el conjunto comenzó a tomar forma en la mente de Cookson. Vio el paralelo. Se preguntó cómo era que, en caminos extraños, aquellos autores clásicos de la ciencia ficción del siglo XX habían lanzado su profecía a través de centenares de años. ¿Cómo pudo Bradbury, hace 500 años haber previsto una situación similar a la que creaba en su «Crónica Marciana»?

¿Cómo pudo prever que Cookson, Boyd, Fleming, Tiger Brooks, Terry Land y Stumpy Gallows se encontrarían en Sakalam 4, en el lejano extremo de la galaxia, en un planeta de locura completa, un planeta sin rostro, un planeta sin mente, un planeta irracional, un planeta ilógico…?

Claro, era sólo un relato y sin embargo, como en las obras de Leonardo da Vinci, se habían adelantado siglos a su tiempo, al igual que las obras de tantos de los grandes de la ciencia ficción. Esto era quizá un ejemplo sobresaliente. Recordaba el desarrollo, el final, la salida del relato, que todo había sido una treta marciana para hacer que los hombres terrestres perdieran su vigilancia. Todo fue cosa mental… que los marcianos no eran en absoluto nada así. Que los marcianos eran actualmente, crueles, fríos, calculadores, que su fachada terrestre, su malvada tierra idílica, casi como la hubieron descrito los espiritualistas, era una treta. Una treta ingeniosa, diabólica, que dejó sin guardia ya al capitán y a la tripulación hasta que fue demasiado tarde. Y ahora, ¿todo esta imaginaria mental…?

Cookson pensó en todo ello desde el mismísimo principio. Las extrañas circunstancias de la catástrofe. La propia jungla púrpura. La aparición del monstruo.

Las muertes de Rory O'Callaghan, Sweeney y Les Garnett. Pensó en Burt Donovan y Cecil Kroon y las cosas que habían ocurrido allí.

Pensóen Brooks y Donovan, durante su exploración del extrañomuseo subterráneo que no tenía derecho a existir.

Nada tenía ningún derecho a existir, y menos aún toda esta jungla púrpura. Ciertamente tampoco la tenía esta fantástica en apariencia obra maestra de la ingeniería. No, se sentía seguro de que la única realidad existente en algún lugar del planeta era el ser octópodo. ¡Y

otros de su clase!

El rojo octópodo extraño era distinto. Había una cualidad vagamente irreal en todo lo que les rodeaba, incluyendo la jungla púrpura. Incluyendoal monstruo, al museo y al coche en sí.

Era como si estuviesen viendo algo que esperaban ver. Y luego las cosas se colocaran en su sitio rápidamente dentro del cerebro de Cookson. Todavía no había visto nada que un aventajado escritor de ciencia ficción no pudiese idear. Había leído mucha literatura de esa clase cuando chaval y estaba familiarizado con ella. Como un experimentado explorador del espacio y consejerocientífico, había leído casi todo lo que se refiriese a un planeta extraño, casi todo lo que hablara de una cultura extraña, y lo estudió con ahínco. Su mente estaba canalada para esperar las cosas extrañas y desusadas. Había monstruosfantásticosen gran número de planetas. Cosas de horrible tamaño. Criaturas de tendencia mortífera, criaturas que parecían gigantes por encima de la insignificancia del hombre normal, y sin embargo todas aquellascriaturas seguían su propio sistema biológicoextraño.

El monstruode tal planeta, de este planeta, no seguía molde biológico alguno… la jungla púrpura del planeta no seguía molde hortícola ni vegetal. No había nada botánico en la jungla.

Era una jungla de pesadilla. Era un monstruo de pesadilla. El propio museo parecía formar parte de un sueño. Este rojo ser extraño Con ojos destellantes y verdes… lo más extraño de todo en muchos caminos… era sin embargo la única realidad.

Cookson sabía que estaba en el buen camino. Y aún el coche seguía subiendo… o parecía subir… mientras que el ser estaba sentado, agazapado en cuclillas o reclinado, como quiera describirse a su peculiar actitud, contra el panel de control, apretando un botón aquí, tocando una palanca allá, vigilandoun manómetro en su izquierda, poniendo en funcionamiento el conmutador de la derecha y el coche siguiendo a granvelocidad, subiendo por la gigantesca carretera metálica que parecía colgada del espacio.

¿Pero Cuánto en ella era real? ¿Cuánto era realidad y cuánto era nada?

Seguramente que todo el planeta no podía ser obra de la imaginación. ¿La catástrofe? ¿Fue real?

¿Y si no?

Se interrumpió de nuevo. Una suposición aterradora. ¿Qué pasaba si él no estaba realmente con sus compañeros… qué ocurriría si todos habían sido separados? ¿Qué pasaría sí el peculiar mundo de pesadilla a través del que viajaba fuese enteramente su experiencia? ¿Qué ocurriría si sólo fuese imaginación suya la presencia de Sus compañeros? ¿Y qué, si cada uno de ellos estaba, a su vez, encarcelado en algún mundo de pesadilla de su *propiedad*?

La idea necesitaba ser investigada y requería el valor mental de un gigante intelectual para investigarla. Cookson se encogió de hombros metafóricamente, se puso firme y se preparó para el ataque académico. Necesitaba tener una respuesta. Él tenía que contestar a la pregunta imposible, o en compañía de sus amigos tendría que pasar el resto de la eternidad en el lado equivoco de la nada… Siguió pensando en la cosa entera desde el principio. El navío había bajado funcionando tres tubos, dos funcionando, un dardo de plata había desaparecido dentro de una jungla púrpura, extraña, fétida. Fue un valiente navío y diez estupendos hombres… todos perdidos. La jungla desde el exterior había sido tan poco familiar como las islas pantanosas Sirianas. ¡Tenían que aprender nuevos datos para la supervivencia y aprenderlos deprisa, o morir! ¿Qué hay del capitán O'Callaghan? Había sido un buen capitán. Un capitán que creía en la lucha. Encontró que se enfrentó en la vida valerosamente, siguiendo su filosofía, luego tropezó con algo con lo que no podía luchar, pero que sin embargo lo intentó.

Sweeney, claro, era cobarde. Cookson no sentía pena ninguna por Sweeney. Sweeney corrió. Sweeney huyó como el infierno, pero había cosas en aquel mundo fantasmal de pesadilla que podían correr más aprisa. Mucho más aprisa.

Había sido aquel un tiempo larguísimo y de agonía antes de encontrar el derrelicto. Pero lo hallaron.

Al principio no lo reconocieron, porque estaba muy destruido. Creyeron que era otro navío terrestre que cayera en aquel mundo extraño, quizás.

Entraron con la confianza de salvar algo. Puede que una radio, quizás un televisor.

Atravesaron el rasgado agujero del fuselaje, un fuselaje que a cada segundo se les hacía más familiar. La mente de Cookson siguió

corriendo y repasando el acontecimiento.

Se encontraron cosas indescriptibles entre los restos. Cosas que una vez habían sido humanas. Cosas que antaño fueron *ellos*. ¡No es de extrañar que se hubiesen reconocido! Donovan se volvió loco tratando de dar una respuesta.

Y en su locura se mató a sí mismo y a Cecil Kroon. De nuevo Cookson se encontró tratando de solucionarlo. Cuanto más pensaba, más le parecía como si el espacio y el tiempo en sí, se hubieran trastocado.

Por lo menos esta otra teoría mental era la verdadera. ¿Se habían trastocado espacio y tiempo? ¿Se encontraban en un torbellino del vacío? Se daba cuenta de que todo dependía de su capacidad de responder la *pregunta imposible*.

Fracasar en la respuesta significaría que él y los otros cuatro supervivientes tendrían que pasarse el resto de la eternidad en el lado equivoco de la Nada.

Delante de ellos asomaba ingente la ciudad extraña y de pronto notó la hurgante presión mental de la criatura extraña, de la cosa roja octópoda y ovalada, entrando en contacto con su cerebro. Se dio cuenta de que el coche disminuía la marcha, de que se detenía, y que había una civilización extraña… ¿No era esto, también, sólo una ilusión de la mente?

XIII – LA CIUDAD PROHIBIDA

Mientras el vehículo extrahumano continuaba subiendo veloz por la rampa metálica, Cookson se daba cuenta que la silueta difusa de la ciudad se hacia a cada momento más discernible en la lejanía. Era aquello tan extraño y tan absolutamente diferente de la jungla púrpura como concebiblemente pudiese ser. Era el contraste más imposible con que hubiesen podido tropezarse. ¡Resultaba una obra maestra de la técnica! Algo bello, de perfecta arquitectura, sí… pero una cosa que al mismo tiempo parecía tener un aire diabólico… algo extrañamente frío e inhumano; quizás porque su perfección era demasiado grande… Quizás, porque en la lucha por conseguir el ideal que albergaban las mentes de sus constructores, no se había pensado en absoluto en quienes vivirían en aquella ciudad. Era como si algo extraño, y frío, y duro les hubiera impulsado. Como si su único interés fuese la perfección inanimada, muerta. Como si los edificios aquí estuviesen alineados y catalogados más altos que los hombres. ¿Hombres? Se corrigió a sí mismo, mientras sus ojos pasaban de las distantes cúpulas al gran octópodo de su lado. La cosa, cuya mente hurgaba en la suya una vez más, le transmitió un pensamiento. Esta es nuestra ciudad. Se llama Algar. ¡Algar, la gran ciudad de nuestra raza! ¡Hay infinidad de ciudades como esta esparcidas por toda la galaxia! Los pensamientos le bombardeaban con la fuerza de obuses radiactivos. A Cookson le costaba trabajo cortarlos para pensar contra ellos. Sabía que tenía que pensar, porque algo no hacía sonar la campana de alarma. Algo evidentemente estaba vacío. Algo… en alguna parte… los seres extraños habían cometido un error fatal, pero estaba tan confuso que no podía pensar lo que era. Entonces lo supo. La ciudad era grande… pero lo mismo era el ser extraño.

«Millones» era una bonita palabra muy fuerte. No podrían haber más de dos o tres millones en una ciudad de aquel tamaño. El octópodo había hablado de ella como si contuviera el universo. Universo… galaxia… ¡ahí estaba el resbalón! Cookson fraseó otra pregunta a su manera como respuesta.

—¿Tenéis muchas ciudades por esta galaxia? ¿En este sector?

Trató de hacer la pregunta con tono inocente, ennegreciendo deliberadamente su mente para que no traicionase sus más internos pensamientos y sentimientos. Cookson tenía un magnifico cerebro, casi capaz de competir con el del extrahumano. Esperaba ser capaz de salir victorioso en esta ocasión.

—Millones —volvieron los pensamientos—. Nuestras ciudades se

alzan en cada planeta civilizado.

Embustero —pensó Cookson, en el rincón más íntimo y profundo de su mente, donde el octópodo no pudiese sondear o penetrar y eso le dio la pista final y definitiva que buscaba. Le dio el arma que precisaba para usarla contra el ser extraño cuando llegase el ajuste final de cuentas. Se sentía contento de poderse arrellanar con su propio parapeto mental en su sitio, con su barrera intelectual interponiéndose entre el rojo octópodo y su pensamiento. Satisfecho de estar sentado y poder completar la formulación de sus propias ideas. Se dio cuenta que sus puntos de vista en el pasado habían sido muy ortodoxos. Demasiado ortodoxos. Había estado entre el gran grupo de modernos científicos que creían que la mente y el cerebro eran la misma cosa. Frunció el ceño ante la noción de que la mente fuese algo por sí sola. Algo que tuviera colocación en el espacio y el tiempo. Había estado convencido de que la mente es el cerebro en acción. La palabra «mente» en sí, de hecho había sido descartada del uso moderno, para ser sustituida por frases como «actividad mental» o «procesos mentales». Había estado convencido de que la mente como entidad en sí era algo especifico… no tenía existencia. Era una ficción pero no obstante una ficción conveniente desde los puntos de vista del lenguaje y de la discusión. Pero era una cosa a la que nunca miró Cookson como poseedora de ningún significado. Para él había sido cerebro… con las actividades mentales… ese misterio sólo un misterio en relación con las actividades del conocimiento porque el mecanismo del propio cerebro se veía sacudido por un extraño fenómeno… ¿consciencia? El cerebro, se había dicho a sí mismo, no era ni más ni menos que una intrincada pieza de maquinaria y actuaba y reaccionaba como cualquier otra máquina. Pero aquí venía la sutil diferencia, en el caso del cerebro, las acciones y reacciones se combinaban con algo más. Este «algo más» era un fenómeno de la mente. Este «algo más» era un conocimiento, una sapiencia de dolor, esfuerzo, excitación, de placer. Conocimiento del hambre, de la sed, del cansancio, de la viveza y de otras sensaciones —oído, tacto, gusto, olfato— los cinco sentidos famosos. Sentidos que eran «experimentados» —no había otra palabra para expresarlos cuando ciertos objetos enviaban lo que los científicos llamaban estímulos del mundo exterior. Esas sensaciones venían a nosotros cuando los estímulos del exterior eran transmitidos al cerebro humano.

Siempre le había parecido que el mecanismo del cerebro era distinto a una máquina en un aspecto sólo, ¡y ese aspecto era la facultad de conocer, por lo menos en parte, lo que estaba ocurriendo!

Se rió del enigma, la paradoja, en el que se había visto forzado,

porque, pensó, *¿cómo podía jamás haber esperado el pensamiento consciente poder explicarse a si mismo lo que él mismo era?* Se daba cuenta de que el ser extrahumano batallaba contra su barrera mental protectora. Su actividad mental tenía lugar a un nivel de su mente que a propósito dejaba por debajo de la capacidad de hurgar del octopoide.

Era como si alguien mentalmente estuviera llamando a una puerta intelectual. Y si el ser extrahumano descubría que no había quien respondiera, rápidamente entraría en sospechas de la existencia de la «puerta». Cookson pensó que la palabra era demasiado ambiciosa. Sabía que tenía una buena probabilidad de enfrentarse al octopoide en su propio terreno, pero no era lo bastante fuerte como para oponerse a su mente con capacidad intelectual contra capacidad intelectual. Mentalmente no podía enfrentarse a la «cosa» mano a mano. En una batalla cerebral el ser extrahumano poseería una artillería más pesada. Lo que podía hacer era esconder el hecho de que estaba pensando en algo profundo diferente e importante. Dejó que se le cayera el camuflaje empezó a pensar frenéticamente concentrándose en la gran ciudad que asomaba delante.

—Piensas en nuestra ciudad —la afirmación del extrahumano le llegó a la mente.

Todavía no había en el tono rastro alguno de recelo.

Subestimación, pensó Cookson, el error fatal de la estrategia de muchos generales. De muchos competidores en muchísimas esferas de existencia. ¡El octopoide había hecho lo mismo, con toda su inteligencia!

—¿Quién construyó la ciudad? —preguntó Cookson.

—El más grande y maravilloso arquitecto de toda nuestra civilización —respondió el ser extrahumano con orgullo y Cookson de nuevo volvió a recapitular sus pensamientos. El ser sakalaniano no carecía de amor propio racial. Porque si esta ciudad era lo que Cookson presumía que debía ser, entonces pura y simplemente seria una parte de la imaginación del óctopoide. Una proyección sobre una pantalla en la que ellos de algún modo se veían incursos… De nuevo Cookson se relajó, mientras el ser extrahumano se concentraba en el movimiento del vehículo. Cookson se relajó y pensó como apenas nada mas que un mecanismo biológico. Un «sensitisor». Una especie de supercargador o amplificador que ayudaba al mecanismo del cerebro a moverse más suavemente y a funcionar con mayor eficiencia. El punto de vista

científico que había adoptado era el prevaleciente durante trescientos o cuatrocientos años. Era una consideración de que el efecto de la consciencia en sí no constituía un epi-fenómeno pasivo, tenía que servir a alguna función biológica. Ese había sido el trasfondo cultural de Cookson al abordar el problema de la consciencia. Ahora estaba buceando en aquellas profundidades mayores de la mente, subconsciente e inconsciencia, porque ello estaba aquí, notó, y en el reino de la psicopatología y de la desviación psiquiátrica, donde hallaría la respuesta al problema latente. Bien poco más se conocía del subconsciente, pensó Cookson, muy poco. Las fuerzas del razonamiento de algunas personas en la del pensamiento consciente. ¡Aquí había pues un punto de vital importancia! Sabía que en el ensueño medio, tales poderes de razonamiento faltaban normalmente, pero habían varios casos registrados en los que los ensoñadores se habían beneficiado muchísimo de su actividad mental subconsciente producido durante el sueño fisiológico. Robert Luis Stevenson, el gran autor prehistórico, afirmaba que sus sueños le proporcionaban algunos de los mejores argumentos para su escritos; y Coleridge, que escribió Kublen Khan, extrajo su obra del recuerdo de una pesadilla producida por el opio nacido en las profundidades de su subconsciente. El subconsciente lo había elaborado, trabajó en él. Lo fraguó todo sin que el escritor se diese cuenta, y de pronto se vio con el argumento allí. Había otro ejemplo más brusco en el campo cotidiano de las matemáticas. En cierto profesor Lamberton de la Universidad de Pennsylvania, que vivió en el siglo XX y halló la solución a un problema matemático cuando abrió los ojos una mañana y vio el contorno alucinatorio de una cifra diagramática… una cifra que le daba la solución aritmética.

Era obvio para Cookson que la mente subconsciente del profesor había estado trabajando en el problema mientras su consciencia dormía.

Trató de pensar en términos científicos. Considerando la mente en diversos niveles. Pensando también en instrumentos como el antigua tipo de magnetofón a cinta, en donde era posible pasar de una pista a otra manipulando un sencillo conmutador, para reproducir media docena de grabaciones en cualquier orden de pistas, o para reproducirlas todas simultáneamente, si era necesario. Luego meditó en aquellos extraños ejemplos que respaldaban y ayudaban a su teoría. El antiguo término psicológico «disociación… disociación de la personalidad». Pensó inmediatamente en los días bíblicos y medievales, cuando los hombres que mostraban más de una personalidad característica en ocasiones se decía que estaban poseídos por el diablo o por el espíritu del mal. El hecho de que el sonambulismo, o caminar durmiendo, era también prueba de que

algunas veces una o más personalidades vivían en la misma mente. Hay otros estados, conocidos por la psicología como «fugas», y ahora pensaba en ellos. A menudo entrañaban un olvido completo de la identidad y el pasado del paciente. El enfermo, incapaz de recordar su nombre, dirección, ocupación o cualquier otra cosa, tenía el intelecto normal en otras cosas. Ocasionalmente se convertía en superior al que él empleaba normalmente, habían sido capaces de llegar a estados de sugestibilidad mucho más allá de aquellos alcanzables en los casos de histeria ordinaria. Muchos sujetos histéricos —y habían habido en abundancia a través de los tiempos— pensó, alegaron haber tenido visiones de santos y de otros seres. San Pablo y Santa Juana de Arco cambiaron el curso de la historia gracias a sus experiencias de alucinaciones visuales o auditivas. Sabía que en su mayor sentido las alucinaciones entrañaban disociación. El temible «baile de san Vito» no es mas que un caso de disociación nerviosa. Comenzó a llegar al fondo de la cuestión de la personalidad disociada y reuniendo rápidamente los hechos en su mente, vio que en ocasiones grupos muy grandes de ideas suprimidas y emociones se convertían en algo bien integrado y mezclado con otra cosa, constituyendo algo que potencialmente podía ser designado como la base de una nueva personalidad.

Otras veces, los supercomplejos se abrían poco y encontraban expresión por sí mismos.

Cookson creía ver cada vez más claro.

Se imaginó una mente en la que pudieran funcionar una media docena de tales complejos, todos al mismo tiempo. Vio la consciencia como si fuese una pelota de fuego o de luz bailando, yendo de uno a otro y luego pensó que la solución al problema estaba más cerca que nunca.

Volvió a notar la mente del ser extraño y cortó en seco sus pensamientos tan bruscamente como el prisionero culpable esconde la lima con la que estaba aserrando los barrotes en cuanto oye la aproximación del guardián por sus pisadas…

—Hemos llegado —destelló el ser extraño.

Entraron en una ciudad de tan estupenda magnificencia que Cookson, muy a su pesar, tuvo que admitir que era algo de maravilla… en lo que respectaba a su teoría, de todas maneras.

Boyd Fleming, el misterioso médico algo patético, se acarició su alborotada barba y avanzó.

—No me siento en condiciones de efectuar una visita social, muchachos —dijo Cookson—. ¿Y tú qué?

—Me parece que no debo preocuparme mucho por eso —dijo Phil con una pérfida sonrisa—. Después de todo, ellos no tienen nada humano, ¿verdad?

—Y que lo digas —intervino Tiger Brooks—. He visto muchas formas raras en la vida, pero este individuo que tenemos por conductor parece llevarse el gran premio. ¿Visteis jamás cosa así? ¡Esos ojos!

—Sí, yo tampoco he visto nada igual —asintió Cookson pensativo.

El ser extraño estaba contemplando el efecto que la ciudad les producía.

Terry Land, el frenético bioquímico, miraba a su alrededor en azorado silencio.

Stumpy Gallows se lo tomaba con tranquilidad. El viejo veterano, el supermaduro, el cojo cínico, encendió un cigarrillo, frunció el ceño y se apoyó a un costado del vehículo, con aparente desinterés.

El rojo octopoide se les acercó, Stumpy «escuchó» a sus propios pensamientos.

—¿No encuentra nuestra ciudad extraña y maravillosa?

—Oh, es como cualquier otra ciudad —respondió Gallows—. He visto muchas. Eso está bien para esas criaturas. Resulta nuevo —hizo un gesto hacia los demás con una sonrisa.

—Comprendo —comunicó el ser extraño.

De hecho, no comprendía nada. El modo en que los ojos verdes miraban a Stumpy Gallows, estaba lejos del sentimiento amistoso.

Phil Cookson dirigió su mirada al viejo cocinero, preguntando qué habría en Gallows al que jamás había visto maravillarse… Si las cosas eran lo que temía y sospechaba, necesitaba un aliado. Hacía falta un hombre en el que poder confiar del todo y de manera absoluta. Un hombre de confianza en un cien por cien. Un hombre dueño de su mente, que, en rudeza y capacidad intelectual, igualase a la suya, porque presentía que dos juntos, tendrían una posibilidad de desarrollar su plan.

Boyd Fleming era demasiado psíquico, demasiado atolondrado. Boyd Fleming era un hombre estupendo y un gran médico. Era un hombre lleno de dedicación, pero no pisaba lo suficiente tierra firme. Sorprendió a Cookson en muchas maneras de pensar, que un doctor pudiese permanecer flotando tanto en el aire, tan indiferente acerca de la vida. Tiger Brooks caía demasiado en el extremo contrario.

Tiger Brooks pisaba tierra firme. Tiger Brooks carecía de imaginación. Él y Fleming se equilibraban mutuamente. Eran excelente hombres a su manera, pero ninguno de ellos, ni las circunstancias que Cookson imaginaba, podría servirle de ayuda.

Miró a Terry Land y se estremeció.

Terry Land era demasiado serio, y también demasiado joven. Se le veía con exceso frenético, muy aplicado, tomaba la vida diabólicamente en serio, pensó Cookson, hacía de cualquier cosa un problema vital.

Consideraba el problema que tenía a mano como lo más importante del mundo. Las cosas en que se veía envuelto eran las más envolventes.

Es un buen trabajo, pensó Cookson, que algunos hombres sean hechos de esa manera. No le servían de gran ayuda y el problema que trataba de resolver en aquel particular momento la necesitaba.

Y si su plan iba a ponerse en práctica con éxito, necesitaría a alguien con más amplitud de miras, alguien con una mente más ancha, alguien que pudiese ver más amplios horizontes. Grandes campos de visión. Admiraba esa cualidad de Terry Land, ser capaz de tratar en serio con lo que se le pusiera enfrente y en su inmediata vecindad. Recordó el gran jefe prehistórico Lloyd George, que había dicho: «La habilidad para mirar la cosa que estoy haciendo es lo más importante del mundo en este momento, y al mismo tiempo la razón del porqué Lloyd George no es otro granjero desconocido».

El ser extrahumano abría el camino dentro de la ciudad. Phil Cookson tocó a Stumpy Gallows en el brazo.

—Quiero hablar contigo —dijo en voz baja. Gallows le miró y de nuevo aquella luz destelló en sus ojos.

—Yo no estoy seguro de que quiera hablar contigo, profesor Cookson —dijo, y su voz era completamente diferente.

Cookson parpadeó como si acabara de recibir un golpe físico.

—¿Qué diablos quieres decir, Gallows?

—Me refiero a que estás acercándote demasiado a cosas que han permanecido mucho tiempo ocultas.

Por último Gallows utilizaba su voz natural. Era completamente falta de afecciones, pero resultaba la voz de un intelectual, la voz de un hombre que no ha pasado toda su vida como cocinero…

—Me parece que ha llegado el momento de que tengamos una disputa —comentó Cookson—. ¿No lo crees?

Gallows se encogió de hombros.

—No veo que eso importe mucho ahora. ¡Jamás creí que las cosas terminasen de este modo!

—¿Qué quieres decir con «terminar de este modo»?

Stumpy agitó el brazo.

—Oh, todo este decorado loco.

—¿Quieres decir…?

—Quiero decir que he llegado a las mismas conclusiones que tú —contestó Gallows—. De otro modo ninguna fuerza en la tierra me hubiese convencido para quitarme el camuflaje.

Cookson le miraba incrédulo.

—¡No puede ser…! —susurró—. ¡No es posible! ¡Creí… creí que habías muerto!

—Lo mismo creyó todo el mundo —dijo Gallows. Suspiró profundamente—. Supongo que será mejor contarte toda la historia y dejar que el resto de los muchachos disfruten de esta extraña tierra de las maravillas.

—No creo que se diviertan particularmente, pero mantienen a ese octopoide distraído un poco…

Contemplaron cómo el rojo octopoide, acompañado por Boyd Fleming, Tiger Brooks y Terry Land, caminaban a lo largo de la amplia y majestuosa calle, bajo las altísimas casas, opalescentes de luz y color.

—Esto es algo como una de las extravagancias en tres dimensiones de Hollywood, ¿verdad? —dijo Gallows—. No lo ha hecho del todo mal. ¡Sin embargo ha tenido que ser un duro trabajo!

—Estoy seguro de que ambos seguimos la misma pista —dijo Cookson de repente—. Aunque tuve la odiosa sospecha de que te me habías adelantado. ¡Será mejor que comparemos nuestras notas!

—Ya deberíamos haberlo hecho antes —dijo Gallows—. Es culpa mía, me temo. De muchas maneras he sido un viejo egoísta. Estaba obsesionado con que esto sería cosa mía, el mantener las cosas en secreto. No debía haber sido tan presumido, tuve que darme cuenta de que esas cosas no importan después de tantos años. Por lo menos, no como solían importar. Creo que te mereces alguna especie de explicación. Después todo, fuiste tú, más que nadie, quien se acercó más penetrando a través del disfraz… aunque te advierto… ni siquiera hubieses logrado desenmascararme por completo, si yo deliberadamente no hubiese dejado mi camuflaje un poquito.

XIV – LA VERDAD ACERCA DE STUMPY GALLOWS

De pie, allí en la extraña ciudad extrahumana, lo dos terrestres hablaron con una franqueza que jamás habían tenido el uno con el otro. Ambos eran introspectivos a su manera. Ambos poseían capacidad intelectual suficientemente grande para satisfacer su propias necesidades. Eran hombres en quienes el instinto gregario no se había desarrollado propiamente… en su mayoría por causa de su autosuficiencia.

Desde el punto de vista de ambas mentes y caracteres, los dos hombres resultaban gigantes. Aunque uno de ellos resultaba pequeño, conejil, con un cuerpecillo incongruente y el otro había perdido una pierna. No obstante como reparación la Naturaleza les había hecho mental mente mucho más grandes de lo que debió ser su estatura física.

—Esto empieza muy atrás —dijo Stumpy—. Empieza verdaderamente atrás. Prácticamente en los tiempos prehistóricos, antes de que nadie hubiese pensado seriamente en el espacio; mientras Julio Verne, H.G. Wells y R.L. Fanthorpe estaban todavía escribiendo sus obras maestras clásicas allá entre los siglos XIX y XX. Mi familia estaba en el mar… donde no hay espacio, los hombres que deseaban aventura se hacían marinos. Navegaban atrevidamente en navíos pequeños, cruzando océanos fantásticamente grandes, día tras día, semana tras semana, año tras año. Llevaban el mar en la sangre. Tenían orgullo y tradición. El océano era su vida. ¡Y muy a menudo su muerte! Un hombre adquiere gran orgullo con su navío y en su tradición. Por encima de todo, si el hombre llega a una posición como vicealmirante, almirante, comandante —parecía extrañamente nostálgico—, ya sabes lo que resulta… ¡Un hombre orgulloso de un navío se siente mucho más orgulloso de poseer una docena! ¡El hombre que fue un buen capitán será todavía un mejor almirante! Y estas cosas, lo sé, parecen tener un factor hereditario, porque hace unos cuantos años atrás, cuando entramos en el espacio, nuestro mismo linaje se dedicó a esa nueva navegación… Los hombres que habían sido estupendos capitanes marítimos, fueron todavía mejores capitanes espaciales. No fanfarroneo de nada de lo que haya hecho, pero sí estuve orgulloso de cuanto hicieron mis antecesores. ¿Te acuerdas de las grandes guerras marcianas del siglo XXI?

Cookson asintió.

—Personalmente, no; pero las he estudiado.

Stumpy Gallows le miró.

—Un remoto antecesor mío condujo la flota terrestre hasta la victoria. Con siete navíos pequeños se abrieron paso a través de un avalancha de monstruosidades marcianas. Siete navecillas, con la misma clase de valor que hizo que Francis Drake, Raleigh y el resto de los audaces aventureros, destacasen en la Edad Media. Así siguió año tras año. Padres e hijos y hermanos, primos, tíos, todos juntos en el gran servicio. Es una tradición que no ha sido rota. Una tradición de hombres… o así lo creíamos. La gran invasión terrible de Sirio, la ocasión en que las bestias de más allá del sistema comenzaran a destruir a nuestra avanzada de navíos exploradores. Una crisis tras otra. Siempre había uno de mis antecesores allí con mayor o menor capacidad de mando. Has oído hablar de «Sea Fever[7]», su nombre está escrito en letras de oro, por el gran poeta laureado del siglo XX, John Mansfield, que tiene una placa a la entrada del gran colegio naval para que todo el mundo la lea. Creo que es tiempo de que alguien escriba otro poema acerca del «Space Fever».

»Debo volver de nuevo al espacio.

El solitario espacio y las estrellas,

y todo lo que pido es un navío cohete

y un trabajo que hacer en Marte

una vida que vivir, nuevos mundos que encontrar

y una misión que cumplir para la Tierra.

Planetas que conquistar y estrellas que dominar,

desde el planeta que me dio el nacimiento.

Tengo que ir de nuevo al espacio,

al solitario espacio y al firmamento,

y todo lo que pido es un navío cohete,

y una estrella que me sirva de rumbo,

y la herrumbre del metal y el polvo de los cometas…

—¡Podría seguir así siempre! —se interrumpió—. Lo siento. Pero decía que hay una fiebre espacial, como hay una fiebre marítima. Y se

apodera del hombre, se adueña de su alma… de sus huesos…

—Si te ahorra un poco de agonía mental, te diré que te acabo de reconocer —exclamó Cookson.

—¿De veras? —Los ojos de Stumpy Gallows se clavaron en los del científico—. ¡De acuerdo! ¿Quién soy?

—Eres el Almirante de la Flota Espacial Lord Héctor Collingwood. ¿Estoy en lo cierto?

Stumpy Gallows asintió.

—¿Por qué no dijiste «ex Almirante de la Flota Espacial»? Hace treinta años que no tengo ese cargo.

—¡Es sorprendente! Es una coincidencia fantástica. Quiero oír primero lo que tienes que decir, y luego te diré yo algo.

Y alrededor de ellos, la extraña ciudad parecía hacerse más extraña, distante y neblinosa. Tan absortos estaban en sus propios pensamientos.

—Bueno —comenzó Collingwood—. Fue tiempo atrás, hacia principios de siglo. Resultó un gran comando. Avanzó hacia el borde galáctico en un sector completamente diferente. Muy lejos de Sakalam 4, todo lo lejos que se podía llegar. Encontramos a los Romanianos… la raza más maligna y desagradable que había en el Universo, según imaginé. Vinieron a por nosotros con todo cuanto tenían. Yo dirigía una flotilla de unos 20 navíos. Fuimos a su encuentro. Sus armaduras eran más gruesas que las nuestras, pero nosotros éramos ligeramente más rápidos. Se convirtió todo en cuestión de maniobrabilidad, eludiendo su fuego mediante rápidos giros y adentrándonos para golpearles debajo del cinturón, como vulgarmente se podría decir. Así se continuó durante tiempo considerable y por último vi que el único modo de evitar un tremendo derramamiento de sangre seria aparecer en sus bases, en sus campos de aterrizaje. Utilizaban un tipo de navío que dependía de un rayo de energía proyectado hacia arriba. Lo que me importaba a mí era que podía salvar vidas y ganar la victoria decisiva, dejando fuera de operación su fuerza terrestre. Sin aquel rayo de energía sus navíos eran sólo pedazos de metal. No podían mantenerse en el aire; no eran en absoluto espacionaves, sino puramente navecillas de navegación atmosférica… Bajamos todo lo que nos atrevimos y hallamos un fuerte fuego de protección… Seguimos bajando y los navíos desaparecían a derecha e izquierda cayendo por última vez. Habían dos cosas que

podía haber hecho… Una, marcharme y dejar la acción contra la ciudad y desperdiciar el sacrificio de aquellos hombres que habían venido conmigo…, o seguir adelante y llevarlo todo a su conclusión lógica. Decidí que la Tierra tendría que demostrar a esos Romanianos que con ellos, es decir, con nosotros, no se podía jugar.

»Llevé mi flotilla hasta las bocas de los cañones. Era algo así como "la carga de la Brigada Ligera". Acabamos siendo el único navío. Vi cómo 19 de mi escuadrón estallaban en el espacio. Me di cuenta que si podía pasar a uno a través de la brecha y destrozar el rayo circulador, derribaría a cada una de las naves Romanianas detrás de mi.

Cookson escuchaba fascinado.

—¡Qué momento! ¡Qué elección!

—Así que bajé. Los tubos estaban destrozados. Dos se habían quemado. Los rebordeaban los obuses. No sé cómo mantuvimos en su rumbo al viejo cascarón. Si no hubiésemos seguido bajando en línea recta, habríamos fallado en el blanco… ¡pero no lo hicimos! ¡Di órdenes de cargar explosivos en el morro cónico y eso fue todo! Entonces, mira, ocurrió lo imposible. El único milagro increíble entre un millón de probabilidades en contra, tuvo lugar. Mi tripulación pensó que me estaban acribillando, pero los enemigos sólo habían deshecho el trabajo de media vida… Yo recibí metralla de un obús en una pierna y perdí el sentido. Cuando lo recobré estaba en un cohete salvavidas, alejándome de los Romanianos. No se veía ningún navío enemigo en el firmamento. ¡Tampoco había ninguno de los nuestros! Me encontraba a solas en el espacio dentro de una pequeña cápsula salvavidas, puesto en el rayo para que me llevase hasta la más próxima colina terrestre, mediante la hiperimpulsión. Seis horas más tarde me recogieron… Mi tripulación había realizado por mí la tarea cuando me hirieron, y quedé inconsciente y me fue imposible dar órdenes. Querían salvarme, aunque sabían lo que iba a ser de ellos. ¡Malditos tontos del diablo!

A pesar de su cínica rudeza, algo que pudo haber sido una lágrima apareció en los ojos de Gallows.

—Hubo una gran encuesta y el trueno final fue que un par o tres de políticos civiles…, porque yo tenía muchos enemigos políticos…, creyó que deliberadamente había ordenado a mi pelotón que fuese a la muerte y que luego partí abandonándoles en un cohete salvavidas. No había ninguno de mis hombres vivo que declarase en mi favor. ¡Todos habían muerto! Todos y cada uno cayeron en territorio

Romaniano. Yo era el único superviviente. Nadie podía haber sobrevivido a menos que fuese un cobarde, fue el argumento general y lógico.

Cookson miraba al exalmirante con comprensión y simpatía.

—¿Qué hiciste después de eso? —preguntó el científico.

—Volver al espacio en cuanto me arreglaron la pierna. —Se dio una palmada al muñón, haciendo sonar la parte metálica—. ¡Remendado! —soltó una carcajada irónica—. De todas maneras, fui una rama del servicio en donde jamás pudiese ascender o destacarme de nuevo. Cambié de nombre y de categoría intelectual. Me convertí en «Stumpy Gallows», intelectual del grado C, profesión cocinero. ¡Y así he pasado treinta años!

—Comprendo —respondió el profesor—. ¿No has leído periódicos ni has oído emisiones de noticias en estos últimos seis lustros?

—Después de lo que los periódicos y los noticiarios me hicieron —dijo el Almirante—, ya no deseo ver jamás ninguno.

—Comprendo lo que sientes, ¿pero qué hay de tu familia?

—Mi esposa y mis hijos son las únicas personas que siguen leales a mi. Conocen el secreto y lo mantienen. De vez en cuando logro ir a verles. El gobierno les concedió una media pensión. Financieramente no pasan dificultades. Pero viven en completa soledad del resto de la familia. ¡Odian tanto a los noticiarios como yo!

—Comprendo. ¿Y cuánto tiempo hace que no les has visto?

—Oh, creo que unos cinco años.

Cookson asintió.

—Me figuré que sería poco más o menos ese tiempo. Por eso es la cosa tan increíble.

—¿El qué es increíble? —preguntó Collingwood.

—El hecho de que sigas viviendo como vives.

—¿No querrás decir?

—Sí quiero decir —replicó Cookson—. Hace tres años apareció otro superviviente del planeta Romaniano. Era uno de tus hombres que

recordó haberte puesto dentro del navío salvavidas. Sabía que lo hacía sin tu permiso y ciertamente dijo que de haber estado tú consciente nunca lo habrías consentido. Testimonió ante los tribunales. Te buscaron, pero habías desaparecido de todos los archivos, no pudieron encontrar a tu familia, no pudieron hallar a nadie. Fue la maravilla durante nueve días en las pantallas de la televisión y luego vino otro acontecimiento que ocupó tu lugar, y el Almirante Desaparecido siguió desaparecido. Se te ha devuelto tu antiguo rango y el gobierno ha ofrecido públicamente sus excusas. En cuanto salgamos de ésta vivos y volvamos, te dirán la verdad.

—¿Estás seguro de que no me mientes? —preguntó Collingwood, que estaba plantado, en silencio—. ¿Por qué llamas no podía haber aparecido ese muchacho antes? ¡He desperdiciado casi treinta años como cocinero espacial! —Collingwood empleaba el lenguaje característico de las bajas esferas espaciales y Cookson no le podía censurar… Cuando el Almirante se calmó, balbuceó—: ¿Cuáles fueron sus motivos? ¿Algún rencor en mi contra? ¿Confesión en el lecho de muerte, o algo parecido del muy truhán?

—No, padeció amnesia —replicó Cookson—. Había estado viviendo lo mejor que pudo. De hecho era oficial del navío. Primer oficial en tu navío insignia. Había estado trabajando entre otras cosas como viajante. Mira, recibió algo de metralla de un obús en la cabeza… Los Romanianos le dieron por muerto y se recobró solo. Sanó sin que le quedase recuerdo alguno de lo que era y con su inteligencia desaparejada.

—¿Estás seguro de que su testimonio es de confianza? ¿De que tendrá peso ante el tribunal? ¡No me hagas concebir esperanzas vanamente!

—¡Su testimonio ha sido aceptado ya por el tribunal! No me dejaste terminar —dijo Cookson casi con viveza—. Lo que ocurrió fue… las últimas técnicas en la neurocirugía pidieron voluntarios para la experimentación. Ese hombre necesitaba dinero…, pagaban muy bien. Buscaban gente con lesiones cerebrales para probar su nueva técnica de reinducción quirúrgica. ¡Probaron en él y, de pronto…, ya está! —Cookson chasqueó los dedos—. El comandante Gregory Hallard se quedó muy sorprendido al encontrarse con casi treinta años más viejo y vestido con harapos. Lo último que recordó fue que un proyectil alcanzó la cubierta. Poco antes de que el cohete salvavidas que te llevaba a ti fuese disparado. En materia de hechos, fuiste tú uno de los primeros hombres por quien preguntó.

—¡Qué extraña cadena de coincidencias! —dijo el Almirante—, pero…

creo que hemos dudado demasiado. Tengo la idea de que nuestro colega el octopoide rojo vuelve y su plan es el mismo que el mío, tiene que realizarse rápidamente con velocidad y secreto.

Podían notar la aproximación de la cosa en forma de una onda mental sorpresiva.

—Si, viene —asintió Cookson—. ¿Lo notas?

—Lo noto y estoy dispuesto a cualquier cosa ahora —contestó el Almirante.

XV – EL FIN DEL SER EXTRAHUMANO

—Silencio —avisó Cookson—. Tenemos que controlar nuestros pensamientos; «eso» no debe saber que sospechamos. Ya vuelven ahora.

Seguro, Boyd Fleming, Tiger Brooks y Terry Land, siguiendo la estela del horrible octopoide oval extrahumano, volvían al sector de la extraña ciudad en donde esperaban al Almirante y el profesor. Mientras el ser se acercaba, Cookson pudo notar que algo le hurgaba en la mente con mayor intensidad que antes. El Almirante Collingwood también lo notó.

—Creo que empieza a ponerse receloso —susurró por la comisura de la boca. Cookson asintió casi imperceptiblemente. Estaba atareado pensando en otra cosa. Pensando en cualquier otra cosa. Tenía que concentrar en algo toda su entera fuerza de proyección. La belleza de la ciudad— aun cuando él no la apreciase ni le concediese ningún valor intrínseco —el tamaño del planeta, la inteligencia del ser extrahumano… ¡Cualquier cosa que sirviera de cebo para engañar al octopoide y que bajara su guardia! Y sin embargo no podía haber nada deliberadamente desconectado con su presente situación, o ello fallaría en su propósito.

El ser extrahumano ignoraba a los tres terrestres que le habían acompañado antes. Por lo que respectaba al rojo octopoide de los ojos verdes, el doctor Boyd Fleming, Tiger Brooks y el frenético y formal bioquímico Terry Land, podían no haber existido en absoluto. Su sola atención se enfocaba en Cookson. Alzó un tentáculo hasta apuntar directamente a la cara de Phil. Collingwood se quedó inseguro un segundo y luego, su mente rápida, administrativa, alertada por años de sola actividad mental, entró en acción. En una voz que no consentía la desobediencia, gritó a los otros tres:

—¡Capturad a esa criatura… ahora!

Y tan rápido como lo permitió su pierna artificial se lanzó a cumplir la orden él mismo. Fleming, Land y Brooks obedecieron de manera automática. ¡Porque Stumpy había hablado con la voz del Almirante, no con la del cocinero espacial!

El ser extrahumano era tan duro como el cuero o como las correas de un látigo. Rodeó la garganta de Fleming con un enorme tentáculo y comenzó a cortarle la entrada del aire vital. Brooks se había enredado con tres pseudópodos. Terry Land se veía aprisionado por otros dos

más. El ser había intentado contener a Collingwood con el séptimo miembro, pero su presión sobre la pierna artificial no produjo ningún efecto… La criatura parecía desconcertada por su falta de habilidad para infligirle alguna herida. Collingwood *se aprovechó de* inmediato de la ventaja y se acercó más. Tan cerca que los tentáculos tuvieron dificultad en hacerse hacia atrás lo bastante para alcanzarle. El veterano aplicó un golpe de judo…, duro, malintencionado, mortal…, golpeó a los ojos verdes.

Era a ese respecto un filisteo, puesto que creía que un enemigo ciego era menos peligroso que en posesión de la vista. Golpeó con fuerza y por dos veces.

Los funestos ojos verdes se apagaron para siempre.

La cosa se retorcía y temblaba a punto de caer al suelo. El ser se daba cuenta de que si soltaba a alguno de aquellos hombres terrestres se le escaparían. Boyd Fleming estaba prácticamente acabado. Tenía el rostro púrpura e inflamado, haciendo que por comparación su barba pareciera de un color más pálido.

Cookson estaba plantado, como en trance, pero ahora se recobró lo bastante como para unirse a la lucha.

Lo que empezó a desnivelar la balanza fue la cuestión de la implacable agresión de Collingwood y la fría deliberación de Cookson.

—Si vamos a salvar a Fleming —jadeó Cookson—, debemos concentrarnos en impedir que la sangre y el líquido linfático afluyan al tentáculo que le apresa.

Mientras hablaba se despojó de la camisa. Cogió un pedazo de rama, corto pero fuerte, hizo un tosco pero efectivo torniquete y logró pasarlo en torno a la parte gruesa del tentáculo que estaba estrangulando al infortunado doctor. Él y Collingwood consiguieron permanecer lo bastante libres como para aplicar juntos la presión, esquivando los otros tentáculos. El rojo miembro cambió de color. El pseudópodo empezó a perder su fuerza. Con un sonido sofocado, repugnante e inarmónico, y el doctor quedó libre y cayó a pocos metros, jadeando.

—¡Aguantad! —gritó Cookson—. Seguro que alguno de nosotros debe llevar aún pistola.

—Yo la llevo —carraspeó Land, en un frenético forcejeo—, pero no puedo sacarla.

Cookson trató de cogérsela, sólo para ver cómo se la arrebataba de entre los dedos un latigazo de la criatura. Durante la lucha se estaba produciendo un bombardeo mental, diciéndoles que se detuvieran, que se quedasen quietos, que se redujeran a la inmovilidad…, pero por raro que pareciera, el fantasmal ser extrahumano era incapaz de controlarles a todos. El Almirante logró hacerse con la pistola y apretarla contra la vibrante cabeza de cuero. Oprimió el gatillo. El caos resultante fue nauseabundo pero efectivo. El ser extrahumano estaba muerto, muy muerto.

La jungla púrpura de debajo de ellos y de lo lejos se desvaneció y desapareció de la existencia. La ciudad se disolvió en un extraño caleidoscopio de imágenes, de formas fundentes, en una fantasmagoría de incertidumbres y luego también se esfumó.

Se quedaron plantados en el desnudo planeta virgen, un planeta limpio. Un planeta con nada de aire malevolente o diabólico. Un planeta sin atmósfera de tensión y horror… y de pronto, a poca distancia de ellos, vieron algo brillante.

—¡Yo tenía razón! —gritó Cookson—. ¡Mirad!

Comenzaron a correr excitados, sin aliento. Hasta que no llegaron al navío no se dieron cuenta de que no estaban solos… Terry Land empalideció y comenzó a temblar.

—No puede ser —murmuró Cookson señaló con dedo tembloroso.

—¡Si, sí puede ser! —dijo.

Rory O'Callaghan estaba de pie junto a ellos. Lo mismo que Sweeney y Burt Donovan. También estaban Les Garnett y Kroon. La dotación del navío se hallaba intacta. El «Astral Castle» no era una ruina, estaba perfecto al igual que la tripulación.

—Cookson, eres el único hombre capaz de explicar esto —dijo el Almirante Collingwood—. Y sugiero que nos des la explicación bien pronto.

—No estoy seguro yo mismo de mi explicación —dijo Cookson—. Hay dos posibilidades… una es más difícil que la otra, y sin un buen equipo y el necesario tiempo para investigar, no puedo deciros cuál es la verdadera… ¡elegid vosotros! En primer lugar nos hemos enfrentado con una diabólicamente poderosa inteligencia extrahumana. Una cosa que ha estado, para sus propios fines, experimentando con u otra de dos posibilidades científicas. Ha estado

jugueteando con el Torbellino del Tiempo. Lo que pasó cuando pensamos que nos estrellábamos fue que cruzamos de una pista probable a otra. Por ejemplo, en cada segundo de vuestra vida tenéis que elegir entre hacer una cosa u otra. Es muy improbable que se haga algo, muy posible que se haga lo otro y probabilísimo que se tome un tercer camino. Cualquier decisión que se ponga en práctica nos coloca en otro juego de circunstancias que de nuevo se ramifican en todas direcciones. Sendas o caminos de probabilidad. Es posible que alguno de esos caminos de la probabilidad existan como existe el mundo real y si podemos hallar la puerta que permita entrar en ellas, uno podrá trasladarse de un mundo real a otro. Por ejemplo, un muchacho que va muy bien en el instituto tiene que escoger entre ser médico o abogado. En una vida es médico, pero en la otra puede haber elegido ser abogado. Si pudiera él hallar el medio de cruzar el trecho que separa esas dos existencias podría vivir su vida como médico en una senda y su vida de abogado en la otra. En un camino o sendero de probabilidad… activado por ese rojo ser extrahumano… nuestro navío se estrelló y nos matamos todos. En otro camino, nada nos pasó. ¡Ese era la realidad!

»¡Pero el ser extrahumano elaboró un tercer rumbo con nosotros! Nos trasladó dentro de un sistema de existencia en el que el navío se estrelló y nos salvamos. Deseaba ser capaz de poner a prueba nuestras reacciones ante varios problemas mentales con proyecciones externas que él emitía. Era también, de acuerdo con mi primera teoría, un ser que creía poder hacer lo mismo con el planeta. En un sendero de la probabilidad el planeta estaba poblado por una horrenda y fantasmal pesadilla monstruosa de jungla púrpura en la que nos metió. Hemos sido conejillos de indias, caballeros. ¡Pero creo que nos hemos vengado del experimentador!

»Hay otra probabilidad… el ser extrahumano ha estado haciéndonosla a todos nosotros mediante una serie de proyecciones mentales. Eso es del todo posible. La cierta intensidad de las alucinaciones… Es posible que aterrizáramos normalmente, pero la criatura, por medio de algún mecanismo bajo su control, ocupó nuestras mentes y nos hizo experimentar lo que se le antojó. Utilizó nuestros cerebros como pantallas para su proyector. Nos mostraba cuantas imágenes deseaba. Realmente nosotros experimentábamos aquello, lo mismo que un hipnotizador profesional puede decir al sujeto en estado de hipnosis que la materia de experiencia es esta o aquella… Pero eso sólo puede demostrarse mediante la investigación. Por lo que a mí respecta, ansío volver a bordo del navío, regresar a la Tierra y hacer un informe completo. Y hay aquí un caballero que está muy impaciente por conseguir que se enderecen algunos errores, puesto que la sociedad le

ha juzgado mal durante casi treinta años.

—¡Bueno… yo diría que debo dar las gracias al ser extrahumano! —dijo Collingwood—. ¡De no haber sido por el fantástico lodazal en que nos metió, yo seguiría siendo cocinero!

FIN

LA RUEDA

John Wyndham

El viejo estaba sentado en su taburete y con la espalda apoyada en la encalada pared. Se había tapizado el taburete elegantemente con piel de liebre porque en aquellos días no parecía haber mucha cosa entre el pellejo de sus posaderas y los huesos de su trasero. Era exclusivamente su taburete y así lo reconocían como tal en la granja. Las correas de un látigo que se suponía estaba trenzando le caían por entre los doblados dedos, pero, a causa de lo cómodo del taburete y de lo caliente del sol, sus dedos habían dejado de trenzar y cabeceaba a intervalos en aquella media y dulce siesta.

El patio estaba vacío excepto unas cuantas gallinas que picoteaban más inquisitivamente que esperanzadas por el polvo, pero había allí sonidos que indicaban que otras personas no tenían la dicha de compartir la dicha del anciano de dormir su siesta. Desde la vuelta de la esquina de la casa venía el ocasional chapotear de un cubo vacío al alcanzar el agua y su chirriar al rozarse con las paredes del pozo mientras lo subían lleno. En el cobertizo de la otra parte del patio se oía un sordo martillear rítmico y arrullador. La cabeza del anciano cayó con más fuerza hacia adelante mientras emitía un ronquido.

Al poco, desde más allá de la tosca tapia vino otro sonido, acercándose lentamente. Un runruneo y un traqueteo, con un chirrido interminable. El oído del viejo ya no era agudo y durante algunos minutos aquel nuevo sonido no logró conturbarle. Luego, abrió los ojos y, localizando el ruido, se incorporó permaneciendo sentado y rígido, mirando incrédulo a la puerta de la tapia. El sonido se hizo más próximo y la cabeza de un chico apareció por encima de la pared. Sonrió al anciano, con una expresión excitada en los ojos. No llamó, pero avanzó un poco más deprisa hasta llegar a la puerta. Allí la cruzó entrando en el patio, orgullosamente arrastrando tras él una caja montada sobre cuatro ruedas de madera.

El viejo se levantó de súbito de su asiento, mostrando alarma en cada gesto. Agitó ambos brazos hacia el chaval como si quisiera echarlo hacia atrás. El chico se paró. Su expresión de resplandeciente orgullo se transformó en asombro. Miró con fijeza al anciano que con tanta urgencia le hacía gestos para que se fuera. Mientras el chico dudaba el viejo redobló sus ademanes de despido con una mano, mientras se llevaba la otra a los labios en señal de silencio y empezaba a caminar hacia el pequeño. De mala gana y azorado el muchacho se volvió, pero demasiado tarde. El batir en el cobertizo cesó. Una mujer de mediana edad apareció en el umbral. Abría la boca para llamar, pero no salió de ella ninguna de las palabras pensadas. La barbilla le cayó

flojamente, los ojos se le desorbitaron, luego se persignó y lanzó un grito…

El alarido fraccionó la paz vespertina. Tras la casa, el cubo cayó con una sonora salpicadura y la cabeza de una joven asomó por la esquina. Los ojos se le desmesuraron. Se llevó el dorso de una mano a la boca y se santiguó con la otra. Un joven apareció en el marco de la puerta del establo y se quedó allí como traspuesto. Otra muchacha salió presurosa de la casa, con una niñita tras ella. Se quedó parada como si de pronto hubiera tropezado con algo. La niñita se detuvo también, vagamente alarmada por la escena y cogiéndose a la falda de la joven.

El muchacho estaba completamente inmóvil recibiendo sobre sí el peso de todas las miradas. Su azoramiento empezó a ceder el paso al miedo que le producían las expresiones de todos aquellos ojos. Miró de un rostro horrorizado a otro, hasta que su mirada se posó en la del anciano. Lo que vio allí pareció tranquilizarle un poco… o atemorizarle menos. Tragó saliva. No estaba muy lejos de las lágrimas cuando dijo:

—Abuelo, ¿qué pasa? ¿Por qué me miran así? Como si el sonido de su voz hubiera roto el hechizo, la mujer de mediana edad pareció resucitar a la vida. Tomó un bieldo que estaba apoyado contra la pared del cobertizo. Alzando las puntas de manera que apuntasen al muchacho caminó despacio interponiéndose entre él y la puerta de la tapia. Con voz dura dijo:

—¡Vamos! ¡Métete en el cobertizo!

—Pero, mamá… —comenzó el pequeño.

En las tensas arrugas del rostro de la mujer el muchacho pudo ver algo que era casi odio. Su propia carita se contrajo y empezó a llorar.

—Vamos —repitió ella con dureza—. Métete ahí.

El chico retrocedió, la viva imagen de la atónita tristeza. Luego, de súbito, se volvió y entró corriendo en el cobertizo. La mujer cerró la puerta, asegurándola con una barra. Luego miró a los demás como desafiándoles a que hablaran. El joven se retiró en silencio a la semioscuridad del establo. Las dos mujeres jóvenes se fueron, llevándose con ellas a la niñita. Sólo quedaron en el patio el anciano y la mujer de mediana edad.

Ninguno de ellos habló. El viejo permaneció plantado inmóvil mirando a la caja que estaba allí, sola, sobre sus ruedas. La mujer, de

pronto, se llevó las manos a la cara. Emitió una serie de ruiditos como gemidos mientras se tambaleaba y las lágrimas corrieron brillantes por entre sus dedos. El viejo se volvió. Su rostro estaba desprovisto de toda expresión. Al poco ella se recuperó algo.

—Nunca lo hubiera creído. ¡Mi pequeño Davie! —dijo.

—Si no hubieses gritado, nadie se habría enterado —contestó el anciano.

Sus palabras tardaron varios segundos en penetrar en el entendimiento de la mujer. Cuando lo hicieron, la expresión de ella recuperó la máxima dureza anterior.

—¿Le enseñaste cómo? —preguntó recelosa.

El viejo negó con la cabeza.

—Soy viejo, pero no loco —contestó—. Y le tengo cariño a Davie —agregó después.

—Estás endiablado, sin embargo. Lo que dijiste fue algo endiablado.

—Era la verdad.

—Soy una mujer temerosa de Dios. No tendré en mi casa al mal… sea cualquiera la forma en que se presente. Y cuando lo veo conozco cuál es mi deber.

El anciano aspiró profundamente aire para emitir una réplica, pero se contuvo. Sacudió la cabeza. Dio media vuelta y regresó a su taburete, pareciendo, sin saber por qué, mucho más viejo que antes.

II

Hubo un golpecito en la puerta. Un ¡*Chist*! susurrado. Durante un instante David vio un cuadrado de cielo nocturno con una forma negra recortándose en él. Luego la puerta volvió a cerrarse.

—¿Cenaste ya, Davie? —preguntó una voz.

—No, abuelo. Nadie ha venido.

El anciano renegó por lo bajo.

—Me lo imaginé. Te tienen miedo… todos. Vamos, toma esto. Es un poco de pollo frío.

La mano de Davie palpó hasta encontrar lo que la otra le tendía. Mordió con hambre el muslo de ave mientras el anciano se movía en la oscuridad, buscando algo en que sentarse. Lo halló y se acomodó con un suspiro.

—Esto es una mal asunto, Davie, muchacho. Han enviado a buscar al prieste. Vendrá mañana.

—Pero no lo entiendo, abuelo. ¿Por qué se portan como si yo hubiese hecho algo malo?

—¡Oh, Davie! —exclamó el anciano con tono de reproche.

—De veras que no lo entiendo, abuelo.

—Vamos, Davie. Vas a la iglesia cada domingo y rezas siempre que estás allí. ¿Qué es lo que rezas?

El pequeño murmuró una plegaria. Al cabo de unos momentos el anciano le interrumpió.

—Ahí —dijo—. En ese último pedazo.

—¿«Presérvanos de la Rueda»? —repitió Davie, maravillado—. ¿Qué es la Rueda, abuelito? Sé que debe ser algo terriblemente malo, porque cuando pregunto me dicen sólo que es una cosa embrujada y no quieren darme más explicaciones. No me dicen lo que es…

El viejo hizo una pausa antes de replicar:

—Esa caja que tienes ahí en el patio. ¿Quién te dijo que al arreglaras de ese modo?

—Oh, nadie, abuelito. Pensé que de esa manera se movería con más facilidad. Y además resultó cierto.

—Escucha, Davie. Esas cosas que le pusiste a los lados… son ruedas.

Pasó algún tiempo antes de que la voz del muchacho volviera a salir de la oscuridad. Cuando lo hizo, sonó azorada.

—¿El qué… esos pedazos redondos de madera? ¡Pero no es posible, abuelito! Todo lo que son… es pedazos redondos de madera. Pero la Rueda… eso es algo horroroso, terrible, algo de lo que todo el mundo se asusta.

—Es lo mismo… esas piezas son ruedas —el anciano rumió un ratito —. Te diré lo que ocurrirá mañana, Davie. A primera hora vendrá el prieste para ver tu caja. Aún estará ahí afuera porque nadie se atreve a tocarla. La rociará con un poco de agua y murmurará una plegaria para dejarla sana y que alguien la pueda coger. Después la llevarán al campo y encenderán fuego delante de ella y formarán corro a su alrededor cantando himnos mientras arde.

»Luego volverán y te llevarán al pueblo y te harán muchas preguntas. Te preguntarán qué aspecto tenía el Diablo cuando se te acercó y qué te ofreció darte si utilizabas la Rueda.

—Pero no hubo ningún Diablo, abuelito.

—Eso no importa. Si ellos creen que lo hubo, tarde o temprano les dirás que lo viste y qué aspecto tenía cuando lo viste. Tienen medios para hacer confesar… Ahora lo que tienes que hacer es presentarte como inocente. Has de asegurar que hallaste la caja tal y como está ahora. No sabías lo que era, pero la trajiste por si servía para el fuego. Esa ha de ser tu historia y tienes que aferrarte a ella. Si lo haces, no importa lo que ellos hagan, quizá consigas salir con bien.

—Pero, abuelito, ¿qué es lo que hay tan malo acerca de la Rueda? No puedo comprenderlo.

El anciano hizo una pausa más larga que la anterior.

—Bueno, es una larga historia, Davie… y todo empezó hace mucho, muchísimo tiempo. Parece ser que fue en los días en que todo quisque era feliz, bueno y esas cosas. Entonces un día, el Diablo fue al encuentro de un hombre y le dijo que podía darle algo que le haría más fuerte que un centenar de sus hermanos de raza y que le haría correr más deprisa que el viento y volar más alto que los pájaros.

Bueno, el hombre dijo que eso podría ser estupendo y qué quería el Diablo a cambio. Y el demonio contestó que no quería nada… nada entonces precisamente. Y así entregó la Rueda al hombre.

»Poco a poco, después, el hombre jugó con la Rueda mientras descubría una gran cantidad de cosas acerca de ella: cómo hacer otras Ruedas y muchas más Ruedas y cuantas le anunció el Diablo con una colección de ellas…

—¿Volar y… todo lo demás? —preguntó el pequeño.

—Claro. Lo hizo todo. Y comenzó a matar gente, también… de una manera u otra. Las personas unieron más y más Ruedas juntas del modo que les dijo el Diablo y hallaron que podían hacer un sin fin de cosas mucho más grandes y matar a más gente también. Y no pudieron dejar de utilizar la Rueda entonces con el pretexto de que se hubieran muerto de hambre en caso de renunciar a ella.

»Bueno, eso es justo lo que deseaba el Diablo. Los tenía prisioneros, ¿comprendes? Prontísimo, todo en el mundo dependía de las Ruedas y las cosas iban de mal en peor y el viejo Diablo se limitaba a estar tumbado y reírse de lo que estaba haciendo. Las cosas se pusieron terriblemente malas. No sé del todo lo que pasó, pero la situación había empeorado tanto que apenas quedaba nadie vivo… sólo unos pocos, como ocurrió después del Diluvio. Y ellos estaban cerca del fin.

—¿Y todo por culpa de la Rueda?

—Ajajá… cuando menos no habría ocurrido a no ser por ella. Sin embargo, sea como fuera, ellos salieron adelante. Construyeron cabañas y plantaron maíz y al correr el tiempo el Diablo fue al encuentro de un hombre y empezó a hablarle de nuevo de su Rueda. Pero este hombre era muy viejo y muy sabio y muy temeroso de Dios, así que le dijo al Diablo: «No. Vuélvete derecho al Infierno», y luego se fue por el mundo contando a todos lo del Diablo y su Rueda y asustando a las gentes del peligro que corrían.

»Pero el viejo Diablo no renunció a su propósito con tanta facilidad. Es muy astuto además. De vez en cuando algún hombre tiene una idea de algo que resulta estar muy cerca de la Rueda… quizá rodillos, o tornillos, o algo así… y se le deja pasar mientras su invención no tenga ningún eje fijo en su centro. Sí, el demonio sigue intentándolo y de vez en cuando tienta a un hombre y le hace fabricar una Rueda. Y se llevan al hombre. Y para impedirle hacer más Ruedas y para desanimar a las demás personas, le queman también.

—¿Le… le queman a él? —balbuceó el muchacho.

—Eso es lo que hacen. Por eso tienes que decir que te encontraste la caja y mantenerlo sea como sea.

—¿Y si prometiese no construir otra jamás…?

—No serviría de nada, Davie. Están asustados de la Rueda y cuando los hombres tienen miedo se vuelven salvajes y crueles. No, tienes que decir lo que te dije.

El pequeño pensó durante unos momentos y luego dijo:

—¿Y mamá, qué…? Ella lo sabrá. Me dio la caja anteayer. ¿Tiene importancia?

El viejo rezongó. Para decir con desánimo:

—Si que importa. Las mujeres fingen mucho antes de asustarse… pero una vez se asustan, son peores que los hombres. Y tu madre tiene un susto mortal.

Hubo un largo silencio en la oscuridad del cobertizo. Cuando el anciano volvió a hablar había tranquilidad serena en su voz.

—Escucha, Davie, pequeño mío. Voy a decirte algo. Y lo guardarás para ti… ¿Me prometes no decírselo a nadie hasta que seas tan viejo como yo?

—Claro, abuelito, si así lo quieres.

—Te lo digo porque hallaste la Rueda tú solito. Siempre habrá muchachos como tú que la encuentren. Es preciso. No se puede matar a una idea tal y como ellos pretenden. Se la puede mantener reprimida una temporada, pero tarde o temprano saldrá a la luz. Ahora lo que quiero que comprendas es que la Rueda «no» es diabólica. No importa lo que te digan los hombres asustados. Ningún invento es bueno o malo hasta que los hombres le dan un destino bueno o malo. Piensa en eso, Davie, mi pequeño. Algún día volverán ellos a emplear la Rueda. Yo esperaba que fuera en mi tiempo, pero… quizás sea en el transcurso de tu vida. Cuando esto suceda, no seas uno de los asustados; sé de aquellos que enseñan al mundo como utilizarla mejor que nuestros antepasados. No es la Rueda…, es el miedo lo diabólico, Davie. Recuérdalo.

Se agitó en la oscuridad. Sus pies se arrastraron por el duro suelo de

tierra apisonada.

—Creo que ya es hora de que me vaya. ¿Dónde estás, hijo?

Su mano sarmentosa halló el hombro de Davie y luego descansó un instante sobre la cabeza del niño.

—Dios te bendiga, Davie. Y no te preocupes más. Todo irá bien. ¿Confías en mí?

—Sí, abuelito.

—Entonces vete a dormir. En aquel rincón hay algo de paja.

El retazo de cielo nocturno volvió a aparecer fugaz. Luego se oyó el sonido de los pies del anciano arrastrándose por el patio. Después, silencio.

Cuando llegó el prieste encontró a un horrorizado grupo de gente reunido en el patio. Estaban mirando boquiabiertos a un anciano que trabajaba afanoso con un martillo, clavos y unos pedazos redondos de madera, teniendo muy cerca a una caja cuadrada. El prieste quedóse inmóvil, escandalizado.

—¡Alto! —gritó—. ¡En nombre Dios, alto!

El viejo volvió su arrugada cabeza hacia él. Había en su rostro una sonrisa de alocada senilidad.

—Ayer —dijo—, fui un tonto. Sólo le hice cuatro ruedas. Hoy soy más prudente… Estoy construyendo un par de ruedas más para que la caja corra la mitad más deprisa.

Quemaron la caja, como el anciano dijo que harían. Luego se lo llevaron.

Por la tarde, un muchachito al que todos habían olvidado, apartó los ojos de la columna de humo que se alzaba desde la dirección en que estaba la plaza mayor del pueblo, y sepultó su carita entre las manos.

—Te recordaré, abuelo. Te recordaré. Nunca se me olvidará lo que me dijiste. Es sólo el miedo lo que es diabólico —exclamó, y su voz quedó sofocada por los sollozos.

FIN

RARO

John Wyndham

Cuando, un día, a fines de Diciembre de 1958, *Mr*. Reginald Aster llegó a la firma de abogados Cropthorne, Daggit y Howe, de Bedford Row, acudiendo a su llamada se encontró recibido por Mister Fratton, un amable joven, apenas traspasado el umbral de los veinte años, pero ahora jefe de la firma como sucesor de los difuntos Messrs. C., D. y H.

Y cuando *Mr*. Aster fue informado por *Mr*. Fratton que según las cláusulas del testamento del finado *Sir* Andrew Vincell, era beneficiario de seis mil Acciones Ordinarias de la British Vinvinyl Ltd., *Mr*. Aster pareció, según expresó *Mr*. Fratton más tarde a un colega, haber perdido durante un rato media docena de tornillos.

En cláusula aparte se añadía que el legado se hacia como «reconocimiento de un valiosísimo servicio que una vez me prestó». La naturaleza de este servicio no quedaba especificado, ni era asunto de *Mr*. Fratton inquirirla, aunque el velo que cubría su curiosidad apenas era opaco.

La fortuna, estando entonces cada acción a ochenta y tres chelines, seis peniques, vino en un momento crucial para los negocios de *Mr*. Aster. La venta de una parte pequeña de las acciones, le permitió zanjar uno o dos problemas acuciantes y en el curso de este reajuste los dos hombres se reunieron varias veces. Por último llegó el momento que *Mr*. Fratton, apremiado por su curiosidad, se acercó ligeramente al borde de su discreción profesional más de lo que se permitía de ordinario a sí mismo, para observar de modo tentativo:

—Usted no conocía a *Sir* Andrew muy bien, ¿verdad?

Era la clase de avance que *Mr*. Aster podía fácilmente desanimar si deseaba, pero, de hecho, no hizo ningún intento a este respecto. En su lugar, se quedó pensativo y miró a *Mr*. Fratton con aire especulativo.

—Conocí a *Sir* Andrew una vez dijo: Puede que el espacio de tiempo no durase mas de hora y media.

—Eso es lo que me pensaba —contestó *Mr*. Fratton, permitiendo que su perplejidad se hiciese algo más evidente—. A últimos de junio pasado, ¿verdad?

—El veinticinco de junio —asintió *Mr*. Aster.

—¿Pero nunca antes de eso?

—No…, ni después.

Mr. Fratton sacudió la cabeza sin comprender.

Al cabo de una pausa *Mr*. Aster dijo:

—Mire, hay algo bastante extraño en todo esto.

Mr. Fratton asintió, pero no hizo el menor comentario. Aster prosiguió:

—Yo preferiría… bueno, mire, ¿tiene algún compromiso para cenar mañana?

Mr. Fratton no lo tenía, y cuando hubieron terminado la cena, se retiraron a un rincón tranquilo de la sala de estar del club, con café y cigarros. Al cabo de pocos momentos de consideración, Aster dijo:

—Debo admitir que me sentiría más feliz si este asunto Vincell fuese algo más claro. No veo… bueno, hay algo fuera de lo corriente en su torno. Creo que será mejor que le cuente el asunto completo. He aquí lo que pasó.

II

El veinticinco de junio era una tarde agradable de un verano apacible. Yo volvía a casa paseando, disfrutando del buen tiempo. No tenía ninguna prisa y me preguntaba si era prudente que me metiese en algún bar a tomar una copa, cuando vi a ese anciano. Estaba de pie en la acera de Thanet Street, cogido a la barandilla con una mano y mirando en su torno de una manera confusa, con los ojos vidriosos.

Bueno, en nuestra parte de Londres, como usted sabe, hay abundancia de forasteros de todas partes del mundo, particularmente en verano, y casi todos parecen algo perdidos. Pero este anciano… bueno, calculé que pasaba de los setenta… no era de esa clase. Con toda seguridad no se trataba de un turista. De hecho, elegante fue la palabra que se me ocurrió nada más verle. Tenía una barba gris y puntiaguda, cuidadosamente recortada, un sombrero de fieltro negro meticulosamente cepillado; un traje oscuro de excelente paño y corte; sus zapatos eran caros, así como su hermosa y discreta corbata de seda. Caballeros de este tipo no son desconocidos en nuestros barrios, pero rara vez se les ve perdida la compostura; y a solas en público, con los ojos vidriados, aún son todavía más raros. Una o dos personas que caminaban delante de mi le miraron brevemente, emitieron una reflexión acerca de su estado y siguieron. Yo no; no me parecía estar ordinariamente bebido…, es más, su aspecto me daba a entender que estaba asustado…

Así que me detuve junto a él.

—¿No se encuentra bien? —le pregunté—. ¿Quiere que le llame un taxi?

Se volvió a mirarme. Sus ojos estaban azorados, pero tenía un rostro inteligente, ligeramente ascético y que parecía más delgado por las espesas cejas blancas. Despacio, pareció enfocar su mirada en mí; su respuesta llegó más lenta todavía y con un esfuerzo.

—No —dijo, inseguro—, no, gracias. No… no me encuentro mal.

No parecía que fuese la pura verdad, pero tampoco era una despedida definitiva y, una vez abordado, no me atreví a dejarle en aquel estado.

—Ha tenido usted una impresión fuerte —le dije.

Tenía los ojos fijos en el tráfico de la calle. Asintió, pero no dijo nada.

—Hay un hospital a cosa de un par de calles… —comenté. Pero

sacudió la cabeza.

—No —volvió a decir—. Estaré bien dentro de minuto o dos.

Siguió sin decirme que me fuese y yo tuve la sensación de que no quería que me marchara. Miraba a una y otra parte, y luego a sí mismo. Al hacer aquello, se quedó quieto y tenso, mirando sus ropas con asombro. Se soltó de la barandilla, alzó el brazo para mirarse la manga, luego se fijó en la mano… una mano bien formada y cuidada, pero delgada por el paso de los años, los nudillos blancos, venas azules prominentes. Llevaba un anillo de casado en el dedo meñique…

Bueno, todos hemos leído relatos en que hablan de ojos saltones, pero esa fue la única vez que vi que tal fenómeno ocurría. Parecían a punto de salirse de las órbitas y la mano extendida comenzó a temblar perceptiblemente. Trató de hablar, pero no salió ningún sonido de su boca. Yo empecé a temer que estuviera a punto de sufrir un ataque al corazón.

—El hospital… —Comencé de nuevo, pero una vez más sacudió la cabeza.

Yo no sabía que hacer, pero pensé que debía hacer que se sentase y a menudo el coñac siempre ayuda un poco. No dijo ni si ni no a mi sugerencia, pero vino conmigo voluntariamente, cruzando la calle y entrando en el Wilburn Hotel. Le acomodé en una mesa junto al bar y pedí dos dobles de coñac para nosotros. Cuando regresé junto al camarero, el anciano miraba a través de la habitación con expresión horrorizada. Seguí rápidamente la dirección de sus ojos. Era a sí mismo a quien miraba, mientras se quitaba el sombrero y lo dejaba en una silla a su lado; luego alzó la mano, aún temblorosa, para tocarse primero la barba y luego su hermoso cabello plateado. Después permaneció sentado, inmóvil, con la vista fija.

Me sentía aliviado cuando llegaron las copas. Así, evidentemente, se sintió él. Tomó un poco de sifón con su coñac y luego apuró el vaso de un trago. Al poco su mano se hizo más firme y en sus mejillas apareció algo de color, pero continuó con la vista fija delante. Después con un aire súbito de resolución, se levantó.

—Perdone un momento —dijo educadamente.

Cruzó la estancia. Durante dos minutos enteros estuvo plantado, estudiándose a sí mismo de cerca en el espejo. Luego se volvió y regresó. Aunque no muy seguro, tenía un aspecto más decidido e hizo un gesto al camarero, señalando nuestros vasos. Mirándome con

curiosidad, dijo al volverse a sentar:

—Le debo mil perdones. Ha sido usted en extremo amable.

—En absoluto —le aseguré—. Me alegra servirle de ayuda. Evidentemente ha debido sufrir una odiosa impresión de cualquier especie.

El anciano carraspeó.

—Ejem… varias impresiones —admitió, para añadir—: Es curioso cómo los fragmentos reales de un sueño se pueden parecer a lo auténtico, cuando uno es pillado por ellos por sorpresa.

No parecía que aquello fuese ninguna sutil respuesta, ni tampoco se me requería que dijese nada, así que opté por callar.

—Es al principio del todo enervante —añadió con una especie de forzada brillantez.

—¿Qué ocurrió? —pregunté, sintiéndome algo turbado.

—Fue culpa mía, por entero culpa mía…, pero yo tenía prisa —explicó —. Comencé a cruzar la calle detrás de un tranvía, luego vi que venía otro en dirección opuesta, casi lo tenía encima. Sólo se me ocurre que debió haberme atropellado.

—Oh dije —oh…, ejem, ¿de veras? Ejem… ¿Y dónde ocurrió eso?

—Precisamente ahí fuera, en Thanet Street me dijo.

—Usted… usted no parece estar herido —observé.

—No con exactitud —asintió dudoso—. No, no creo que esté herido.

No lo estaba, ni siquiera magullado. Sus ropas estaban, como ya dije, inmaculadas…, además, arrancaron los raíles del tranvía en Thanet Street hace unos veinticinco años. Me pregunté si debía recalcarle eso y decidí aplazarlo. El camarero trajo nuevos vasos. El anciano palpó el bolsillo de su chaleco y se miró consternado.

—¡Mi monedero! ¡Mi reloj…! —exclamó.

Solucioné lo del monedero entregándole un billete de una libra. El anciano miraba con fijeza. Cuando el camarero me devolvió el cambio y se fue, dije:

—Si usted me perdona, creo que esta impresión le ha originado un lapso de memoria. Usted… ejem… ¿recuerda quién es?

Con el dedo todavía en el bolsillo del chaleco y una pizca de recelo en sus ojos, miró con rudeza.

—¿Quién soy? Claro que sí. Soy Andrew Vincell. Vivo muy cerca de aquí, en Hart Street.

Dudé, luego dije:

—*Hubo* una Hart Street cerca. Pero le cambiaron el nombre… allá por los años treinta. Creo que antes de la guerra, de todas maneras.

La confianza superficial que había reunido le abandonó y permaneció sentado e inmóvil durante algunos instantes. Luego palpó el bolsillo interior de su chaqueta y sacó una cartera. Era de fino cuero con rinconeras de oro y tenía sus iniciales grabadas. A. V. La miró curiosamente mientras la dejaba en la mesa. Después, la abrió. Del lado izquierdo sacó un billete de una libra y frunció el ceño al mirarlo, turbado; después otro billete de cinco libras, que pareció turbarle todavía más.

Sin comentarios buscó en su bolsillo nuevamente y sacó un esbelto librito que formaba juego con la cartera. También llevaba las iniciales A. V. En el rincón inferior derecha y en el superior estaba marcado simplemente: «Diario, 1958». Lo mantuvo en la mano, mirándolo algún tiempo antes de cambiar su mirada hacia mi.

—¿Mil novecientos cincuenta y ocho? —preguntó inseguro.

—Sí —le dije.

—No lo entiendo —contestó, casi como un niño—. ¡Mi vida! ¿Qué le ha pasado a mi vida?

Su rostro tenía un aspecto patético y ajado. Le acerqué el vaso y bebió un poco más de coñac. Abriendo el diario miró el calendario interior.

—¡Oh, Dios! —exclamó—. Esto es demasiado real. ¿Qué… qué me ha pasado?

Dije con simpatía:

—Una pérdida parcial de memoria no es una cosa rara después de una impresión, debería usted saberlo… dentro de poco se sentirá normal

del todo, como suele ocurrir. Le sugiero que mire ahí dentro —señalé a la cartera—, probablemente habrá algo que le haga recordar.

Dudó, pero metió la mano derecha dentro. Lo primero que sacó fue una copia en color de una instantánea; evidentemente un grupo familiar. La figura central era él mismo, cinco o seis años más joven, con un traje de chevot; otro hombre, de unos cuarenta y cinco, con un parecido familiar, estaba a su lado, y habían dos jóvenes mujeres ligeramente más aniñadas, y dos niñas y dos niños de unos diez años. Al fondo, parte de una casa del siglo XVIII era visible a través de un bien cuidado césped.

—No creo que necesite usted preocuparse por su vida —dije—. Parece que es y ha sido bastante satisfactoria.

Siguieron después tres tarjetas impresas, que decían simplemente: «*Sir* Andrew Vincell», pero sin ninguna dirección. Había un sobre dirigido a *Sir* Andrew Vincell, O. B. E.[8], British Vinvinyl Plastics, Ltd., y una dirección de Londres, E.C.I.

Sacudió la cabeza, tomó otro sorbo de coñac y por no mirar el sobre emitió una falsa risita. Después, con un esfuerzo visible se dominó y dijo con aire decisivo:

—Esto es una especie de tonto sueño. ¿Cómo despierta uno? —Cerró los ojos y declaró con un tono firme—: Soy Andrew Vincell. Tengo veintitrés años. Vivo en el número cuarenta y ocho de Hart Street. Estoy empleado en Penberthy y Trull, empresa de contabilidad, sita en el ciento dos de Bloomsbury Square. Estamos a doce de julio, del año mil novecientos seis. Esta mañana me atropelló un tranvía en Thanet Street. Debo haber sufrido una gran impresión y ahora padezco alucinaciones. ¡Ahora!

Pero abrió los ojos y pareció genuinamente sorprendido de encontrarme todavía allí. Luego miró el sobre y su expresión se hizo más pesimista.

—«¡*Sir* Andrew Vincell!» —exclamó desdeñoso—. ¡Y Vinvinyl Plastics, Ltd.! ¿Qué diablos se supone que es eso?

—No piense usted —sugerí— que debemos asumir que es usted miembro de la firma…, yo diría, por las apariencias, que es usted uno de sus accionistas.

—Pero ya le dije… —se interrumpió—. ¿Qué «es» plásticos? —prosiguió—. A mí no me sugiere nada que no sea arcilla modelada.

¿Qué diablos en este mundo haría yo modelando arcilla?

Yo dudé. Me parecía como si la impresión, cualquiera que fuese, hubiese tenido el defecto de cortar unos cincuenta años de su recuerdo. «Quizá, pensé, si hablásemos de una cuestión que le fuera corrientemente familiar e importante, es posible que se agitasen sus memorias». Tamborileé en el tablero de la mesa.

—Bueno, esto, por ejemplo, es un plástico —le dije.

Lo examinó y trató de clavar en él las uñas.

—Pues yo no le llamaría plástico. Es muy duro —observó.

Traté de explicarle:

—Era plástico antes de que se endureciese. Hay cantidades de diferentes clases de plásticos. Ese cenicero, el tapizado de su silla, esta pluma, la tapa de mi talonario de cheques, el impermeable de aquella mujer, su bolso, el mango de su paraguas, docenas de cosas que le rodean… incluso mi camisa es de tejido de plástico.

No respondió inmediatamente, pero permaneció sentado mirando una y otra de las cosas que le señalaba, con creciente atención. Por último se volvió a mi de nuevo. Esta vez sus ojos se fijaron en los míos con gran intensidad. Su voz temblaba ligeramente cuando dijo una vez más:

—¿Estamos realmente en 1958?

—Claro que sí —le aseguré—. Si no cree su propio diario, hay un calendario colgado detrás del mostrador.

—No hay caballos —murmuró para sí— y los árboles de la plaza han crecido tanto… un sueño nunca es tan consistente, por lo menos en esa extensión… —Se detuvo; luego, de pronto—. «¡Dios mío!», —exclamó—. «¡Dios mío!, si realmente es…». —Se volvió hacia mi de nuevo, con un brillo ansioso en sus ojos—. Háblame de esos plásticos —me pidió con urgencia.

No soy químico, y no sé de ellos más que cualquier hijo de vecino. Sin embargo, él estaba muy interesado y, como he dicho, pensé que una materia familiar podía ayudar a reavivar su memoria, así que decidí intentarlo. Señalé el cenicero.

—Bueno, esto es probablemente baquelita, creo. Si es así, es uno de

los primeros plásticos térmicos, un hombre llamado Baekeland la patentó alrededor de 1909, creo. Tiene algo que ver con el fenol y el formaldehído.

—¿Termostático? ¿Qué es eso? —preguntó. Lo hice lo mejor que pude y luego seguí explicándole lo poco que sabía acerca de cadenas moleculares y predisposiciones, polimerización, etc., y algo de sus características y empleos. Ni por un momento me dio la sensación de tratar de estar enseñando a mi abuelo, por el contrario, escuchó con atención concentrada, repitiendo ocasionalmente una palabra de vez en cuando como para fijarla en su mente. Este estar pendiente de mis palabras era del todo halagador, pero no pude ver que lograse despertar recuerdos en su memoria.

Debimos…, por lo menos, debí… haber hablado durante cerca de una hora, y todo el tiempo permaneció sentado muy serio y tenso, con las manos entrelazadas apretadamente. Luego advertí que el efecto del coñac se había disipado y que él volvía de nuevo a tener un aspecto distante del de sentirse bien.

—Creo que será mejor que le lleve a su casa —le dije—. ¿Se acuerda de dónde vive?

—En Hart Street, número 48 —dijo.

—No. Me refiero a donde vive ahora —insistí. Pero en realidad no me escuchaba. Su rostro tenía todavía expresión de gran concentración.

—Si al menos pudiese recordar… si al menos pudiese recordar cuándo desperté —murmuró desesperado, más para sí que para mí. Entonces se volvió a mirarme.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

Se lo dije.

—Me acordaré también, si puedo —me aseguró muy serio.

Me incliné y alcé la tapa del diario. El nombre estaba en la primera hoja, con una dirección en Upper Grosvenor Street. Cerré la cartera y el diario juntos yse lo puse en las manos. El se guardó ambas cosas en el bolsillo de manera automática y luego permaneció sentado mirando con ausencia absoluta, mientras el portero nos llamaba un taxi.

Una mujer de edad, ama de casa, me imagino, abrió la puerta de un impresionante apartamento. Sugerí que llamase por teléfono al médico

de *Sir* Andrew y permanecí el suficiente tiempo para explicarle la situación antes de llegar el médico.

A la tarde siguiente telefoneé para preguntar cómo estaba. La voz de una mujer joven me respondió. Dijo que había dormido bien después de tomar un sedante, despertando en cierto modo cansado, pero dueño de sí, sin ningún signo de falta de memoria. El doctor no vio motivos de alarma. Me dio las gracias por haberle cuidado a él y llevado a casa.

De hecho, había olvidado por completo todo el accidente hasta que vi el anuncio de su muerte en el periódico, en diciembre.

Mr. Fratton no hizo ningún comentario durante algunos momentos, luego encendió su cigarro, tomó unos sorbos de café y dijo, de manera no muy constructiva:

—Es raro.

—Creo que eso mismo pensé yo —dijo *Mr*. Aster.

—Quiero decir —prosiguió *Mr*. Fratton—, quiero decir que usted tuvo la amabilidad de hacerle un servicio, pero a duras penas, si me perdona, un servicio que se pudiera esperar estuviese valuado en siete mil acciones de una libra… que se pagan a ochenta y tres chelines y seis peniques, también.

—De acuerdo —asintió *Mr*. Aster.

—Sigue siendo raro —prosiguió *Mr*. Fratton— que este encuentro ocurriese el último verano. Pero el testamento conteniendo el legado fue redactado y firmado hace varios años. —De nuevo fumó pensativamente—. Y no puedo ver que rompa ninguna confidencia, si le digo que este testamento anuló otro anterior redactado doce años antes en el que estaba también la misma cláusula —meditó mirando a su compañero.

—Yo he renunciado a explicármelo —dijo Mister Aster—, pero si colecciona rarezas, quizá quiera tomar nota de esta. —Sacó un librito de bolsillo y lo abrió por una señal. Una vez abierto encontró un recorte de papel que decía: «Necrológicas. *Sir* Andrew Vincellpionero de los plásticos». *Mr*. Aster localizó un párrafo a mitad de la columna necrológica y leyó en voz alta:

«Es curioso notar que en su juventud *Sir* Andrew no presintió ninguno de sus intereses y en realidad fue empleado de una empresa de contabilidad. A la edad de veintitrés años, sin embargo, en el verano de 1906, bruscamente y del todo inesperadamente rompió con su empleo y comenzó a dedicarse a la química. Al cabo de pocos años había hecho el primero de los importantes descubrimientos sobre los que construyó subsiguientemente su gran empresa».

—Humm —exclamó *Mr*. Fratton. Miró con cuidado a *Mr*. Aster—. «Fue» atropellado por un tranvía en Thanet Street en 1906, quiero que sepa usted.

—Claro. Ya me lo dijo —contestó *Mr*. Aster.

Mr. Fratton sacudió la cabeza.

—Es todo muy singular —observó.

—Muy raro verdaderamente —asintió *Mr*. Aster.

FIN

Notas

[1] Stumpy equivale «rengo» o «cojo». (N. del T.). < <

[2] I.P.F., siglas de Interplanetary Forces, es decir «Fuerzas Interplanetarias». *(N. del T.)*. < <

[3] Dr. JekyIl y *Mr*. Hyde, famosos personajes de la célebre novela de R. L. Stevenson titulada «El extraño caso del doctor Jekyll y *Mr*. Hyde», en la que el doctor JekyII descubre un filtro que pone de manifiesto todas las cualidades perversas del alma humana, convirtiéndose en un monstruo sin entrañas, *Mr*. Hyde, que termina imponiéndose a su verdadera y primera personalidad de científico. *(N. del T.)*. < <

[4] King Kong y Godzillla, montruos de ficción creados por la fértil imaginación de los escritores de novelas de terror. King Kong era un gorila gigantesco, de más de cincuenta metros de altura. *(N. del T.)*. < <

[5] Se refiere a la célebre carga de la Brigada Ligera inglesa en Crimea inmortalizada por Tennyson en un célebre poema. La susodicha se lanzó a un ataque mortal contra las tropas afganas, sabiendo que morirían sin remisión, pero para frenar las traiciones del maharajá. *(N. del T.)*. < <

[6] «Asterlink». Enlace Astral (N. del T.). < <

[7] «Sea Fever», Fiebre del mar; «Space Fever», fiebre del espacio. (N. del T.). < <

[8] O. B. E., siglas de «Order of the British Empire», «Orden del Imperio Británico», una de las más preciadas condecoraciones inglesas. *(N. del T.)*. < <